

*Corazones
Encadenados*



María Ramón Box

viveLibro

viveLibro

Título original: Corazones encadenados

Primera edición, 2017

© De esta edición: viveLibro

© María Ramón Box

ISBN papel: 978-84-17089-96-2

ISBN ebook: 978-84-17089-97-9

Depósito legal: M. 17.410-2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Vivelibro agradece cualquier sugerencia por parte de sus lectores para mejorar sus publicaciones en la dirección info@vivelibro.com

Conversión a ePub: Safekat, S. L. Laguna del Marquesado, 32 - Naves J, K y L

Complejo Neural - 28021 Madrid

Realizado en España (UE)

Vivelibro® es una marca registrada por Zasbook, S. L.

www.vivelibro.com

Este libro está dedicado a mi madre, quien me ayudó a poder lograr este maravilloso sueño. A mis familiares, lectores y amigos, por estar ahí en todo momento. A Divas, y a María, por haberme ayudado en este proyecto indirectamente. Y sí, también va para ti.

Capítulo cero

NUNCA antes había sentido el vacío que le corrompía por dentro. Su corazón estaba encadenado a su cruel y vil pasado, ese pasado que le atormentaba cada noche haciéndole despertar a las tantas de la madrugada. Aquella noche no fue diferente de las otras, se levantó sudando frío gracias a sus marañosas pesadillas. El día en el que su héroe, su mayor apoyo, le dejó. La vida se lo arrebató cruelmente, y a esta la sentía como un obstáculo más en su camino.

¿Qué había hecho él para sufrir tanto?

Se dio la vuelta en su cama de matrimonio, un espacio en blanco quedó a la vista. Llegó a la conclusión de que la vida le odiaba, que él no debía hallarse en esta existencia. Las desgracias le llovían como si fueran el mismo diluvio universal. Siempre había escuchado que los hombres no lloraban, pero él derramó unas cuantas lágrimas mientras se acurrucaba en su cama y cerraba los ojos con fuerza. Deseó ser un niño otra vez y recobrar esa felicidad que le envolvía en su infancia.

Eran las enormes cadenas de acero que le envolvían, el candado que las unía sin dejarle escapatoria y la desaparecida llave que no encontraba para librarse de su ahogo.

Él solamente quería volver a ser feliz.

Capítulo uno

LA palabra héroe tiene muchos significados. Abarca desde la persona que ha realizado una acción extraordinaria hasta aquel personaje en una obra literaria o cinematográfica que produce admiración por sus buenas cualidades. Pero la pregunta es ¿qué es un héroe realmente? Un héroe puede ser un padre para su hijo e incluso un médico para un paciente; no obstante, la palabra héroe no tiene valor cuando la persona que ejerce esa heroicidad está vacía por dentro, podrida y amargada. No debes sentirte un héroe por arrebatarse la vida a un criminal, o eso es lo que pensaba él.

Él, Kirian Mitman, inspector de la policía en Baltimore, se encontraba en una sala cuadrangular iluminada por un proyector Canon que colgaba del techo e iluminaba una pantalla en blanco. En la sala no solo reinaba un silencio inquietante, sino que los altos cargos también habían acudido para realizar aquella reunión. Todos los presentes se encontraban sentados detrás de una mesa donde tenían una carpeta negra, incluido él.

Kirian, también llamado por sus compañeros «La Bestia Mitman», tenía los brazos cruzados sobre su ancho pecho. Giró la mirada hasta la puerta al escuchar esta abriéndose. De allí surgió la figura rechoncha de su superior, el inspector jefe O'Donnel. Luciéndolo sus medallas en aquel traje impoluto, como si fuera el mayor de los héroes, O'Donnel se posicionó al lado de la pantalla en blanco. Su mano sujetaba un pequeño mando, mientras que en la otra tenía un pañuelo de bolsillo. Kirian observó cómo O'Donnel se limpiaba el sudor de la frente. Ninguno de los presentes entendía cómo podía sudar tanto aquel señor aun estando en invierno.

—Kirian.

El rubio escuchó en un susurro su nombre. Giró su cabeza hasta encontrarse con los ojos divertidos de Charlie, su amigo y compañero, sentado a su lado de forma despreocupada. Kirian se preguntaba cómo era posible que Charlie hubiese pasado la disciplina de la academia, ya que normalmente era un cabeza loca que apenas escuchaba. Con una seña, Charlie hizo saber a su amigo qué era lo que quería.

—¿Has visto a O'Donnel? Solamente le hace falta la manzana en la boca para ser un cerdo a la parrilla.

—Claro, porque cerdo ya lo es, ¿no?

Kirian rio levemente junto a su compañero. Debía confesar que ambos hombres habían sido amigos por años, durante casi dos décadas. Decidieron inscribirse en la academia de policía juntos e incluso pudieron escoger la misma comisaría por sus buenas calificaciones. Fueron, son y serán los mejores alumnos que una academia de policía podría tener, aunque, también, hiciesen miles de gamberradas.

—¡Silencio!

O'Donnel miró a Kirian con estricta furia en sus ojos claros y el rubio suspiró pesadamente mientras dirigía su mirada a la pantalla. O'Donnel apretó un botón del mando y en la pantalla apareció la imagen de un hombre que heló la sangre a todos, sobre todo a Kirian.

—Este es Asher Rudd, el narcotraficante más buscado del estado. Hace unos meses mandamos a dos agentes a infiltrarse en su banda que, cruelmente, han acabado muertos en el acto, pero antes consiguieron mandarnos las ubicaciones de todas las fincas de Rudd. Hemos comprobado que se encuentra aquí, en Baltimore. —O'Donnel se limpió una vez más el sudor de la frente.

—¿Pero Asher Rudd no estaba muerto, inspector? —preguntó un policía.

—Eso creíamos, Suarez, yo mismo creí ver cómo Rudd ardía, pero no fue así.

Kirian empezó a respirar con más intensidad, su pecho subía y bajaba aceleradamente. ¡Rudd no podía estar vivo! ¡Él mismo vio cómo se quemaba junto a su finca gracias a una bomba programada por su gente! ¡Él mismo participó en la captura de ese cabrón asesino! La mano de Kirian voló hasta la carpeta, la cual abrió con rabia para leer la información que ya sabía.

—Hay más —intervino un superior.

Mitman supo que aquel hombre era Coleman, Spencer Coleman, uno de los mejores agentes que el estado había podido tener.

Kirian fijó su mirada en la pantalla mientras sentía la mirada preocupada de Charlie en él. O'Donnell volvió a hacer *click*. En la pantalla apareció una chica morena, alta, de tez levemente bronceada y con gafas de sol. Era una chica hermosa, pero ¿qué tenía que ver con Rudd?

—No sabemos mucho de esta chica aparte de que trabaja con Rudd. Hemos encontrado su registro como Megara Adams, pero creemos que es falso, así nos lo hicieron saber nuestros agentes. Ella trabaja, o trabajaba, repartiendo la droga entre los contactos de Rudd —explicó el inspector O'Donnell.

A Kirian se le hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo una chica de pinta tan indefensa podía estar metida en todo aquel embrollo? ¡Y lo peor era que debía ir a la cárcel! Ella también era cómplice de Rudd y debía pagar por ello, por más que esto desagradara a Kirian.

—Necesitamos a los mejores para esta misión. Tenemos permiso del estado para disparar a Rudd en caso de que abran fuego. Al mando de esta misión estará el inspector Mitman. Recordad que es un hombre peligroso con cientos de compinches. Mucha suerte.

Uno de los superiores habló. Esta vez fue Wallas, quien emprendió el primer paso por la sala hasta salir con los demás superiores pisándole los talones.

Mitman volvió a suspirar antes de ir a por los papeles con toda la información que estaban encima de la mesa. Vio como el inspector jefe se echaba medallas sin tener el honor de nada, como si él fuera el héroe. Todos los presentes, menos los superiores, sabían que O'Donnell no era trigo limpio. El hombre, en más de una ocasión, había sido sancionado por agresión a algún presidiario o convicto que estuvo en comisaría. También sabían de sobra que la soberbia y el ego mandaban en aquel cuerpo grasoso y rechoncho.

Kirian se fue ofuscado hasta su mesa de trabajo bajo aquel manto de furiosa venganza que ardía en sus venas. Había conseguido dormir tranquilo por unos meses pensando que Rudd había muerto, pero aquellos demonios habían vuelto con la aparición del narcotraficante, y asesino, más buscado del estado. Aquel hombre había proporcionado droga a más de cuarenta mil individuos en un mes, había matado a trece personas en tres meses y había estafado a medio millón de compradores con una venta de apartamentos de lujo.

Bajo una faz preocupada llegó Charlie a la mesa de Kirian. Los ojos celestes de Charlie se fijaron en los oscuros de Kirian.

La comisaría estaba totalmente alborotada después de la reunión, se podía escuchar el jaleo que montaba cada uno en su sección de trabajo. Cada quien estaba metido en conversaciones de las que Kirian era ajeno; sin embargo, sabía que en alguna conversación estaba presente su nombre.

—¿Estás bien? —preguntó Charlie sentándose en la silla frente a Kirian.

—La verdad es que no. —Kirian afirmó lo evidente—. Ese bastardo está suelto por ahí. ¡Juro que lo mataré!

Furioso, Kirian dio un golpe a la mesa con su puño. Esta misión era suya y mataría a ese cabrón. Lo que más deseaba en ese momento era poder lanzar una bala al mismo corazón de Rudd. Había hecho demasiado mal en esta vida.

Con auténtico pavor, Charlie se retiró de la mesa de trabajo de su amigo. Charlie sabía que Kirian necesitaba estar solo para pensar en el plan y en cómo harían para capturar, o matar, a ese asesino.

Kirian no se sentía orgulloso de lo que sentía. Matar a alguien no le hacía mejor persona, aunque este fuese un asesino, pero iba a hacerlo.

Tras mirar la imagen de Rudd en el ordenador de su mesa, Kirian abrió la carpeta para ver a la chica, Megara Adams. Había algo en esa imagen, en esa chica, que le decía que ella no era de las malas. Y él siempre se fiaba de su instinto.

Kirian planificó un plan inicial. Tenía dos días para planearlo bien. Deseaba ver a Rudd muerto o pudriéndose en la cárcel.

Cerca de las once de la noche, Kirian abandonó la comisaría cansado y con grandes bolsas negras bajo sus ojos. Arrancó su coche y fue hasta las afueras de Baltimore, donde él residía en una casa de dos plantas de ladrillos rojos. Su casa solitaria.

Kirian entró en su hogar, silencioso y oscuro. De inmediato, subió al baño

y se dio una ducha para quitarse parte del estrés que se acumulaba en sus hombros. Después de la ducha, y de ponerse encima un pijama cómodo, bajó para dar un bocado a algo comestible que hubiese por el frigorífico. Al final, consiguió hacerse un sándwich doble de queso. Él no era un manitas en la cocina, y lo reconocía. No quiso ver la televisión, estaba demasiado cansado como para hacerlo. Subió las escaleras y entró en su habitación, dejándose caer con los brazos estirados en la cama. Pero, a los pocos minutos, cuando empezaba a coger el sueño, un mensaje llegó a su teléfono móvil.

De: Caroline

Buenas noches, inspector Mitman.

Estoy sola en casa y muy aburrida.

¿Te gustaría venir?

Podemos divertirnos mucho.

Mitman suspiró pesadamente. Esa mujer era una psicópata. Cada noche le mandaba mensajes para que fuera a su casa a acostarse con ella. Maldijo una y otra vez aquella noche en la que iba pasado de copas, no borracho sino feliz, y se acostó con Caroline. Pensaba que, como adultos que eran, ella entendería que no quería nada más serio con ella, pero no fue así. La mujer seguía insistiendo todas las noche, o casi todas, para que él fuera a su casa. Ni que él fuese algún tipo de prostituto o *playboy* masculino...

Silenció el teléfono móvil y cerró los ojos, cayendo en un sueño profundo.

Capítulo dos

MITMAN se alzaba frente a todos con una voz varonil y firme. Había llegado a la comisaría a las ocho en punto de la mañana. En seguida, se metió en la sala de reuniones, donde se encontraba media plantilla de policías, incluyendo a O'Donnell. Ese cerdo quería galardonarse a sí mismo por aquello que no había hecho. No lo soportaba y mucho menos conseguiría aquello que él había estado planificando. Por suerte, su plan fue admitido y levemente reformado con algunas ideas de sus compañeros, por lo que podía ponerse así en práctica desde el minuto cero.

—Mañana daremos rienda al plan. Recordad que lo quieren vivo, pero si disparan podemos contraatacar. ¿Está claro? —dijo Mitman mirando a cada policía que estaba en aquella sala.

Su voz era firme. Masculina. Gruesa. Con ese toque ronco que hacía a una mujer delirar. Y no solo era su voz, todo en él era maravilloso. No

obstante, Kirian Mitman solo tenía una prometida. Su trabajo.

—¡Sí, inspector!

La exclamación en grupo se escuchó por todo el cubículo. Kirian fijó su mirada en O'Donnel, quien le miraba expectante y con un brillo de burla en sus ojos. Ese cretino pensaba que él no podría llevar la misión. La sangre le hirvió y su puño se cerró en una ardua señal de cuidado. Nadie sabía lo mucho que deseaba acabar con ese necio de O'Donnel, pero era su superior y debía aguantar y comérselo con patatas aunque no le gustara.

—Inspector Mitman.

Kirian giró sobre sus talones para encontrarse con un hombre de mediana estatura y no más de cincuenta años. Llevaba un traje color negro impoluto con una corbata en negro y camisa blanca. Le conocía. Él era Spencer Coleman, un agente de la Interpol que llevaba detrás de Rudd más de quince años. Kirian le reconoció por las noticias y su fama de buen agente. Se acercó a él con sumo respeto, ese hombre estaba lo más cerca posible de ser un verdadero héroe para Kirian.

—Señor Coleman —saludó Kirian, serio.

—Me gustaría hacerle unas preguntas y charlar con usted —dijo. Sin embargo, O'Donnel estaba pendiente de lo que decían, así que añadió—. A solas.

—Por supuesto.

Los dos salieron de aquella sala para ir a un local no muy lejano a la comisaría. Era una cafetería no muy transitada. Kirian sabía que no podían quedarse dentro de la comisaría, ya que las paredes tenían oídos. Si el agente Coleman tenía que charlar con él a solas, no sería demasiado conveniente quedarse allí dentro.

Ambos hombres se sentaron, alejados de la poca gente que había, uno frente a otro. Una camarera algo mayor se les acercó y sirvió dos cafés bien cargados. Al irse la mujer de vestido rosa y delantal blanco, Coleman empezó su charla.

—Le he traído aquí, inspector, para hablar del caso que se le ha asignado —dijo en un tono bajo.

—Dígame entonces, señor Coleman.

Kirian estaba intrigado por aquello que quería contarle el señor Coleman. Vio como este pegaba un sorbo a su café.

—¿Ha oído hablar de Rudd, verdad? —preguntó Spencer.

—Claro que le conozco, él... —Kirian cerró su puño con fuerza.

—Ya sé lo que pasó con él, Mitman. Ahora, el tema es: ¿sabe quién es Megara Adams?

—Algo sé —contestó prudentemente Kirian.

Kirian sabía algunas cosas, no todas claramente, pero algo sabía y no se las diría así como así. Con los años y la experiencia había aprendido a ser prudente. Vio como Coleman sonreía de lado.

—Eres un chico listo al no fiarte de nadie y, ya que no te fías de mí, te diré algo. Esa chica no es culpable de nada, no tenéis por qué atacarla en la misión —dijo Coleman serio.

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Por qué me lo dice a mí? —preguntó Kirian ensombrecido por la duda.

—Te lo digo a ti porque eres el único con huevos que no sigue al inepto de O'Donnel. —contestó con suma tranquilidad.

—Aún no me ha respondido a la primera pregunta —contraatacó Mitman.

—Tampoco pensaba hacerlo, señor Mitman.

Coleman se levantó de su silla con total tranquilidad y se fue sin decir más.

Kirian bebió de su café hasta terminarlo todo. Miró la mesa por un buen rato preguntándose cómo era posible aquello. ¿Por qué había tanta gente interesada en esa chica? Eso era horroroso. No saber la respuesta a nada tenía en vilo a Mitman.

Tras levantarse de la mesa de madera, fue hasta la comisaría una vez más. Apenas dirigió palabra a nadie, se fue a su escritorio a buscar información en la base de datos sobre esa chica y su relación con Rudd. Para él era imposible pensar que una chica tan joven estuviese con un hombre mayor y quemado, literalmente. Su mente no concebía tal pensamiento.

Encendió el ordenador y buscó en la base de datos. Buscó el nombre de esa chica morena, pero no salía nada. Ninguna de las personas registradas era esa chica. Esto cada vez se ponía peor.

Kirian siguió en su mesa de trabajo, buscando y buscando, hasta que una voz femenina le distrajo.

—¿Por qué ayer no me respondiste?

Sentada en la silla de en frente se encontraba una Caroline enfadada. Su pelo estaba suelto y su escote era pronunciado. ¿Acaso esa mujer no sabía que hay que reservar algo para la noche? Se odió a sí mismo una vez más por haber hecho caso a su amigo Charlie, quien le miraba divertido desde su mesa, y haberse acostado con esa mujer. De verdad que le odiaba.

—Caroline, buenos días a ti también —respondió Kirian sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.

—No me vengas con esas. ¿Por qué no me respondiste ayer?

—Mira, Caroline, estoy de servicio y no estoy de humor para aguantar tus berrinches de niña malcriada. Por favor, vete.

Caroline era una joven de veintiséis años alta y de tez bronceada artificialmente. Su pelo, de color caramelo, caía en cascada sobre sus hombros y espalda enmarcando su rostro. Sus ojos, su boca, toda ella era un delito. Era una mujer hermosamente seductora. Todo en ella desprendía *glamour* y picardía. Pero Kirian Mitman solo estaba comprometido con una cosa... Su trabajo.

Cuando ella se fue indignada de allí, Charlie se acercó a su amigo sin contener las carcajadas.

—¿De qué te ríes? —preguntó Kirian con la mirada ensombrecida.

—¡No me mates, hombre! Ahora más que nunca debes odiarme por haberte liado con esa mujer. —Volvió a reír fuertemente.

—Odiarte es demasiado poco, Charlie. —Rio esta vez con él.

—Me lo imaginaba. —Contento, se sentó delante de Kirian—. ¿Quieres que te ayude?

—No, gracias, Charlie, esto lo tengo controlado —respondió tranquilo.

Así fue como Kirian Mitman se quedó hasta tarde planeando aquella detallada misión. Para terminar su noche, estuvo investigando acerca de Rudd y llegó a la conclusión de que aquella mujer, o más bien joven, debía ser su amante y, seguramente, su mayor artimaña para hacer caer a jóvenes en la droga. Rudd era inteligente, pero esta vez había fallado. Había hecho mal en refugiarse en Baltimore. Él iría a por Rudd y tendría el honor de encadenar sus muñecas con sus esposas, a Rudd y a todo su séquito de narcotraficantes y asesinos a sueldo. Kirian deseaba verle entre rejas, pero más deseaba verlo tirado en el suelo con un agujero entre ceja y ceja, tal y como lo había presenciado él.

Capítulo tres

AQUELLA mañana era fría, las nubes grises danzaban en el cielo encapotándole y el viento corría por los árboles haciendo a las hojas moverse a su compás. Mitman hizo una señal figurativa para que su escuadrón avanzara hasta la puerta principal de aquella finca en la que Rudd dormía plácidamente, ajeno a su próximo encarcelamiento. El escuadrón de Jack, uno de sus compañeros, había conseguido recluir a la docena de guardias que se encontraban patrullando por la afueras de aquella casa estilo victoriano, dando la oportunidad al resto de avanzar hasta poder llegar a la puerta blindada. Simone, el *hacker* de la policía, consiguió dar con la clave para desactivar la alarma de la casa, pudiendo así entrar Mitman junto a su escuadrón.

Accedieron al edificio sin preámbulos y con las armas en el aire, apuntando al frente. Aquello parecía un videojuego, pero era real, muy real. Mitman miró a su lado. Larissa, una de las mejores mujeres policía que había conocido, se encontraba a su lado, sin miedo. Admiraba aquella actitud y consideraba a Larissa una amiga, alguien en quien confiar para que le guardara las espaldas.

Avanzaron por la casa hasta poder llegar al piso superior. Allí vieron como el pasillo poseía tres estancias. Una de ellas, la del fondo, era la habitación de Rudd. Kirian se apresuró a ir, a paso ligero pero silencioso. Larissa se puso a un lado de la puerta mientras Kirian se ponía al otro; un compañero esperó poco hasta conseguir abrir la puerta de una patada. Entraron a la habitación con las armas en el aire, pero allí no había nadie. La cama estaba desecha y había ropa por doquier. No obstante, ni Rudd ni su amante se encontraban dentro de la habitación.

¿Qué estaba pasando? Todos se preguntaban aquello. La habitación tenía baño propio, pero allí tampoco estaban. El equipo se puso a buscar pruebas hasta que el grito de Larissa llamó la atención de todos.

—¡Se escapa!

Kirian dirigió su mirada hacia la ventana donde estaba Larissa, la fijó donde el dedo de su compañera señalaba y maldijo por lo alto. Rudd estaba huyendo en un coche blindado, pudo llegar a verle subir a él con rapidez.

—¡Deprisa! —gritó enfadado.

Todos sus compañeros bajaron corriendo hasta llegar al patio. Muchos de ellos estaban pegando tiros al coche que se alejaba mientras algunas patrullas

intentaban seguirle. Kirian tiró el arma al suelo y se agarró el pelo con desesperación. ¿Cómo era posible aquello?

De repente escucharon unos gritos y unos ladridos provenir de dentro de la casa. Muchos de ellos, incluyendo al mismo Mitman, se quedaron asombrados al ver lo que salía por la puerta. O'Donnel llevaba a la amante de Rudd agarrada de los pelos y tiraba de ella con fuerza. La chica no paraba de llorar y temblar. Llevaba puesto un pijama rosa y blanco de franela y unas gafas de sol negras. ¿Acaso escondía algo tras esas gafas negras? ¿Qué hacía O'Donnel allí?

—Hijo de puta.

Larissa odiaba a O'Donnel con todas sus fuerzas. Ella también había sufrido el desprecio del hombre por el sexo femenino. Era posible que esa chica fuera la amante de Rudd, pero no merecía aquel trato.

«Ella es inocente».

A Kirian le vino a la mente la frase que Spencer Coleman le había dicho antes de retirarse. Vio como un perro labrador corrió hasta O'Donnel y le empezó a morder con rabia en la pierna. Este gritó por el dolor y lanzó a la chica por los aires, haciendo que sus gafas se rompiesen con el impacto. El perro dejó a O'Donnel y fue donde estaba Megara.

—¡Arrestad a la chica, joder!

O'Donnel gritó con furia dejando caer su redondo cuerpo al suelo. Su pierna sangraba por el mordisco del can. Algunos compañeros fueron a socorrer al sargento, a excepción de Kirian y Larissa. Ellos dos fueron donde estaba la mujer malherida y muy desorientada, que se aferraba al perro como si no hubiese nadie más. Sus piernas temblaban y estaba llorando; no obstante, sus ojos permanecían cerrados. Larissa, una vez llegó donde la mujer, se agachó cuidadosamente, ya que el can le estaba enseñando los dientes.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

La chica abrió los ojos ante las palabras de Larissa y entonces todo encajó. Las gafas negras, el perro... La chica era ciega. Aunque otra pregunta le venía a la cabeza a Kirian en aquellos momentos. ¿Por qué Rudd dejaría a alguien tanpreciado para él aquí? Al fin y al cabo, ella era quien traficaba con las drogas y engañaba a los jóvenes para tomarlas.

No entendía nada, ni él ni Larissa, quien lo miraba con pena. Era normal aquello. La chica era guapísima y parecía tan inocente que le era imposible imaginar cómo aquella muchacha traficaba y engañaba. A su mente vinieron

las palabras de Coleman, una vez más.

«Ella es inocente».

Esperaba que aquello fuera cierto. La chica, por más magullada que estuviese, era realmente hermosa. Su cabello moreno estaba desordenado por los tirones de O'Donnell, pero mantenía un cierto brillo. Su cara era acorazonada, lo que le daba un aspecto inocente e, incluso, infantil, y sus ojos, pálidos pero hermosos a la vez, aunque algo rojos por el llanto.

—Larissa, tráeme un botiquín del coche patrulla 23 —dijo Kirian.

El rubio se agachó e intentó calmar al perro, pero este le enseñaba los dientes cada vez que intentaba tocar a la chica.

—Megara, debo de curarte la herida que te han hecho, pero debes decirle a tu perro que se calme —dijo Kirian con voz calmada pero no más imponente.

Era la verdad, la chica tenía una herida no muy profunda y debía curarla.

—Moccio, cálmate —escuchó susurrar a Megara con voz temblorosa.

El llanto de la chica había cesado. El perro, a quien había llamado Moccio, se sentó en el suelo tranquilo. Larissa trajo el botiquín a los pocos segundos. Kirian curó, cuidadosamente, la herida de la morena. Vio como ella tenía la mirada perdida, en la nada. Giró la cabeza y vio como el equipo esperaba a que él la arrestara. Debía hacerlo. Ella era la amante de Rudd y había tenido la mala suerte de caer en las garras de aquel asesino sin sentimientos.

—Megara, tengo que arrestarte —dijo cuidadosamente.

Vio como la chica se asustaba y las lágrimas empezaban a acumularse en sus ojos. Se apaleó a sí mismo por ver aquello. Sin saber por qué, aquella niña le había atraído. En su interior, quería saber el porqué de ser la amante de ese cabrón sin sentimientos y si era verdad que era inocente.

Le ayudó a levantarse del suelo. Moccio se levantó junto a Megara. Kirian agarró el brazo de la chica suavemente y la llevó, bajo la vista de todos, hasta el coche patrulla 23, su coche. Charlie le miraba de forma reprobatoria, mientras que Larissa intentaba calmar a la chica diciéndole que nada malo le pasaría.

Le ayudó a entrar en el coche. Larisa montó al lado de Megara y Charlie al lado de Kirian, en el lado del copiloto. El perro de Megara se colocó al lado de esta. Kirian comenzó a conducir viendo por el retrovisor como la morena dejaba caer pequeñas gotas de agua salada por sus ojos.

—Relájate, no va a pasarte nada, Megara —dijo Larissa intentando calma

a la chica.

—¿Cómo sabe mi segundo nombre? —preguntó la morena con un susurro.

—¿Cómo que tu segundo nombre? —preguntó un sorprendido Kirian.

—Sí, ese es mi segundo nombre. No sé por qué habéis entrado así en mi casa, no entiendo nada.

Capítulo cuatro

KIRIAN se mantenía tenso y recto como una estaca ante la visión de lo que tenía frente a él. Megara estaba tras un cristal, donde dos hombres la estaban interrogando. Él podía escuchar todo, pero hubo muchas cosas que le desequilibraron completamente.

—Ya se lo he dicho, me llamo Alena Megara y tengo veintidós años. No trafico con drogas y trabajo como distribuidora de medicamentos —dijo una vez más la chica, ahora irritada.

—¡No nos mientas! —dijo uno de los agentes que estaban con ella.

—¡No miento, joder!

A Kirian le impresionó la palabra malsonante que soltó la niña. Era posible que fuera ciega, pero tenía carácter.

—¿Qué relación tienes con Rudd?

Kirian entró en la sala preguntando aquello que más le tenía en vilo. La chica siguió su voz y le miró directamente, aunque ella no viera. Sus ojos pálidos se entrecerraron y su frente se frunció.

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto? —preguntó ella.

¿Acababa de decir «padre»? Kirian se quedó sin respiración, él y todos los presentes que estaban viendo aquello. Rudd tenía una hija y ninguno lo había sabido. Nunca, en toda la vida que llevaba siendo agente e investigando el caso, se había informado de que Rudd tuviera una hija.

Podría estar mintiendo simplemente para salvarse de la cárcel, aunque Kirian intuía que la chica no lo hacía. Vio como el sargento O'Donnel, quien había llegado en el momento justo, entraba a la sala malhumorado y con cara de pocos amigos. Se dirigió cerca de la chica y pegó con su puño grueso en la mesa, justo al lado de la morena.

—¡Deja de mentir! —gritó enfadado.

La pequeña morena saltó en el sitio por el gran susto. Sus ojos pálidos se abrieron a más no poder, mientras que su mano fue a parar a su corazón. Parecía asustada ante aquel mastodonte de hombre.

—No miento —susurró la morena con la voz temblorosa.

Kirian consiguió avanzar hasta quedar detrás de O'Donnel. Se sentía furioso. Larissa, quien estaba fuera de la estancia, señaló al inspector jefe con uno de sus finos dedos e, inmediatamente, tres hombres entraron y se llevaron a O'Donnel mientras él gritaba. Eso es lo que se merecía por tratar así a una mujer.

Con una simple señal, todos los presentes salieron de la habitación, dejando a Kirian con la chica. Él sería quien se encargaría de aquel interrogatorio.

El ambiente estaba tenso. Kirian no se movía de su sitio. Megara tenía la mirada perdida en un punto fijo de la pared gris oscuro de la sala, aunque ella no viera el color.

—¿Usted tampoco me cree? —preguntó la chica dejando un suspiro escapar de sus labios.

—Todo esto es muy extraño —dijo Kirian sacando la silla de su lugar para sentarse.

—Puedo entender que sea extraño, pero no estoy mintiendo.

—¿Le importa que le haga unas preguntas?

—Está bien, responderé a sus preguntas —dijo ella después de mucho pensar.

—De acuerdo. ¿Puede repetirme su nombre?

—Me llamo Alena Megara Rudd Adams.

—¿Cuántos años tiene? —Kirian cruzó las manos sobre el pecho.

—Veintidós.

—¿Puede explicarme la relación laboral que tenía con Asher Rudd?

—Trabajo como distribuidora de medicamentos en la empresa de mi padre —respondió ella seria.

Kirian suspiró pesadamente. ¿Era posible que esta chica supiera mentir tan bien o era todo verdad? ¿En serio Rudd podía haber estado mintiendo a su propia hija en el trabajo?

—Señorita Rudd, debo informarle de que todo eso es mentira —dijo Kirian—. Su padre, Asher Rudd, es uno de los narcotraficantes y asesinos más buscados del estado.

—Eso es imposible —dijo ella afligida.

—No le estoy mintiendo, señorita. ¿Tiene alguna prueba para afirmar que su padre o usted no tienen relación con estos actos?

—No —dijo agitada—, yo solo trabajaba como ayudante, ya que después del accidente no pude trabajar en mi verdadero oficio. No puedo creer lo que me dice, señor. Yo nunca he traficado con drogas y menos he matado a alguien.

—¿Puede explicarme qué le pasó en ese accidente y dónde puedo encontrar a su madre?

Kirian estaba serio y tenso. La chica estaba demasiado sorprendida y

afligida como para que ella fuera culpable de algo tan gordo.

—Mi madre murió en dicho accidente. Fue automovilístico. Pasó hace unos dos años, yo quedé ciega y comencé a trabajar con mi padre —explicó la chica.

—¿Puede expli...?

—Inspector Mitman. —Una voz cortó la de Kirian.

Un hombre de buen porte vestido con el uniforme policial entró a la sala de interrogatorios.

—Inspector —dijo el policía—, hemos cogido a uno de los hombres de Rudd.

—Está bien. Iré ahora mismo.

Kirian fijó su mirada en la chica morena que tenía enfrente. Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta, mas no salió aún de la habitación gris.

—Entrará una compañera a hacerle unas preguntas. Mandaré que le traigan una tila. Relájese, Megara, será lo mejor.

Kirian puso un pie fuera, pero antes de cerrar la puerta escuchó la voz tenue y suave de aquella chica morena de ojos pálidos.

—Llámeme Alena.

Kirian llegó a otra de las salas grises donde interrogaban a los testigos o a los mismos agresores. Allí dentro estaba aquel chico del que su compañero le había avisado. No tendría más de dieciséis años.

Kirian entró a la sala y se sentó delante de él. Sus dedos comenzaron a golpear la carpeta negra que contenía la información del joven. La abrió de forma brusca y leyó su nombre.

—Jackson Donson.

Kirian hablaba con voz amenazante y seria, contraria por completo a la que había utilizado con la chica. Sí, era verdad que había usado su tono serio con ella, pero no era ni la mitad de duro que este.

—¿Sabes en el lío en el que te has metido, chico? —preguntó, amenazante.

El chico, Donson, le miró con una luz seria y algo asustada. Él cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró.

Por alguna razón, a Kirian le daban pena este tipo de situaciones. Un chico tan joven y con tanta vida metido en líos de narcotráfico.

—Sé perfectamente en el lío en el que me he metido, al igual que sé quién es usted —dijo el adolescente.

Mitman quedó sorprendido ante aquella revelación. ¿Cómo era posible

que ese adolescente le conociera?

—¿Cómo es que sabes de mí, muchacho? —preguntó Kirian.

—Primero quiero que me prometa algo —dijo Jackson.

El chico se inclinó hacia delante en la mesa de metal. Sus manos, encadenadas, se unieron en medio de su pecho. Parecía que le iba a decir algo serio.

—No estás en posición de pedir nada —recordó Mitman, frunciendo el ceño.

—Si me prometes lo que quiero, juro decir todo lo que me pidan y yo sepa sobre Rudd —dijo serio el chico.

Kirian pensó con detenimiento en aquella propuesta. Quizá no fuera mala idea. Al fin y al cabo, ¿qué podía querer un adolescente?

—Está bien, chico —suspiró—, te doy mi palabra.

—Proteja a Alena —dijo el chico acercándose a Kirian y susurrando aquellas tres palabras.

—¿Qué tiene que ver ella aquí? —preguntó intrigado Kirian.

Algo dentro de ese caso no le encajaba. Primero fue Coleman y ahora el chico... ¿Qué escondía todo aquello?

—Ella no tiene que ver nada en esto —dijo—. Cuando quedó ciega, su padre pensó que sería adecuado ponerla a ella como distribuidora bajo el nombre de Megara Adams. La ha estado engañando durante dos años diciéndole que tenía una empresa de medicamentos. Ya que ella no podía ejercer su profesión, decidió trabajar para su padre —explicó—. A Rudd no le importa nada, ni siquiera pagó el tratamiento de su hija... Alena no lo sabe, pero tiene ceguera temporal. Además, estoy seguro de que ahora querrá matarla.

Mitman se quedó muy sorprendido, a la vez que furioso. ¿Cómo era posible que Rudd quisiera matar a su hija? ¡Era su hija, por los cielos!

—¿Por qué querría matarla? —cuestionó con los nudillos blancos de la presión que ejercía su mano cerrada.

—Pensaré que os ha dado información o algo, no sé. Lo que se comenta es que el accidente en el que murió la madre de Alena lo provocó el mismo Rudd.

Kirian quedó boquiabierto ante tanta información. Con todo aquello, llegó a comprobar la locura y demencia de aquel asesino.

—¿Qué puedes decirme de los asesinatos? —preguntó Kirian serio.

—Todos a manos de Rudd. Bueno, de sus secuaces —dijo Donson.

Los asesinatos de Rudd se diferenciaban de los demás por la crueldad con los que los acataban. Una vez llegaron a descuartizar al cuerpo de la víctima.

—¿Qué hacías tú en esa mafia?

—Distribuía droga, nada más —contestó.

—¿Por qué?

—Creo que eso ya lo sabe, señor. —El adolescente sonrió de lado.

Lo sabía a la perfección: un huérfano que no tenía donde residir. Toda una pena, ya que el chico no parecía mala persona y, de alguna forma, se veía reflejado a sí mismo hace muchos años en aquel muchacho.

—Está bien, muchacho, se ha terminado por hoy.

Serio, Kirian avanzó hasta la puerta una vez más.

—Por favor, llévese a Alena con usted y cuídela hasta que yo pueda cuidar de ella. Ha sido una hermana para mí y necesita la protección de alguien. No me fío de ese gordo, ni del rizo —dijo.

Kirian miró hacia el chico y asintió. Él nunca faltaba a su palabra. La pregunta que ahora rondaba su mente era: ¿cómo era posible que Spencer Coleman supiera esto?

Había algo dentro de Kirian que le mantenía en alerta máxima. Todo eso era demasiado extraño. Estaban entrando en terreno peligroso y debía llevar cuidado. Pensó en aquello que le había dicho el joven, él también pensaba que la chica era inocente.

A Mitman le hubiese encantado poder tomar la decisión de protegerla, pero algo en su interior se lo impedía. Era el recuerdo de *ella* en su mente el que le corrompía y le impedía seguir adelante en muchos de los casos. Para Kirian, proteger a una mujer era sinónimo de recuerdos y eso era lo último que deseaba ahora. ¡Todo por su maldito pasado! Debía mantener la mente despejada para ese caso, el que le llevaría a su bien merecido ascenso en la escala de los jefes.

Unos de sus mayores sueños era poder destituir a O'Donnell y organizar aquella comisaría de una forma legal, por así decirlo. Desde que él llegó, O'Donnell era como una bomba de relojería. Kirian sabía la razón de esto y se juró a sí mismo volver a poner paz en aquella estancia donde estaban sus compañeros de trabajo, que tan poco apreciaban a O'Donnell.

Mitman volvió a pasarse por la sala donde tenían retenida a la joven Rudd. No pudo evitar fijarse en la delicadeza de aquel cuerpo sentado. ¿Hacía cuánto no contemplaba así a una mujer? Ella parecía diferente, frágil y a la vez valiente. Y esa mezcla le asustaba, le asustaba saber que aquello le

gustaba más que nada en el mundo.

Capítulo cinco

No se sintió para nada bien al tener que dejar a la chica de ojos pálidos en la comisaría. ¿Quién podría estar bien en su pellejo? Él tenía la esperanza de que aquella niña, quien decía ser hija de Rudd, fuera totalmente inocente.

Se golpeó mentalmente por su primer razonamiento. Kirian pensó que era una especie de putita que se aprovechaba del poder de Rudd. Se daba asco a sí mismo por haber pensado aquello.

Se apresuró a comer algo congelado. No recordaba cuándo fue la última vez que probó la comida casera. Se dio una ducha para poder acabar rendido en la cama. Una vez más, tuvo que poner el teléfono en silencio para no tener que escuchar las constantes llamadas y mensajes de Caroline.

Estaba a punto de dormirse cuando llamaron a su puerta con ansia. Así nunca iban a dejar que durmiese en paz. Con muy mal genio, salió de la cama y bajó las escaleras de dos en dos. Tomó el pomo de la puerta y tiró de él, hasta encontrarse a una Larissa bastante agitada.

—¿¡Por qué no me cogías el teléfono!?! —exclamó la chica.

—¿Qué es lo que haces tú aquí? ¿No se suponía que ibas a estar pendiente de Alena? —cuestionó él, frunciendo el ceño.

—¡Eso es lo que te quería contar por teléfono! —Ella estaba muy agitada, se podría decir que nerviosa.

—Pasa.

Kirian dejó entrar a la nerviosa Larissa a su salón. No sentía buenas vibraciones en eso que le quería decir. Cansado como estaba, se sentó en el sillón de piel negra al lado de Larissa. La tensión entre ambos era abundante, aunque no era tensión sexual, pues Larissa era homosexual.

—¿Puedes decirme ya de qué se trata? —preguntó, sin detenerse en la amabilidad.

—No me fío de que Alena esté en la comisaría, he escuchado que Rudd la quiere por alguna razón y sabiendo cómo es no parará hasta matarla.

Kirian suspiró ante aquello. Él también pensaba igual. Había algo que no le encajaba en todo ese rompecabezas. ¿Por qué Rudd querría matar a su propia hija?

—Yo también pienso lo mismo que tú, Larissa, pero no podemos hacer nada —contestó, poniendo las dos manos en la cabeza.

Se revolvió el pelo intentando pensar en alguna respuesta a todas sus preguntas, pero no hallaba ninguna. El cubículo estaba en silencio, solo se

escuchaba el tintineo del pie de Larissa contra el suelo. Kirian sabía que estaba intentado pensar en algo. Pareció hallarlo cuando por fin habló.

—Kirian —le llamó—, te conozco desde que entré al cuerpo de inspectores y quiero que me digas la verdad. ¿Crees que puedo acoger a Alena en mi casa para mantenerla a salvo? ¿Crees que conmigo estará bien? —preguntó.

—Larissa, sabes que te tengo como una buena amiga, pero no creo que contigo esté al cien por cien segura. No tienes ni idea de lo que es capaz Rudd, no quiero que te pongas en peligro a ti misma. Además, Alena necesita a alguien con más experiencia para protegerla.

Larissa agradeció la sinceridad de su compañero y amigo.

—¿Y si la acoges tú? —preguntó la chica. Kirian se pasó la mano por la incipiente barba—. Conoces el expediente de Rudd como la palma de tu mano, sabes qué es lo que podría hacer y eres el mejor inspector que hemos tenido desde hace años. Odias a Rudd, Rudd quiere matar a Alena... ¿Qué dices?

—No lo sé... —contestó, indeciso.

Mitman mantenía una guerra interna con lo que podría hacer o no. Larissa le había dicho lo que él llevaba pensando un tiempo corto; no obstante, algo dentro de él se negaba. Larissa comenzó a reír.

¡Mierda, le había pillado!

—¿No confías en ti mismo o es que tienes miedo de lo que podría pasar entre vosotros? ¡A mí no me engañas, Mitman! La chica es guapa, te atrae, pero tienes un miedo que te cagas.

Kirian se preguntó por qué Larissa tenía que ser tan jodidamente lista, y más en esos casos. Le había calado a la mínima. No lo iba a negar, Alena era una mujer bella y él estaba falto de cariño desde hace mucho. Aun así, llegó a la conclusión de que él no estaba hecho para las relaciones. ¿Cómo era posible que un agente de policía sufriera por amor?

En realidad, él no era de esos tipos a los que les gusta salir de fiesta y ligar; la verdad es que lo hacía pocas veces y si lo hacía era por Charlie. Había acabado tan mal en su última relación que se negó rotundamente a seguir con más. Se esmeró en su trabajo, que era lo que le mantenía en tierra.

—¿Vas a quedarte ahí parado o vamos a por la chica? —cuestionó la ojiazul—. No creo que la comisaría sea un agradable lugar para ella, recuerda que O'Donnel está deambulando por allí y no es seguro para Alena.

Kirian no dudó de ello. Se levantó de su asiento y en menos de dos

segundos ya se encontraba vestido y con las llaves del coche en la mano.

—Vamos —sentenció serio saliendo por la puerta de casa seguido de Larissa—, tenemos que ayudar a esa chica.

Capítulo seis

KIRIAN abrió lentamente la puerta de su solitaria casa con determinación. Entró seguido de los suaves pasos de Alena. Al final, la junta había decidido declararla inocente. La chica no tenía familia alguna y Kirian, en un arrebato de poco pensamiento, se había lanzado a alzar la mano y decir que él se encargaría de ella. Al fin y al cabo, podría sacarle algo de información.

Al mirar de reojo a la chica, quien sujetaba la correa de Moccio con nerviosismo, vio cómo se encontraba tranquila, o lo más tranquila posible, ante aquella situación.

—Te llevaré a tu habitación —habló Kirian.

Con cuidado, Alena subió por las escaleras hasta llegar al piso superior. Allí Kirian la guio hasta la que sería su habitación, justo al lado de la suya.

El inspector se encontraba en tensión ante aquella chica de veintidós años. ¿Cómo era posible que una simple niña inválida le provocara tal sensación? Podría ser porque era la hija de su peor enemigo.

—Inspector Mitman —le llamó ella—, me gustaría darle las gracias por acogerme en su casa hasta que este follón se arregle.

—No tienes que darme las gracias, Alena —dijo Kirian. Me gustaría que me tutearas y, si es posible, que contestaras algunas de mis dudas.

Kirian era un hombre al que le gustaba ir al grano en situaciones incómodas, y esta era jodidamente incómoda. Observó como la chica sonreía amablemente ante la propuesta de él.

—Le contaré todo lo posible.

—Ya te he dicho que me tutees —repitió él molesto.

Si había una cosa que odiaba era el que le trataran de usted fuera del trabajo. Le hacía sentir mayor, y él solo tenía veintiocho años.

Kirian vio como Alena reía levemente ante su torpeza y aquello le pareció extrañamente dulce. Quizá juntarse tanto con Larissa le estaba causando un efecto dañino en su masculinidad.

—Perdóname, no estoy acostumbrada a tratar con un policía —se excusó ella.

—No te preocupes. No tienes por qué sentirte intimidada por mi trabajo, ahora mismo estoy fuera de servicio —contestó él de forma amable y sincera.

El ambiente se había vuelto incómodo después de aquellas dos frases que ambos lograron vocalizar.

Kirian miró una vez más el atuendo de aquella niña. Ella aún llevaba

puesto el pijama con el que el inspector jefe O'Donnell la había sacado a rastras de su casa. Entonces se sumió en una nueva conversación con ella, más por conocer detalles de su vida, y la de Rudd, que por otra cosa.

La guio hasta la cama que había en la habitación, haciendo que se sentara en ella. La chica parecía algo tensa.

—Pronto te traerán ropa de tu casa, Larissa se encargará de ello.

—Oh, gracias. —Sonrió mirando al suelo.

—Alena —la llamó—, ¿de verdad no sabías nada de tu padre? —preguntó intrigado.

—No sabía nada de él y de sus trapicheos, y mucho menos que yo proporcionaba drogas —dijo ella suspirando.

—La junta ha decidido declararte inocente, pero me gustaría que me explicaras cómo pasó todo, el accidente y cómo acabaste siendo su ayudante —comentó Kirian.

—Es complicado —dijo ella—. Terminé la universidad hace unos años. Como sabrá tengo memoria eidética¹ y terminé la universidad antes de tiempo, cuando tenía exactamente diecinueve años. Aquella noche mi madre y yo salimos a celebrar que por fin había terminado la carrera de pediatría, pero cuando íbamos a casa tuvimos un accidente en el que yo quedé ciega y mi madre murió. Desperté a las semanas. Mi padre me dijo que no era recomendable que una ciega llevara a cabo pediatría, pero que podía trabajar con él en su empresa de medicamentos, ya que era algo parecido a lo que yo hacía. Así fue todo —terminó Alena.

Kirian quedó exasperado ante aquella triste historia y, sin saber por qué, le emocionó la forma en que la chica afrontaba lo que había vivido. Alena había vivido muchas desgracias con tan solo veintidós años, pero era hora de que se llevara una buena noticia.

—Alena, gracias por contarme esto —dijo él sentándose a su lado—. Tengo una buena noticia para ti.

—¿Cuál? —preguntó ella ilusionada, con cierto brillo en los ojos.

—Tienes ceguera temporal —contestó él relajado al ver la ilusión de la chica.

—¿Eso significa que puedo curarme? —preguntó ella, aunque sabía la respuesta.

—Sí —respondió Mitman.

El inspector vio como la cara de la chica se iluminaba por completo al contarle aquella noticia. Momentáneamente, él sonrió ampliamente, acto que

no hacía desde mucho.

De pronto, el timbre de la puerta sonó.

—Veré quién es.

Kirian fue a abrir la puerta encontrándose con Larissa y varias maletas a sus lados. Kirian miró a Larissa con algo de miedo. ¿Tanta ropa tenía la chica? Sin duda, esperaba que no, porque las maletas eran enormes. Larissa vio la cara de miedo de Kirian y se echó a reír ferozmente. Ese chico tenía verdadero pánico a las compras y la ropa.

—Quita esa cara de susto, imbécil, y déjame pasar —siguió riendo Larissa.

Kirian reaccionó tarde a la intromisión de la mujer en su casa, lo que hizo que una ruedecilla de una de las maletas, específicamente la que más pesaba, pasara por su pie.

—¡Oye, ten más cuidado!

—Te quejas de vicio, Mitman. Es imposible que esta maletita pese tanto —dijo Larissa riendo—. Iré a llevarle las maletas a Alena. Tú ayúdame —exigió.

Kirian resopló ante las órdenes de la chica. Él era de dar órdenes, no de acatarlas. Vio como Larissa subía por las escaleras hasta llegar a la puerta de Alena. Escuchó la breve conversación de ambas mujeres, con su espléndida audacia auditiva, para, finalmente, observar bajar por las escaleras a su compañera. Larissa, al cabo de los años, había conseguido un pequeño hueco en el corazón de Kirian como amiga ya que la chica, por muy inteligente y guapa que fuera, tenía una relación con otra mujer. Sí, a Larissa le gustaban las mujeres, aunque no por ello era menos femenina.

—Parece una chica muy simpática. Yo sí la creo, Kirian —dijo Larissa con determinación.

—Es una chica maravillosa —espetó el inspector—. No entiendo cómo puede tener un padre así.

—Por desgracia, no elegimos a la familia que nos toca, Kirian —sonrió nostálgica la mujer—. Pero ahora esa chica tiene una oportunidad hasta que todo esto se aclare y salga de peligro.

—En la cena le explicaré la situación —dijo Kirian.

—Hazlo sin ser tan directo, con tacto.

—Yo siempre tengo tacto.

Desorientado por la risa de Larissa, Kirian frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—Tienes el tacto en el culo, Kirian.

Larissa rio fuertemente, pero a esa risa se le unió una más tierna y joven. Kirian miró hacia las escaleras para ver como Alena, la jovial chica que ahora sería su compañera de casa, se encontraba bajando con cuidado los escalones.

Kirian reflexionó sobre la forma de bajar de aquella chica. Se dio cuenta de que Alena era autosuficiente a pesar de su minusvalía temporal. Con la mirada fija en la chica, Kirian pensó en aquella pequeña ninfa que bajaba por las escaleras, en su dedicación y autocomprensión y, finalmente, en la calma y valentía con la que Alena enfrentaba toda la situación.

—Perdona por mi osadía, pero Larissa tiene razón. —Alena habló con voz dulce.

—¿Ves? —soltó Larissa riendo—. Ella también me da la razón.

Capítulo siete

AL final, Kirian tuvo que reír ante aquellas dos mujeres. Larissa se quedó mirando a aquellos dos y un pequeño presentimiento le vino, desplegado por una corriente eléctrica por su espina dorsal. Al fin y al cabo era una cajún² y se fiaba mucho de sus instintos y presentimientos.

Larissa acabó yéndose algo tarde, dejando a ambos en la casa.

—¿Qué quieres de cenar? —preguntó Alena sonriendo dulcemente.

Kirian en ningún momento pudo haber esperado aquella proposición de la chica. Llevaba cerca de dos años sin probar la comida casera de una mujer, aunque su desorientación y preocupación vino al pensar en la chica con un cuchillo en mano.

—No te preocupes, Alena, yo puedo hacer algo —dijo Kirian tocando la parte de atrás de su cabeza.

Alena sí que debería preocuparse por aquello. Kirian no era nada bueno en la cocina y corría peligro de salir por los aires junto a la casa si ponía una mano en el gas.

—Kirian, por favor, déjame hacer algo. Sé de sobra lo que piensas, crees que puedo cortarme con algún cuchillo o volar la casa con el gas, pero no es así —explicó la chica muerta de la desilusión—. He estado dos años sin vista y he aprendido a ser autosuficiente. Por favor, déjame hacer la cena. Después de todo, me has acogido sin conocerme en tu casa siendo la hija del narcotraficante más buscado del estado. Es lo mínimo que puedo hacer —dijo, haciendo hincapié en su locura.

Kirian se quedó pensativo unos minutos, en los que la tensión se podía

cortar con unas tijeras, barajando la posibilidad de que Alena cocinara. Se fijó en la cara de desilusión de la chica al estar tanto tiempo sin una respuesta; por ello, abrió sus labios para pronunciar las palabras que hicieron sonreír a la chica.

—Está bien —espetó Kirian—, pero yo te ayudaré.

—¡Vale!

Sonriendo como una niña con un caramelo, Alena se dirigió a la cocina con Kirian, quien la ayudó a llegar con sus indicaciones. Estaba profundamente agradecida con el inspector por haberla defendido ante el comité y haberla ayudado cuando aquel hombre la había sacado de su casa a rastras y de los pelos. Alena nunca se había enfrentado a una situación así, pero debía ser valiente.

En su vida habría creído que su padre fuera aquello que Larissa le había explicado mediante informes y palabras. Por suerte, Larissa había sido inteligente y había mandado hacer informes para que ella los pudiese leer.

Ya en la cocina, Alena habló después de un rato pensando.

—¿Tienes pollo? —preguntó relajada—. Me gustaría hacer una ensalada de pollo con cebolla caramelizada.

Kirian frunció su ceño ante aquella proposición.

—No soy muy fan de la cebolla... —Sacó pollo de la nevera.

—Estoy segura de que esta te encantará. Vamos... ¡Anímate y prueba cosas nuevas! Estoy segura de que no la has probado así.

Y razón tenía. Kirian había probado, una vez y por petición de su abuelo, la cebolla cruda y no la soportó. Desde aquel entonces, en el que Kirian tenía diez años, no volvió a probar tal alimento... hasta ese día.

—Bueno, la probaré, pero no pongas mucha, por favor —dijo, con un pequeño mal gesto mirando al vegetal en manos de la chica.

Alena sonrió.

—Claro, te encantará, ya verás. ¿Puedes decirme dónde están la lechuga, el tomate, el maíz y la zanahoria? ¿Por casualidad no tendrás aguacate? —preguntó la chica.

—Yo te lo paso. Y sí, has tenido suerte, ayer mi madre me mandó aguacates —contestó él.

—¡Perfecto! —sonrió la morena.

Kirian y Alena se pusieron manos a la obra con la cena. Una vez hecha, y con Kirian sorprendido por la habilidad de ella en la cocina, se sentaron a la mesa para cenar. Alena había puesto poca cebolla, tal como prometió. Así

pues, Kirian sirvió dos platos llenos de esa fabulosa ensalada que olía a gloria.

Probó el primer bocado, incluyendo aquel vegetal que tan poco le gustaba, y sintió placer ante tal sublime, y sencillo, bocado. Abrió los ojos con sorpresa y miró a Alena con suma gratitud.

—Esto está delicioso, Alena. —Probó otro bocado.

—¡Gracias! —sonrió ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —espetó Kirian.

—Ya la has hecho... —rio ella.

Kirian rio también.

—Tienes razón. Pero ahora, volviendo al tema, ¿cómo es que no sabías lo que distribuías?

—Eso tiene una explicación lógica —Ella tragó—. La cajita donde iba el supuesto medicamento tiene unos puntitos y me guiaba por ellos. Me enseñaron a que iba mediante números. Me hacían creer que cada número era un medicamento, pero nunca supe qué medicamento era, confiaba en mi padre —explicó la chica.

—Entiendo. ¿Y qué relación tienes con Jackson Donson? —preguntó curioso.

—¿Jack? —dijo sorprendida—. Jack era mi ayudante y mejor amigo allí. Él... —Se quedó a medias, cayendo en lo obvio—. Él no tiene nada que ver, no pueden encerrarlo.

Nerviosa, Alena se reprochó mentalmente. ¿Cómo había confiado en su padre de aquella forma? Rudd nunca quiso ocuparse de ella hasta el momento del accidente donde su madre falleció.

—Tranquilízate, Alena, a Jackson no va a pasarle nada malo. Simplemente tendrá que ir a un correccional por tráfico de drogas, pero saldrá en cosa de tres meses por toda la información que nos ha garantizado sobre Rudd —explicó él.

—¿Podré ir alguna vez a visitarlo? —preguntó Alena inquieta.

—Claro. —Él sonrió de lado.

A Kirian le inquietaba aquello que le había dicho Donson. Rudd provocó el accidente por alguna razón y había desatendido a Alena todos estos años, e incluso quería acabar con ella. Estaba entre la espada y pared. No deseaba ver a la chica sufrir por culpa de ese cerdo malnacido. Decidió callarse por el momento y esperar un tiempo a que todo estuviera más calmado.

Aquella misma noche, de madrugada, Kirian recibió varias llamadas de la

central. No encontraban a Rudd. Por otra parte, Charlie no confiaba en la chica ya que, para él, ella era la culpable de todo y acabaría con Mitman en un abrir y cerrar de ojos. Vamos, que pensaba que era una trampa, pero Kirian no pensaba aquello. Dejándose guiar por lo que Spencer le había dicho y su instinto, dejó claro que la chica se quedaría con él hasta nuevo aviso.

Lo que más le preocupaba en ese momento a Kirian Mitman eran sus propias intenciones con aquella chica. ¿Deseaba protegerla o deseaba tener más accesibilidad a Rudd? Si Rudd quería a Alena, debía venir a por él, y entonces su venganza personal estaría más que cumplida.

Capítulo ocho

—¿DE verdad confías en ella tanto como para meterla en tu casa?

Mitman, quien se encontraba en su mesa de despacho rodeado de informes policiales bastante extensos sobre el paradero de Rudd y algunos de sus tantos asesinatos o estafas, mantenía las manos masajeando sus sienas con lasitud. Charlie seguía bastante tirante con él por la locura, según su amigo, de meter a una asesina en su propia casa.

—Ya te he dicho que sí, Charlie. —Resopló dejando caer su espalda en el sillón negro de su pequeña oficina—. No sé cuánto tiempo vas a estar con la tontería, ¿no te das cuenta de que así podré hablar con ella e intentar descubrir cosas sobre Rudd? ¡Esta es nuestra oportunidad para atraparlo! Además, la chica es ciega. Por alguna razón la creo, Charlie —le explicó Kirian a su amigo.

—Entonces, ¿se supone que debo quedarme de brazos cruzados cuando veo que te vas a pegar contra el muro? —cuestionó Charlie, bastante molesto—. ¡La crees por el hecho de que es una chica bonita! Pero, escúchame Mitman, la belleza también oculta maldad. ¿Cómo sabes que no es una trampa de Rudd? ¿Cómo sabes que no está fingiendo? Acuérdate de Eloise, ella era muy pero que muy bonita y acabó dándote la espalda.

¿Por qué debían recordarle aquellos momentos pasados con Eloise? Kirian resopló, muy cansado del mismo tema. Una parte de él, pensaba que nunca lo superaría; sinceramente, era lo que ya creía. Mitman estaba casado con su trabajo, ya dejó ir un tren y no pensaba subirse a otro para acabar como en un tiempo remoto.

—Si no te importa, Charlie, quiero trabajar sin tener el recuerdo de ella en mi mente y de la putada que fue capaz de hacerme —sentenció, volviendo a su infinitud de papeles apilados en varios montones.

Charlie, por su parte, sintiéndose demasiado dolido por la actitud de su amigo, abandonó la pequeña mesa de oficina y se fue a la suya.

Vio como Larissa lo miraba muy seriamente. La morena de enormes ojos azules caminó pausadamente hasta sentarse delante de Charlie, en una de las sillas que este tenía.

—Os he oído hablar —dijo agarrando uno de los lápices que Charlie tenía encima de la mesa.

—¿Y? —preguntó, mirándola de reojo.

Se notaba a leguas que no se llevaban bien, por más esfuerzos que hiciera

Larissa.

—Pues que me parece mal que culpes sin conocer, Charlie —espetó mirándolo a los ojos—. Alena parece una buena chica y dudo que esté a favor de Rudd —declaró.

Sin poder creer lo que escuchaba, Charlie la miró con los ojos abiertos.

—Definitivamente ¡os habéis vuelto locos! —exclamó frustrado.

—¿Acaso sabes tú algo que nosotros no sepamos, Charlie? —cuestionó, indignada por su respuesta.

Larissa del único que no se fiaba era de Charlie. Él nunca se había mostrado a favor de entablar una buena actitud, aunque fuese estrictamente laboral, con ella. Al fin y al cabo, siempre acababan peleados y gritándose en medio de la comisaría.

—¿Estás insinuando que sé algo y no lo he dicho? —preguntó el chico y levantó una de sus cejas.

—Algo así —contestó Larissa, sin tapujos.

De repente, se escuchó un sonido fuerte. Charlie había estampado su puño en la mesa con fuerza mientras sus ojos se encontraban escudriñando a la morena.

No obstante, Kirian se interpuso en la inminente pelea que se avecinaba entre los dos agentes, que en ocasiones parecían más niños que agentes de la policía.

—¿Se puede saber qué os pasa a los dos? —preguntó Mitman en un tono neutro, con una pose recta—. Ya os dije que no quería peleas en la oficina, dejaos las niñerías para el parque y ahora ¡a trabajar!

Kirian se molestaba al ver a dos de sus mejores agentes peleando como niños pequeños. En ocasiones, se encontraba dividido entre la amistad de Charlie o la posible amistad con Larissa. Sabía que la chica lo había pasado mal en la academia, y en su vida particular, pues muchos de sus compañeros de academia se burlaban de ella por ser mujer y de color. Por otra parte, Charlie era su amigo desde que eran pequeños y llevaban pañales, le era complicado tratarle como un superior suyo.

—Sí, señor —dijo Larissa, retirándose.

Charlie, por su parte, decidió no decir nada y sumirse en su ordenador. Kirian estaba seguro de que en algunas horas el chico estaría de nuevo haciéndole bromas, lo conocía lo suficiente como para saber que el enfado se le pasaría enseguida.

Mitman, después de estar toda la tarde en la comisaría, regresó a casa,

encontrándose con una Alena sentada en el sofá junto a Moccio. Aquella mañana la había dejado sola. Claramente, había puesto vigilancia por todas partes para ver si hacía algo raro. Kirian cerró la puerta con el pestillo de arriba y dejó las llaves en un cuenco de bronce.

—Hola, Alena —dijo entrando a la sala.

—Buenas noches, Kirian —contestó ella con una sonrisa mirando a la nada.

Mitman se acercó a la pequeña cámara que había puesto al lado de la televisión y la agarró con cuidado, sin hacer ruido.

—¿Qué tal has pasado el día? —preguntó el inspector girándose hacia la chica sentada en el sofá.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú? —cuestionó ella.

—No ha estado mal. —Kirian se acercó a la cocina y vio la cena ya preparada—. Oye, Alena...

—Lo he hecho yo —sentenció la chica en voz alta—. Pensé que llegarías algo tarde y, de alguna forma, quería darte las gracias.

El rubio se sorprendió de lo dicho por la chica. Ella era demasiado buena para ser verdad. No entendía cómo una chica con aquella incapacidad podía hacer postres y comidas tan sabrosas, era algo asombroso. Entonces una idea se le pasó por la cabeza al enorme rubio.

—¿Te gustaría ir mañana a terapia? —preguntó—. Creo que puede ayudarte con todo este embrollo.

Capítulo nueve

No se sentía bien aquella mañana. Notaba como su cuerpo estaba tieso ante toda la información que llegaba a su mesa. Larissa le estaba ayudando en lo máximo, pero ella tampoco tenía un buen día. Las ojeras reinaban en los ojos de ambos, pero ahí seguían. Charlie, por su parte, se encontraba en su mesa sumido en otros papeles. Como Larissa y él no se llevaban del todo bien y, por el bien de la comisaría, no podían estar mucho tiempo juntos.

—¿Está Alena en la terapia? —preguntó Larissa para hacer más amena la situación.

—Sí —contestó él—, la verdad es que estaba muy feliz esta mañana. Supongo que estar dos años sin vista y saber que puedes recuperar parte de ella es una buena noticia.

—Claro que debe de serlo, no me imagino estar en la situación de la chica. Debe ser horrible perder a tu madre y la vista en el mismo acto, y si a eso le sumas al café de su padre... Sinceramente, creo que está siendo demasiado valiente.

Kirian asintió mirando el enorme fajo de papeles que le traía un compañero por el pasillo. Era imposible que tuviesen tanto trabajo. Lo que ansiaba Mitman era pasear por las calles y socorrer al pueblo.

—Ayer, cuando se lo dije, vi la ilusión en sus ojos —comentó el rubio, ido en el papeleo—. Los tiene de un color verde oliva pálido, son unos ojos preciosos.

Larissa le sonrió sin enseñar su blanca dentadura.

—Estoy segura de que ella es una buena chica que ha sido engañada por su condición. Me alegro de que todo esto tenga solución, nadie merece pasar por la situación que Alena ha vivido —espetó antes de agarrar su vaso de café y beber de él.

—¿Sabes de lo que también me alegro? —preguntó Kirian. Larissa negó con la cabeza—. Me alegro de que hayan decidido dejarla bajo vigilancia policial y ser yo quien haga ese trabajo. Cabe la posibilidad de que pueda meter a Rudd en la cárcel.

Ambos, dejando las palabras para otro momento, comenzaron a emparejar montones de papeles que se acumulaban en la mesa. Pero, de repente, surcando el inmenso revuelo de la comisaría, una noticia llegaba a voces por uno de los nuevos.

—¡Han matado a Donson!

El ambiente era espantoso.

El reformatorio entero estaba aterrado, los jóvenes reclusos miraban por las ventanas con miedo. El espectáculo no era de circo; bueno, en realidad era digno de una película de terror. Mitman sintió que la bilis se le subía por la garganta, tuvo que tragar antes de acercarse hacia el cuerpo.

Kirian miró el cuerpo ensangrentado del chico adolescente. Le habían proporcionado dieciséis puñaladas en el pecho a sangre fría. Alrededor del cuerpo había una cinta, pero Kirian se la saltó para ver de más cerca el cuerpo. Había algo raro en él.

—Inspector —le llamó un hombre—, al chico le han dado dieciséis puñaladas, pero eso no es lo más raro —explicó haciendo un ademán.

Entre tanto, otro hombre se acercó y desabotonó la camisa del chico muerto. Kirian abrió los ojos con sorpresa ante el mensaje que estaba escrito en el pecho del chico.

«*Voy a por ti*».

Sin duda, eso era la guerra.

Rudd le había declarado la guerra con aquel asesinato. Pensó en Alena y la pena que la envolvería al saber de la muerte de aquel chico. Por lo que pudo ver, Donson era como un hermano para ella. Lo comprendía de cierta forma, el chico la había protegido del malnacido de Rudd desde que perdió la vista en aquel fatídico accidente.

—Llevaos el cuerpo de aquí, estamos llamando la atención.

—¿Sabe quién ha podido ser, inspector?

El encargado de aquel reformatorio juvenil y masculino se acercó para poder hallar algo de información por la terrorífica escena.

—Lo siento, señor, pero no podemos darle información clasificada —dijo Kirian, amablemente.

—Entiendo —dijo el hombre—. Si puedo hacer algo por ustedes, solo deben decírmelo.

—Nos serían útiles las grabaciones de todas las cámaras de seguridad, aunque por lo que puedo ver este punto es un punto ciego —explicó Mitman—. Los asesinos investigaron bien el lugar para saber dónde cabría la posibilidad de matar sin ser vistos. Le aconsejo que ponga otra cámara allí arriba para asegurar este punto.

—Por supuesto —espetó el hombre—, les traeré las grabaciones y me aseguraré de cubrir esta zona.

Mitman metió sus manos en los bolsillos del pantalón de uniforme y miró

por última vez el cadáver de Donson mientras era envuelto por aquella bolsa negra que tan malos recuerdos le traía. Odiaba esas bolsas, odiaba todo lo que tenía que ver con ese asesino de Rudd.

Mitman se dirigió a su coche. Allí Charlie le esperaba con sus gafas de sol puestas. Sus dedos caían en la metálica estructura del auto, haciendo del leve ruido una sinfonía. Charlie se mantenía serio, ajeno a todo el jaleo que se había formado. El rubio se subió al asiento del piloto, encendió el coche y emprendió el rumbo a casa de Charlie para dejarlo descansar, ya que el chico había echado muchas horas de más aquella semana y tenía unas ojeras que le llegaban hasta la barbilla.

—¿Te encuentras bien, colega? —preguntó Kirian, mirando de reojo a su amigo.

—Solo estoy cansado, muchas horas de trabajo —rio el chico sin ganas.

—Es lo que hay, amigo —siguió con la risa Mitman.

—¿Quién nos mandaría meternos en el cuerpo de policía?

Con juerga, ambos rieron dejándose llevar por las bromas hasta que Kirian dejó a su gran amigo en su casa. Ahora tenía que hacer lo más complicado, contarle a Alena que Donson había muerto a manos de Rudd.

Sabía que la chica iba a sufrir como nunca lo había sentido. Kirian notó como su corazón se estrechaba al imaginar esa escena.

Capítulo diez

CON lágrimas en los ojos, Alena despidió al que era como su hermano. Jackson Donson había muerto apuñalado la primera noche que pasaba en el correccional y por las cámaras se sabía que había sido Rudd, su padre. Le odiaba. Odiaba a su propio padre con toda su alma. No solo la había engañado a ella con su minusvalía temporal, sino que había acabado con la vida de un niño que debía trabajar repartiendo droga para combatir la cruel vida que le había tocado vivir.

Agradeció el que Kirian y Larissa le acompañaran al funeral de Jack. Alena escuchó el ataúd bajar; entonces se acercó, con ayuda de Larissa, y depositó una rosa negra, la flor favorita de su amigo, en el fondo del foso, sobre la tapa.

Había sido sumamente duro asumir tal noticia. La había destrozado por dentro. Sentir que esa persona ya nunca más te hablará o te sonreirá. El no sentir su presencia o sus abrazos en los momentos más complicados la destrozaba por dentro, el no haberse despedido de él.

Sintió la mano de alguien en su hombro. Pronto supo, por su aroma, que era Kirian. Aquella mano dura y masculina le apretó el hombro con delicadeza en forma de ánimo. Cosa que, sinceramente, ella agradeció.

—Alena, siento lo que ha pasado —dijo Kirian con suma sinceridad.

—No ha sido tu culpa, Kirian, pero necesito que me prometas algo —espetó la morena.

—¿Qué? —preguntó él.

—Encierra a mi padre, tiene que pagar por todo el mal que ha hecho —terminó ella, sumiéndose en el dolor de sus palabras.

Era duro pensar que su padre, la figura de héroe que ella tenía, fuera en realidad el mayor causante de sus problemas. Se preguntaba si su vida había sido una mentira, si las veces en que su madre le decía que su padre estaba trabajando eran verdad y si su madre sabía todo de Rudd, porque desde aquel momento Alena no tenía padre. No deseaba tener un padre como él y maldecía el momento en que su madre le puso su apellido.

Kirian sintió el dolor que ella sostenía en su pecho. Comprendía la ira que guardaba en su interior. No habían pasado más de tres días desde que el inspector jefe O'Donnell la sacó de su casa a rastras y se encontraba con todo aquello. Era todo demasiado duro para una niña tan buena como ella. Sí, era verdad que la conocía desde poco tiempo, pero, una vez más, confiaba en sí

mismo y en sus instintos. Era imposible que aquella mirada perdida y destrozada fuera fingida.

Larissa también confiaba en aquella chica de ojos perdidos. Con suma delicadeza, abrazó a Alena para darle su ánimo. Salieron los tres del cementerio para dirigirse a los coches. Kirian subió al suyo mientras esperaba a Alena. La vio hablar con Larissa.

—Cualquier cosa, tienes mi número —se despidió Larissa con un abrazo.

—Claro, gracias, Larissa —dijo Alena—. Suerte en tu cita.

—Gracias —sonrió la chica—. Kirian, ten cuidado.

Kirian miró a Larissa y le hizo un ademán con la cabeza. Alena se subió al coche y este comenzó a funcionar. El ambiente estaba tenso, incluso el tiempo estaba nublado, sin una pizca de sol. Parecía que todo estuviera ligado al hilo rojo del destino.

Conduciendo por las calles de Baltimore, Kirian pasó por una enorme rotonda decorada por una fuente y paró en el semáforo. Una de sus manos estaba en el volante mientras que la otra descansaba fuera del coche. Alena seguía sumida en sus pensamientos.

Kirian vio como un coche negro paraba a la par que él. La ventanilla del coche, polarizada, fue bajando hasta dejar a la vista una pistola plateada. Kirian abrió los ojos repentinamente y con asombro. Lo habían pillado sin ningún arma encima y eso era peligroso. No podía defenderse, ni él ni a Alena.

—¡Agáchate! —gritó agarrando por la espalda a Alena para que se agachara con él.

Acelerando por las calles, dejando el rastro de las ruedas en el asfalto, Kirian intentó dejar atrás a aquel coche negro blindado que los perseguía con un arma asomando por el hueco de una de sus ventanas.

Entonces, desorientada y sin saber por qué, Alena gritó al sentir el impacto de la bala en el cristal. Kirian aceleró sin ver el siguiente semáforo. Dio gracias a dios por que ningún coche se interpusiera. Levantó la cabeza conduciendo lo más rápido que podía mientras veía como aquel coche negro de cristales polarizados les perseguía. Aquel coche había provocado el choque de otros vehículos al estar persiguiéndoles a toda velocidad.

—¿¡Qué pasa!?! —preguntó asustada Alena levantando su cabeza.

—Agáchate y cubre tu cabeza, nos están persiguiendo —dijo Kirian, aumentando la velocidad del coche.

—Ay, dios... ¿Qué he hecho mal? —susurró Alena con cara de horror

haciendo lo que Kirian le había dicho.

Kirian sonrió de lado ante la adrenalina que le recorría el cuerpo. Hacía años que no tenía una persecución así, pero esta vez debía tener cuidado ya que no solo estaba su vida en peligro, sino que también lo estaba la de Alena.

Divisó, por el espejo retrovisor, como del coche polarizado sacaban un arma y apuntaban hacia ellos. Esquivó todas las balas con éxito hasta llegar a una calle bastante transitada. Allí su vida, y Alena la suya, la vio pasar por delante de sus ojos al acelerar cuando el semáforo se puso en rojo. Sí, estaba loco, pero sabía de sobra que si los hombres de Rudd los encontraban no tendrían clemencia, y menos aún con él.

Sin saber cómo, Kirian logró pasar entre los coches sin causar ningún daño a nadie. El rubio vio como el coche negro daba un frenazo, esperando a que el semáforo se pusiera en verde, pero unas sirenas hicieron que el coche negro saliera huyendo, dejándoles ante la mirada de la multitud.

¿Quiénes podrían ser los de ese coche? Lo más seguro es que fueran secuaces de Rudd intentando matar a la chica. Pero, ahora que tenía tiempo para reflexionarlo, lo que más destacaba en aquella mano que les había apuntado era una pulsera de plata que colgaba de una muñeca masculina.

—¿Estás bien? —preguntó Kirian tras levantar a Alena de su lugar.

—Sí —suspiró la chica con pesadez—. ¿Se puede saber por qué ha pasado esto? —preguntó la morena.

Kirian la miró sabiendo que ella no podía ver sus ojos rodando por la cuenca; en otras palabras, poniéndolos en blanco.

—Tengo la certeza de que han sido secuaces de Rudd, ¿quién si no nos querría matar?

La vio suspirar con pesadez.

—¿Algún día se acabará esto? —preguntó cruzándose de brazos, abrazándose a sí misma—. ¡Es mi propio padre, joder! Pensé que, al darme trabajo después del accidente, nuestra relación se estrecharía. Que, de cierta forma, sería el padre que en mi infancia no fue, que querría arreglar las cosas.

Kirian escuchó atentamente lo que Alena le decía, y en cierto modo lo comprendía. Comprendía la ausencia de un padre o el dolor que causaba la pérdida de este, él también lo había vivido. En su infancia, su padre fue un punto importante y perderlo fue un detonante que le condujo al vandalismo y otras locuras que ni siquiera quería recordar.

—Es duro. Comprendo tu dolor, pero aquí estoy yo para protegerte. Es mi trabajo —dijo Mitman posando una de sus manos en el brazo de Alena.

Volviendo a poner su mano sobre el volante, Kirian encendió el coche y vio como las patrullas perseguían al coche negro o se quedaban para ayudar a los heridos en el tremendo accidente que este había causado. Lo que más quería él en esos momentos era estar tranquilo y poder darse una ducha. Consideraba que Alena también necesitaba relajarse, ya que estaba tensa en su lugar.

Condujo hasta su casa y guardó el coche en el garaje. Ayudó a la morena a bajar e ir al baño; Moccio se metió con ella al aseo. La dejó ducharse tranquilamente, pero se detuvo en el detalle de que Alena no había cerrado la puerta totalmente. Sintióse un idiota por ello, dejó que su mirada se posara en el reflejo de ella en el espejo. Era, sin duda, una chica muy guapa y se notaba en su constitución que las curvas eran naturales.

¡Le gustaba una mujer con buenas curvas!

Vio como ella se quitaba las gafas de sol que diariamente cubrían sus ojos, los vio pálidos pero no menos exóticos.

Desgraciadamente, se reprochó a sí mismo por aquel acto. No podía dejarse llevar, no ahora que estaba tan cerca de llevar a cabo su mayor sueño y venganza a la vez. Era como si dentro de él supiera que no había sitio para las mujeres o el amor en sí, no se sentía confiado.

¿Podría él dedicarse a una mujer como ya lo había hecho?

Le parecía, justamente, imposible.

No se sentía con fuerzas como para volver a abrir su corazón, su pasado era demasiado opaco como para volver a hacerlo. Era el miedo a que lo dañaran y caer en esa espiral de tristeza que una vez le envolvió.

Así pues, Kirian decidió irse y hacer cualquier cosa menos mirarla. Decidió revisar las grabaciones que días atrás gravó gracias a las minicámaras que había conseguido en la comisaría.

En esas grabaciones vio el día de Alena. Como él se figuraba, la chica no hacía más que estar con Moccio, escuchar música o comer algo a su hora.

Definitivamente, esto le hacía confiar más en ella.

Capítulo once

MITMAN salió del baño con tan solo un pantalón y una toalla en sus manos para secarse el pelo. Todo había pasado rápido, pero ya estaban a salvo, se habían refugiado en un hotel donde la policía había puesto guardias.

Había escuchado la puerta abrirse, por lo que se esperaba a Larissa, junto a Moccio, en la habitación; pero al salir se encontró con una estampa que poco le gustaba. Alena estaba tirada en el suelo con un pañuelo en la boca, evitando que así pudiera gritar, con los pies y las manos atados. Se encontró con dos hombres vestidos de negro armados con unos Kalashnikov. Una de esas enormes armas apuntaba a la cabeza de Alena mientras que la otra la sostenía un ruin peón de Rudd. Parecían de los más jóvenes aquellos dos, quizá de menos de veinticinco años.

Kirian intentó agarrar la pistola que estaba en la mesa, cerca de donde estaba él. Intentó cogerla, pero el gatillo se escuchó ceder. Los muy ruines estaban jugando con él al gato y al ratón. Kirian nunca dejaría un arma a la vista.

—Si coges el arma aprieto el gatillo y adiós a la morena —dijo uno de los hombres con voz ruda.

Kirian tragó duro. Estaba entre la espada y la pared. Se quedó bloqueado ante aquella situación. Alena estaba en peligro máximo y estaba seguro de que si no hacían algo ambos acabarían muertos. Eso era lo que pretendía Rudd.

—¿Qué queréis? —Kirian mantenía una serenidad ficticia.

La verdad es que no sabía qué hacer. Lo mejor en esos casos era parecer sereno y pensar con claridad.

—Nada —dijo el chico que apuntaba a Alena. Su sonrisa era demente.

Ella estaba aterrorizada. Su llanto era silencioso.

—Si no queréis nada, ¿qué hacéis aquí?

Kirian estaba sumido en la inquietud, molesto como nunca.

Uno de los muchachos rio sonoramente con burla.

—Señor Mitman, parece estúpido, sabe perfectamente qué queremos...

—Sonrió con cinismo—. Mataros.

Kirian hirvió de ira. Estaban jugando con él. Estaban poniendo la vida de Alena en peligro y si no se le ocurría algo, ellos dos morirían.

—¿A qué jugáis?

—Queremos jugar. Ordenes explícitas del jefe.

Ambos hombres, cínicos cual más, cometieron el error de mirarse por unos microsegundos que Kirian aprovechó para lanzar su pierna a uno de ellos y tumbarlo en el suelo. El otro hombre intentó ayudar a su compañero, pero Kirian lo inmovilizó consiguiendo el arma. Sin sentimiento alguno, lanzó varios disparos a los hombres, dejándolos en el suelo.

Alena no podía ver nada de lo que estaba ocurriendo. Sentía puro miedo y terror. En la habitación solo se escuchaban disparos, pero lo peor fue escuchar una bala introduciéndose en la carne de alguien. Sintió la bilis en la garganta. Odiaba esa situación, odiaba no ver y no poder ayudar. Después de unos disparos, dejó de escuchar, pero sintió como alguien la levantaba del suelo. Sintió pánico. Alena comenzó a patalear y gritar.

—Alena, soy Kirian, cálmate, voy a soltarte.

Kirian había salido intacto de la lucha.

Tal como había dicho el rubio, soltó a la morena de aquellas ataduras que la tenían prisionera y juntos salieron del hotel. Kirian se quedó sorprendido al encontrarse, o mejor dicho, al no encontrarse ninguna vigilancia en la puerta de la habitación.

Comenzó a sospechar de todos. ¿Por qué no habían puesto vigilancia? Su mayor temor se vio confirmado, había un topo en la policía y sospechaba de uno en concreto, O'Donnell. Aquel hombre rechoncho nunca se había ganado la confianza de Kirian.

Sin pensarlo dos veces, Kirian agarró la mano de Alena y salió por una salida trasera del hotel. Comprobó que tampoco había vigilancia.

Ambos anduvieron por las calles de Baltimore. Kirian vigilaba que nadie los siguiera, como si fuesen dos fugitivos. No lo dudó, lo eran. Iban a ser dos fugitivos.

—¿Dónde vamos? —Alena se encontraba agitada.

—Nos vamos de Baltimore. —Kirian respondió frío y serio. Estaba preocupado.

—¿Cómo que nos vamos?

Kirian dio las gracias a dios porque las calles estuviesen bulliciosas y los transeúntes no prestaran atención a su charla. Él sabía que era una locura, una locura necesaria. No podían quedarse en Baltimore, sería demasiado peligroso y lo primero era la seguridad de ambos.

—Debemos irnos por un tiempo. —Kirian comenzó a caminar rápido.

—No puedo irme sin Moccio, Kirian, él es mi guía y mejor amigo.

Kirian suspiró molesto. Estaban en peligro máximo y ella solo pensaba en

el perro. Por una parte, admiraba esa actitud, pero su parte protectora y policial decía que debían huir sin mirar atrás.

—Iremos a casa a por tu perro y saldremos cagando leches, no me fío un pelo de ninguno. —Kirian giró por una calle para ir a su casa.

—¿Sabes que tienes una boca demasiado sucia? —preguntó Alena ceñuda.

—Ni te lo imaginas.

El rubio anduvo por las calles hasta llegar a la esquina de su casa. Como se había imaginado, también estaba sin vigilancia. Decidió seguir para adelante y abrir la puerta de casa. Moccio salió corriendo hacia ellos. Kirian revisó cada estancia de la casa y vio que seguía tal y como la dejó, nadie había estado allí. Por un momento no supo qué hacer. ¿Dónde irían? Entonces, un vago recuerdo vino a su mente.

—Alena, quiero que cojas lo imprescindible, no iremos lejos y quiero que estemos preparados.

Kirian fue hasta su dormitorio y agarró dos maletas de color arena. En una de ellas metió ropa suya, dinero que escondía por casa, objetos para la higiene y varias armas con municiones. Se cargó a él mismo con dos pistolas tapadas por una chaqueta. La otra maleta fue para Alena, donde ella guardó sus cosas y algunas de Moccio junto a algo de dinero y algunos papeles. Kirian decidió, entonces, bajar a la cocina, junto a Alena y Moccio, y coger algo de comida y bebida.

—Vamos, Alena.

Kirian los llevó al garaje, donde estaba el viejo coche de su madre, aquel que le dio hace poco tiempo porque ella se compró uno.

—¿Qué haremos?

Alena estaba nerviosa. No veía nada y debía lidiar con los arrastres de Kirian.

—Nos iremos en el viejo coche de mi madre. Rápido, métete y ponte el cinturón.

Alena hizo caso a Kirian, subió al coche con ayuda del chico y se abrochó el cinturón. Moccio se había colocado en el asiento trasero y Kirian entró al poco tiempo, encendiendo el motor y echando a correr por las asfaltadas carreteras.

Alena estaba segura de que la tensión podía cortarse con un par de tijeras. Dado que él no decía nada, y Alena se moría de la curiosidad, se encaró para preguntar.

—¿Dónde iremos?

Kirian sonrió de lado mirando la carretera.

—A Georgia.

Alena se quedó pensativa. Georgia era un lugar en el que su padre no tenía colaboración ninguna, ya que nunca había estado allí. Pero ¿dónde se quedarían ellos? Ambos tenían ahorros guardados, pero no pensaba que fueran demasiados como para sobrevivir por más de unos meses, menos si iban a estar en hoteles. Iba a ser un viaje largo, muy largo.

—Kirian, no creo que tengamos suficiente dinero como para estar todos los días en hoteles. —Alena era realista.

—Nadie ha dicho que cuando lleguemos nos quedaremos en hoteles. — Kirian rio ante la ocurrencia de Alena.

—¿Entonces? —Ella estaba muy confusa.

—Mi abuelo paterno tenía una casa en Georgia, ahora es mía. Nos quedaremos allí por un tiempo.

Lo que Kirian no quiso decirle a Alena fue que, desde ese momento, ambos eran fugitivos. El rubio se había encargado de dejar atrás toda tecnología para no ser detectados y había agarrado unos pasaportes y documentación falsos. Sabía que estaba mintiendo a Alena, pero prefería que supiese poco a poco todo lo que pasaba, no quería asustarla después del ataque que habían sufrido. Desde ese momento, no podían fiarse de nadie. Ni podían, ni debían. Las apariencias engañan y más cuando el mismo lobo tiene piel de cordero.

Capítulo doce

HUIR.

Aquella palabra era la que a Alena se le pasaba por la mente cada vez que pensaba en la situación en la que estaba metida de pies a cabeza. Después de mucho tiempo de reflexión, tiempo en que Kirian estaba conduciendo hacia Georgia, Alena volvió a recordar cada mudanza que hacían su madre y ella. Según lo poco que sabía, se mudaban a lugares donde su padre tenía influencia y por ello supo que Georgia sería un buen lugar para refugiarse por un tiempo; solo por un tiempo, ya que Rudd tenía hombres buscándolos por todos lados. Solo había dos opciones, morir o huir para salvar sus vidas y, aunque Alena no era de las mujeres que huían, estaba de acuerdo en esconderse como un pequeño animalito.

En estos momentos, en la única persona en que confiaba al cien por cien era en Kirian Mitman, su salvador. Ese policía se había ganado un huequito en su corazón gracias a sus acciones, al fin y al cabo había confiado en ella, en la hija de su peor enemigo. Quizá Alena no podía ver con los ojos, pero sí con el alma y sabía a ciencia cierta que Kirian era de esas personas que ocultaban su pasado pero que hacían lo posible para realizar el bien. De alguna forma, él era un héroe escondido. Una persona que era capaz de dar su vida por otras solo podía ser llamada héroe.

En el corto periodo que llevaba junto a él, se había dado cuenta de que Mitman era un hombre inteligente. Con él, podías estar hablando del tiempo y, al minuto siguiente, hablar de la densidad molecular. Se lo había demostrado y, por mucho que le pesara, era algo que a Alena le encantaba de los hombres. No conocía su físico, pero sí algo de su interior, y este era muy bello.

—Creo que sería conveniente parar en un motel u hostel para descansar. Llevamos más de cuatro horas de camino —comentó Kirian doblando en un desvío.

Alena se dejó guiar por su voz y le miró sin poder ver.

—Me parece bien —admitió ella—. Debes estar cansado de tanto conducir. Además, me duele el trasero de estar tanto tiempo sentada y Moccio debe hacer sus necesidades.

Kirian aparcó en el estacionamiento de un motel algo desaliñado. La fachada tenía bastantes grietas y estaba descolorida en un color grisáceo muy antiguo. Algunas de las ventanas del motel se encontraban abiertas

levemente, al igual que había algunos coches aparcados. Kirian vio salir a una pareja de jóvenes y supo que era el típico motel que utilizaban como picadero. Ayudó a bajar a Alena y sacó las maletas; claramente no iba a dejar unas maletas en las que había dinero dentro del coche. Moccio se fue tras unos arbustos marchitos para hacer sus necesidades y volvió al cabo de unos minutos. Entraron al motel consiguiendo una mirada mordaz del hombre que estaba detrás del mostrador.

—No se admiten perros —dijo seco.

Kirian utilizó, entonces, una de sus miradas más serias y temibles. Se podía decir que si las miradas mataran, aquel hombre ya estaría bajo tierra.

—Escúchame bien porque no estoy para bromas —Kirian se acercó al mostrador—, ese perro es un perro guía. Mi mujer carece de vista y necesitamos al perro, así que déjate de gilipolleces y danos una maldita llave.

Alena sintió la voz de Kirian fría y sin sentimientos, amenazante. Se le pusieron los bellos de punta al escuchar aquella especie de amenaza silenciosa, mas consiguió su cometido. Alena escuchó el leve tintineo de las llaves. Esta vez tuvo que ser ayudada por Kirian y Moccio ya que no había ascensor y su habitación estaba en el tercer piso, el último. Sentía ser una carga para Kirian, el pobre hombre llevaba las maletas y la estaba ayudando a subir las escaleras.

Después de un largo tiempo, consiguieron llegar a la habitación. Moccio comenzó a oler cada rincón y Kirian le describió lo que había. Era una habitación pequeña con una cama bastante grande, una puerta que daba al baño, un pequeño armario y dos mesitas de noche. El cuarto estaba pintado de un horroroso color amarillo anaranjado que daría arcadas al mismísimo Goya, o eso dijo Kirian.

Alena, quien se mantenía pensativa, se dio cuenta de un pequeño detalle.

—Kirian. —Captó la atención del rubio—. ¿Cuántas camas has dicho que hay? —preguntó cerrando la puerta a sus espaldas.

—Una —respondió él.

—¿Y dónde piensas que voy a dormir? Porque no pienso dormir contigo y menos en el suelo.

Kirian no pudo más que reír ante aquello. Alena se puso roja en cuanto le escuchó decir que no dormiría con él. A Kirian le pareció tierno el que ella se pusiera roja por algo como aquello. Alena tenía veintidós años... ¿Acaso nunca había dormido con ningún hombre? No lo quería admitir, pero le encantó verla avergonzada por su culpa, era algo que nunca consiguió en

Eloise.

—Alena, no pienso hacerte nada raro. —Kirian seguía riendo—. Como si nunca hubieras dormido con un hombre. ¿Por qué has dormido con un hombre, verdad? —Esta vez preguntó de lo más serio.

—¡Claro que he dormido con un hombre! —exclamó ella, roja.

Kirian se dio cuenta de que Alena era reservada en lo referente a su vida privada, algo en lo que coincidían.

—Entonces no tienes de qué preocuparte, no voy a tocarte, Alena.

—Me da vergüenza —admitió ella.

Kirian se acercó a ella. La chica mantenía su mirada en el suelo, pero sintió cómo se acercaba. Levantó su ciega mirada y sintió la respiración del rubio cerca de su coronilla, para luego escuchar un *click*. Kirian había cerrado la puerta. Se percató de la gran altura del chico, algo más para añadir a su lista de cosas que le gustaban de los hombres. ¿Acaso dios había querido poner a ese hombre en su camino? No tenía ni idea, pero debía alejar esos pensamientos de su cabeza. Él era un hombre y ella una niña.

Capítulo trece

KIRIAN se alejó de la morena con una sonrisa torcida. Vio como Moccio se acomodaba en un rincón de la habitación. Él ayudó a Alena a llegar hasta la cama, donde la sentó. Él sacó unos sándwiches y dos bebidas refrescantes de una pequeña nevera cuadrada.

—¿Sabes dónde está mi maleta? Tengo ahí la comida de Moccio. — Alena quiso levantarse pero Mitman se lo impidió.

—No te preocupes —exclamó él—. Yo le daré la comida a Moccio, si no te importa.

—¡Claro que no! —aceptó ella.

Kirian fue hacia la maleta de Alena y, con cuidado, sacó la comida de Moccio. Le sirvió un poco en un plato de mascotas, junto con un poco de agua. Él se dirigió otra vez a la cama donde Alena comía silenciosamente. Había demasiada tensión entre ellos. Kirian se vio en la obligación de cortar aquella situación tan molesta.

—Esto es incómodo —comentó pegando el primer bocado a su sándwich.

—¡Y que lo digas! —rio ella—. ¿Tardaremos mucho en llegar a Georgia?

—Mañana saldremos temprano, sobre las siete de la mañana. Calculo que sobre las once o doce del mediodía estaremos allí.

—Es un viaje de muchas horas —comentó ella.

—Son cerca de once horas —dijo Kirian—. Oye, Alena... —Captó la atención de ella—. ¿Qué se siente al no ver?

Alena tragó aquello que estaba masticando.

—Es complicado. —Alena volvió a morder—. ¿Cómo te sentirías tú si de un día para otro no pudieses ver? —preguntó la morena.

Kirian se quedó pensando en ello.

—Desorientado —contestó después de unos minutos silenciosos.

—Así fue como me sentí yo. Cuando abrí los ojos después de accidente, lo vi todo negro. Estuve cerca de una semana en el hospital hasta que Rudd vino a por mí, estuve sola por una semana intentando asimilar la muerte de mi madre y mi ceguera —confesó afligida.

Kirian se sorprendió. ¿Rudd no sabía que su hija había sobrevivido? ¿Por qué? Se suponía que el atentado iba contra su madre y que ahora la quería muerta porque pensaba que le había dado información a la policía. Esto cambiaba las cosas. No quiso preocuparla así que dio un pequeño giro a la conversación.

—Pareces ruda llamando a tu padre Rudd.

—¿Me harías un favor? —preguntó ella, Kirian asintió—. No llames a ese ser mi padre. Me siento tan culpable de todo el mal que ha hecho...

Kirian entendía a Alena. Su padre, o sea, Rudd, había matado a muchísimas personas inocentes. Se vio en la necesidad de cambiar de tema.

Ambos terminaron de comer hablando de cosas triviales tales como el nombre de Kirian. Alena descubrió por qué ese nombre: su madre era catedrática en la universidad de Boston, más específicamente en lenguas antiguas.

Kirian vislumbró a la pequeña morena saliendo del baño. Hacía cosa de media hora, Alena había decidido darse una ducha y quitarse toda la tensión que llevaba sobre los hombros. Mitman se quedó mirando fijamente a la chica. Llevaba puesto un pijama de invierno, ya que hacía bastante frío. Sus piernas se veían largas y esbeltas, pero Kirian se fijó en su busto. Gracias al frío, Kirian pudo ver como se marcaban sus pezones.

Deseó quitarse esos pensamientos de la cabeza, pero le era imposible. Deseaba a Alena. Una parte de él sabía que eso no era lo correcto, pero su parte humana, y de hombre, quiso disfrutar el momento. La deseó desde el momento en que la vio por el hueco de la puerta. Sus curvas le habían vuelto loco. Era un hombre y tenía necesidades.

Alena le había hecho pensar en lo que quería en la vida y, por primera vez en dos años, se preguntó por qué no intentarlo. Alena era inteligente, bondadosa y bella. Había confiado en él de forma inmediata y cada vez que la veía se sentía bien. Deseaba colmarla de placer y que ella se sintiese protegida.

Siguiendo su instinto, se levantó y, a grandes zancadas, llegó hasta Alena acorralándola en la pared. Sonrió de lado cuando a ella se le erizó el vello de la piel. Kirian tuvo que bajar la cabeza para estar cara a cara con Alena y, con dos de sus dedos, subió su cara.

Era un atrevido, ella lo sabía, mas le encantó esa sensación. Como si fuera una adolescente, sintió miles de mariposas en el estómago. ¿Ella quería eso? No, no lo quería. Lo deseaba. Quizá fuera pronto, pero Kirian le gustaba, y no físicamente.

Ambos estaban cerca, sus respiraciones se mezclaban, hasta que un gruñido se interpuso entre ellos en aquel momento. Moccio les estaba mirando con cara de pocos amigos, por ello Alena le mandó al baño por un tiempo. No era cruel con él, solo deseaba disfrutar del momento y sabía que

Moccio era muy posesivo en cuanto al roce.

Alena sintió la mirada de Kirian en su nuca y giró en vano, topándose con él. Un escalofrío cruzó su espina dorsal. Kirian la alzó cogiéndola de la cintura hasta toparla con la pared. Ahora estaban cara a cara. Se besaron formando una ola de sensualidad y erotismo puro. Sus bocas bailaban en una danza que ambos disfrutaban.

Kirian deseaba que Alena estuviera cómoda en esa primera vez con un él, por ello la condujo hasta la cama y allí calló junto a ella, besándola en los labios, haciéndole el amor con su lengua. Kirian se separó de ella y se quitó la ropa sin apartar la vista de su clara mirada.

Llegó hasta ella, posándose encima. La desnudó con cuidado. Dejó unos besos en los labios de la chica para luego bajar por su cuello. Ascendió, previamente, a su oreja, mordisqueándola y lamiendo su lóbulo. Alena alzó su cuerpo, arqueando su espalda en una perfecta curva, hasta tocar el pecho de Kirian con sus erectos pezones. Él descendió con su cabeza hasta tener entre sus dientes la cumbre rosada de ella. Con su otra mano masajeó el otro seno mientras escuchaba la voz ahogada de Alena, sumergida en placer. ¿Podría hacerla entrar en éxtasis con tan solo mimar sus senos? Su respuesta vino pronto. Alena alcanzó su primer orgasmo. El miembro de Kirian palpitó más ante aquella mujer tan receptiva.

Era toda suya y quería poseerla ya.

Miró los ojos cerrados de la morena y la forma en que sus caderas se alzaban ante su orgasmo. Su respiración era agitada y su boca permanecía un poco abierta. Kirian se puso un preservativo y volvió a estar encima de Alena en menos de un segundo. Le miró a los ojos.

—¿Estás segura de esto? Si deseas que pare, dímelo.

Kirian sabía que ella no podía ver, pero a él le encantaba mirar sus pálidos ojos. Alena asintió con la cabeza. Se encontraba demasiado extasiada como para hablar. Su garganta estaba seca, sus senos hinchados, sus pezones erectos y rojos y su centro mojado, esperando la intrusión del miembro de Kirian para complacerla y llenarla.

—Iré lo más despacio que pueda, pequeña, si sientes dolor, no dudes en decírmelo —terminó de decir él.

—Confío en ti.

Kirian separó las piernas de la joven con las suyas, procurando caber dentro. Pasó un dedo por su centro, recorriéndolo, asegurándose de que ella estuviera preparada para él. Lo estaba. Kirian posó todo su peso en sus

brazos, haciendo que los músculos de sus brazos se hincharan, y empezó a introducirse en el cuerpo de Alena. Miraba a la morena con cada pequeño paso que daba. Ella se agarró a sus hombros y cerró los ojos, mordiéndose el labio. Posó sus manos en la nuca de Kirian y le atrajo hasta sus labios. Le besó y Kirian retrocedió para luego entrar otra vez en ella. Alena gimió de placer, arqueando la espalda.

Kirian comenzó con un balanceo tenue. Sus movimientos eran rítmicos y se mezclaban con los gemidos y susurros de Alena ante sus llamadas. Ella susurraba su nombre y le pedía más con voz ahogada y con su cabeza hacia atrás. Kirian empezó a bombardear más rápido en su interior hasta que la hizo gritar de forma ardiente. Alena se agarraba a su nuca y a su espalda con las uñas. Gritaba de placer. Kirian gemía con cada embestida. Sentía a Alena a punto de llegar a la cumbre.

—Vamos, pequeña —susurró Kirian en su oreja con voz roca y a punto del éxtasis—, córrete, conmigo.

Fue lo último que les hizo falta a ambos para caer en un remolino de sensaciones placenteras que les recorrió el interior. Alena gritó el nombre de Kirian y Kirian gruñó el nombre de Alena alto y claro. La había hecho suya.

Ahora ella era suya.

Capítulo catorce

LA morena se encontraba apoyada sobre el pecho de Kirian. Este estaba dormido y su pecho subía y bajaba lentamente con una rítmica respiración. Lo sintió dormir tranquilamente. Sin pensarlo, alzó una de sus manos y acarició la cara de Kirian, sintiendo la piel caliente bajo sus yemas.

Kirian notó unas leves caricias en su rostro. Lentamente, abrió los ojos y se encontró con su pequeña morena mirándole con sus dos grandes ojos pálidos. Ella quiso apartar su mano al verlo despertar, pero Kirian, rápidamente, se la agarró y la volvió a poner en su rostro para que Alena le acariciara. Aquello le calmaba, le gustaba sentir el tacto de ella contra su piel.

—¿Quieres desayunar? —preguntó Kirian fijando su mirada en la morena.

—Claro.

Alena se levantó para ir al baño, pero recordó que estaba desnuda. Se tapó con la manta hasta el cuello ante la mirada de Kirian. Él solo pudo reír, le parecía gracioso aquello. Él ya había visto su cuerpo y, aun así, Alena sentía vergüenza.

Kirian había pasado una de las mejores noches de su vida compartiendo la cama con ella. Había canalizado toda la energía positiva que una persona podía ocupar. Solo deseaba que Alena hubiese sentido lo mismo. Al fin y al cabo, eran adultos y sabían que ahora mismo nada entre ellos podía pasar a excepción de noches como la pasada, no por no querer sino por todo lo que les rodeaba.

—Podemos ir a la cafetería de la gasolinera y luego salir hacia Georgia.

Kirian miró de reojo a Alena, quien aún tenía la manta por la barbilla. Solo la vio asentir con la cabeza, estaba aún sonrojada. Así pues, Kirian decidió darle su espacio. El rubio se dio la vuelta esperando a que ella se levantara y fuera al pequeño baño, pero no fue así. Recordó que la pequeña Alena no veía, y se reprochó mentalmente.

—Puedes ir al baño, no estoy mirando, no te preocupes.

—¿Seguro que no miras? —preguntó la chica con voz de circunstancias, a lo que Kirian soltó una pequeña risa.

—Sí, confía en mí, no miraré. Aunque admito que no me importa ver tu bonito cuerpo. ¿Alguna vez te lo han dicho, Alena? —preguntó mientras ella iba ya al baño—. Tienes un cuerpo muy, muy bonito.

Kirian se quedó, por unos minutos, pensando en lo que le había dicho. Se

había dejado llevar por ese sentimiento que le surgía desde dentro, algo que no hacía a menudo con el tema de las mujeres. No obstante, ya no era solo eso. Sentía un instinto de protección que solamente había sentido con su madre en sus malos momentos.

—Pues hace mucho que nadie me decía algo así —contestó Alena desde el baño.

—¡Vaya! —exclamó Kirian—. Gracias por tu sinceridad, Alena —rio. La escuchó reír fuertemente.

—La última persona que me lo dijo fue mi madre —confesó ella.

Mitman se quedó por unos segundos callado, no esperaba esa respuesta.

—Pues tu madre tenía mucha razón, eres muy bella, tanto por dentro como por fuera —dijo al fin.

—Ella lo era más, mi madre era una mujer dulce. Rudd no merecía una mujer así, ni siquiera sé por qué estaba con él —confesó.

Kirian, en un arrebato de locura, se levantó de la cama y fue hasta el baño, dejando a Moccio solo en la habitación. La pilló metiéndose en la ducha, con el pelo recogido en un moño alto.

—Me hubiese gustado ayudar a tu madre —dijo, provocando un grito por parte de la chica, que se había asustado al saber que él estaba allí.

—¿¡Qué haces!?! —exclamó ella, intentado taparse con sus brazos.

Mitman rodó los ojos.

—Solamente quiero ducharme contigo, ¿no sabías que así se ahorra agua? —preguntó, metiéndose a la ducha, algo gracioso.

En lo personal, Kirian parecía más joven de lo que era con las gracias que se encontraba haciendo. Alena prefería verlo así que en esa pose seria y tensa de inspector de policía que solía mantener.

—Mira —comenzó a hablar Alena—, en la vida he hecho esto. Siéntete orgulloso de ello.

Alena, con ayuda de Mitman, consiguió meterse dentro del agua. Ambos se divirtieron y obtuvieron la verdad sobre el mito que decía que duchándose con otra persona se ahorra agua.

Capítulo quince

AMBOS habían emprendido el camino hacia Georgia hacía más de cuatro horas. Con toda la suerte del mundo, no habían pillado tráfico en la carretera, lo que hizo que llegaran antes a su destino.

Kirian paró delante de una casa de dos pisos vestida de ladrillos grises claros y un techo más oscuro. Recordaba haber ido allí de pequeño a visitar a sus abuelos, los cuales murieron de viejos. La casa se había cuidado a la perfección y el barrio era extremadamente tranquilo. Stillwood era eso, tranquilidad pura. Esa tranquilidad la aprovecharía para investigar y centrarse en su cometido, encerrar a Rudd.

—Hemos llegado, Alena.

Kirian, amablemente, ayudó a la morena a bajar y agarrar las maletas. Ambos entraron, no sin antes guardar el coche en el garaje. Kirian vio como todo seguía tal y como lo había dejado. Guio a Alena por el pasillo hasta el comedor. Allí le explicó un poco donde estaba todo para que no se hiciese daño, y así lo hizo con todas las habitaciones de la planta de abajo. Poco a poco, fue subiendo las escaleras con ella agarrada de una de sus manos y Moccio en su otro lado para que ella no se tropezara. Alena memorizó cada una de las escaleras que había, quince en total.

Kirian hubiese querido ser sincero, pero decidió omitir la verdad en cuanto a dónde dormirían.

—Alena, sería necesario dormir juntos, sería más seguro.

Kirian miró a la morena, quien levantó una de sus cejas y se sonrojó.

—¿Es necesario?

Kirian quiso decirle que no lo era, pero la noche anterior había dormido como nunca al lado de ella, ya no era el hecho sexual sino todo lo contrario. Kirian era de esas personas que se enamoraba con facilidad y ese había sido uno de sus mayores defectos cuando era más joven. Tenía miedo, claro que tenía miedo. Miedo a enamorarse otra vez y caer en picado como lo hizo con Eloise.

Porque, al fin y al cabo, ¿qué es el miedo? Según el diccionario, el miedo es una sensación de angustia provocada por la presencia de un peligro real o imaginario. Según Kirian, el miedo era un sentimiento de desconfianza, no solo por ella sino por él. Durante mucho tiempo, él se había sentido mal consigo mismo creyendo que la culpa de su ruptura con Eloise fue suya, desconfió de él mismo. El haber conocido a Alena, ese ser tan puro y

bondadoso, le había abierto los ojos de par en par.

—Es necesario, pequeña.

Kirian la llevó hasta la habitación principal para desempacar lo esencial mientras continuaba sumergido en sus pensamientos, y sentimientos.

Kirian —lo llamó ella.

—¿Sí?

Kirian la miró mientras deshacía su maleta.

Alena se había sentado en la cama y Moccio estaba tumbado a su lado en el suelo. En su cabeza solo se repetían las imágenes de la noche anterior, lo cual le ponía nerviosa al saber que esa misma noche volvería a compartir la cama con él. Ella confiaba en Kirian y si había hecho algo con él, había sido porque de verdad lo sentía. Aun así, se sentía avergonzada.

—Nada... —sonrió ella.

Kirian notaba perfectamente de qué quería hablar con él. No iba a presionarla en hacerlo, aunque solo necesitaba saber una cosa.

—¿Lo hiciste queriendo o solo lo hiciste porque yo quería?

Kirian estaba verdaderamente intrigado ante aquello.

Él lo había sentido, sentido de verdad.

—¡Claro que lo hice queriendo, Kirian! —aclaró la morena.

Alena, nerviosa, empezó a tocar su pelo. Kirian se quedó mirándola un buen rato antes de seguir con la ropa. Desempacó la suya y la de Alena, evitando su ropa íntima.

Alena supo que Kirian era todo un caballero, le había desempacado la maleta. Era un hombre de verdad, un hombre con un pasado complicado. Después de tres años de ceguera, había aprendido a reconocer a las personas por su interior y Kirian era el hombre que siempre había esperado.

Ahora sí, no debía enamorarse de él. No podía enamorarse, pero gustar, ya le gustaba. Quizá fuera un locura, lo era, pero la vida solo era una y ella deseaba vivirla. Ya había sido suficiente para ella vivir en una mentira, pensando que su padre era un ser bondadoso que ayudaba a las personas con sus enfermedades. Basta. Desde ese momento, Alena iba a sentir y disfrutar. Disfrutar hasta que pudiera, porque aquella pesadilla de disparos terminaría algún día. ¿No?

Capítulo dieciséis

SI la locura tuviese nombre y apellidos serían Alena Adams. Kirian no llevaba más de un día con ella en Georgia y había descubierto más de ella que cuando estaban en Baltimore. Había visto a la chica sonrojarse cuando le echaba un halago, tocarse el pelo cuando se ponía nerviosa y morder sus uñas ante la intriga. Se había perdido más de una vez en aquellos ojos pálidos que le volvían loco. Con ella, Kirian era él. Nunca había reído tanto, nunca había deseado estar tan cerca de una persona. Era como una necesidad, una necesidad que quemaba como la misma fragua de Vulcano. En menos de veinticuatro horas había visto en ella todo lo que le gustaba de una mujer, pero no podía distraerse.

Con el poco equipo policial que tenía, buscó información sobre aquel topo que él creía que había. Sus pensamientos volaron hasta la imagen de O'Donnel. Él era el único que podría haber cancelado la orden de que los vigilantes fueran. Investigó en la base de datos y encontró penalizaciones sobre aquel cerdo que no se podrían haber perdonado. Había descubierto sobre el supuesto abuso que sufrió una agente hace diez años a manos de O'Donnel, pero él no había sido despedido sino que Spencer Coleman corroboró que O'Donnel era inocente.

Kirian sabía que las cosas pasaban de claro a oscuro. ¿Por qué Coleman ayudaría a O'Donnel sabiendo que era culpable? ¿Por qué le ayudaba a él? ¿Estaban compinchados en esto? Todo era extraño y chocante. Necesitaba respuestas, no podía fiarse ni de su sombra. Sabía que todo esto tenía que ver con algo más.

Se pasó todo el día buscando, inspeccionando por la red policial, mas no supo nada más. Había visto a Alena jugar con Moccio durante el día. La noche había caído y él no había estado con la chica; no obstante, ella le había llevado una taza de café sonriéndole. Alena era consciente de que él estaba trabajando en su seguridad y no iba a distraerlo. Los silencios con ella no eran incómodos. Kirian alucinó, literalmente, al verse tan cómodo en una situación tan complicada como esa con ella. Alena lo animaba a seguir, había preparado algo de cena sin su ayuda y le llevaba café o le preguntaba si quería algo más. ¿Tanto era pedir haberla conocido en otras circunstancias? Estaba seguro de que, si hubiese sido en otro momento, no dudaría en haberle pedido formalmente una cita, pero la situación no era la adecuada. Él no podía centrarse en una relación amorosa teniendo a la policía y a Rudd detrás

de sí. La vida, desde hacía cinco años, no era generosa con él.

Él estaba postrado en el sofá mientras Alena se encontraba en un sillón escuchando las noticias. Moccio yacía tranquilo en el suelo junto a su ama, como buen perro guía que era. Aquel animal protegía a Alena con devoción, se lo había demostrado. Kirian cerró la computadora y fue a cerrar las puertas y ventanas. Una vez más, se lanzó al sofá marrón y suspiró pesadamente. Sus ojos escocían por el contacto visual con el aparato electrónico y le dolía la espalda.

—¿Te encuentras bien? —Alena se levantó de su asiento y fue donde él.

—Sí, bueno, me escuecen los ojos y la espalda me está matando.

Kirian sintió la mano de Alena en su hombro. La miró viendo su pálida, y ciega, mirada fijarse en un punto fijo. Su cabellera morena caía por ambos lados de su cuello llegando hasta por debajo de su pecho y su cuerpo se encontraba tapado con un pijama; aun así, Alena iba preciosa. Era una mujer natural.

—¿Quieres que te haga un masaje y te eché un poco de crema para el dolor? —preguntó la morena—. No me importa.

Kirian se quedó pensando unos minutos en si denegar su oferta o aceptarla. Alena estaba esperando su respuesta con un sonrisa amable en su rostro angelical. ¿Cómo iba a negarse ante esa oferta habiéndola propuesto ella?

—Está bien.

Una cosa que nunca le había gustado a Kirian eran los masajes en la espalda, pero Alena era distinta. Intentaría hacerlo por esa propuesta que ella le había formulado. La ayudó a subir a la habitación, donde ella le demandó quitarse la camiseta del pijama. Kirian le hizo caso, tumbándose después de espaldas en la cama. Sintió como Alena palpaba la cama para luego colocarse sobre su trasero. De un momento a otro, sintió las manos de ella, con algo de frío, frotando su espalda. Se relajó inmediatamente ante aquel masaje que le estaba propinando. La morena lo estaba haciendo con delicadeza y esmero. Kirian llegó a un punto en que sus ojos se comenzaron a cerrar progresivamente.

Alena supo que Kirian se había quedado dormido al escuchar su respiración rítmica y pausada. Dejó que la crema que le había echado se secara antes de tumbarse ella a su lado y taparlos a ambos con la manta. Llevaban dos días en Georgia y Kirian había estado ocupado investigando. Ella no quiso interrumpir en nada, ya que era importante y lo comprendía.

Por una vez, Alena deseó poder ver para visualizar el rostro de Kirian durmiendo. Juró que sería un bello rostro, bello y masculino, porque Kirian era así. Él era una persona bella y masculina que le había ayudado sin esperar nada a cambio.

Alena también cayó en brazos de Morfeo, mas unos golpes en la puerta despertaron a ambos cerca de las cuatro de la mañana.

Kirian de despertó y agarró un arma que mantenía cerca de sí. Calló a Alena y a Moccio, que estaban demasiado nerviosos. Con cuidado, bajaron las escaleras sin hacer ruido. Kirian hizo que Alena y Moccio se pararan unos metros alejados de la puerta antes de que él, armado, la abriera. Kirian apuntó con su arma a Coleman, Spencer Coleman. El hombre se sorprendió ante la cara de Kirian y más al ver el arma apuntando entre sus ojos.

—Vengo en son de paz —dijo Coleman levantando sus manos.

—Desármate y entra. —Kirian habló con voz dura y fría.

Coleman se desarmó. Kirian comprobó que no llevara más armas. Cerró la puerta tras dejar a Coleman entrar.

—¿Qué haces aquí?

Kirian, una vez más, preguntó sintiendo el ambiente tenso.

—He venido a advertirte, Mitman —dijo Spencer—, que no puedes fiarte de nadie. Las cosas se están poniendo mal en Baltimore. Larissa se ha ido, ya que el mismo día que os fuisteis alguien entró en su casa esperando que ella estuviese allí. Por suerte, la chica nunca llegó y evitamos un nuevo asesinato.

—¿Qué me quieres decir con eso? —cuestionó Kirian—. ¿Cómo quieres que me fie de alguien que dio pie a que un abusador quedara en comisaría? Dime, Coleman. —Kirian estaba enfadado—. ¿Qué escondes?

Capítulo diecisiete

COLEMAN suspiró con cansancio y tomó asiento en el sofá. Debía contarle a Alena y Kirian el porqué de las cosas.

—Alena —Coleman dirigió su vista a la chica—, yo mandé a Jackson a esa mafia para que te vigilara.

Alena sintió como si la hubiesen golpeado en el estómago. Lágrimas saladas empezaron a caer de sus ojos con violencia.

—¡Fue su culpa! ¡Por su culpa Jack entró en ese sitio! ¡Por su culpa murió!

Kirian fue donde estaba Alena y la abrazó. No entendía a Coleman, de verdad que no le entendía. Le dolió escuchar el llanto de la pequeña Alena, un llanto doloroso. Nada la consolaba, lloraba sin asosiego. Kirian deseó en ese momento acabar con Coleman, nadie hacía llorar así a Alena de esa forma. Le dolía demasiado verla así. Ella era como una princesa, la princesa que despertaba algo extraño en él.

—¿Qué es lo que quieres, Coleman? ¿Hacer más daño? ¡Eres un maldito desgraciado! —Kirian ardía de rabia.

Estaba seguro de que sus puños estarían en la cara de ese hombre si sus manos no estuviesen alrededor de Alena.

—Me he equivocado muchas veces en mi vida, pero esta vez no me equivocaré. Mitman, sé lo que piensas de mí. Yo no soy el topo, si lo fuese ya estaríais muertos los dos. Lo que quiero es remediar aquello que me atormenta. Alena, si quiero ayudarte es porque yo conocí a tu madre.

Esta vez el sorprendido fue Kirian. ¿Qué más cosas escondía Coleman? Sintió a Alena revolverse en sus brazos. La chica se había quedado sin habla ante lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? —Alena preguntó—. Mi madre nunca me habló de ti.

—Tu madre y yo nos conocíamos, Alena, lo creas o no. —Coleman pareció dudar de sí seguir o no—. Rudd fue quien la mató. Ese accidente fue provocado. Él quería acabar con vosotras. Rudd te quiere muerta porque piensa que tienes la receta del aramol —Coleman calló.

—¿Qué es el aramol? —preguntó Alena.

—Es una nueva droga con la que estaba experimentando Rudd. Tu madre le robó la receta, si se puede decir así. El día del accidente, él pensó que la tenía en sus manos, por eso mató a tu madre y esperaba matarte a ti, pero cuando se dio cuenta de que no era así acudió a ti esperando que tú supieses

dónde se encontraba. Ahora quiere matarte porque piensa que se la has dado a los agentes o la has vendido ya que, hace poco, arrestamos a una mafia que juraba que tú les había vendido tal receta.

—Esto es una locura... —susurró Alena, afligida.

Kirian se quedó pensando en lo que esa droga, aramol, podía provocar. Aquella droga era explosiva, por lo poco que había averiguado hace meses en la comisaría. Era como una mezcla de éxtasis y anfetaminas, con algo de polen y chocolate. Una mezcla exagerada y peligrosa.

—Debo irme. —Coleman se levantó, agarrando su arma de donde la tenía Kirian—. Podéis estar aquí todo el tiempo posible. Tenéis una cuenta abierta en el banco a nombre de Parrel Jensen. —Coleman sacó un sobre—. Aquí tenéis documentación falsa.

Coleman se dirigió a la puerta, pero una pregunta voló por la habitación.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí?

Alena esperaba una respuesta, pero solo recibió una media sonrisa, una que no pudo ver, de Coleman.

Ella suspiró con cansancio cuando escuchó la puerta cerrarse. Kirian la cerró y abrazó a Alena por el pecho. La chica se aferró a él como si fuera su única salvación, y para ella lo era. No entendía nada. Ella pensaba que su madre se lo contaba todo, pero no era así. ¿Por qué su madre querría esa receta?

—¿Estás bien? —Kirian estaba preocupado por ella.

—No —respondió la morena—. No entiendo nada, Kirian. Pensé que mamá me lo contaba todo. Después de mi graduación nos íbamos a ir de viaje y, ahora, entiendo el porqué —Alena se limpió las lágrimas con el puño de su pijama—. Ella quería huir.

—Vamos a la cama, pequeña. —Kirian agarró la cintura de Alena—. Necesitas descansar.

Kirian, con algo de esfuerzo, subió a Alena cogida como si fuera una niña.

Ella se acurrucó en su cuello, dejándose llevar por él hasta el dormitorio. La quiso dejar en la cama, pero sus brazos en el cuello se lo impedían. Alena se acercó más a él hasta que pudo estampar sus labios contra los de Kirian. No fue, para nada, un beso suave, sino todo lo contrario. Fue un beso abrasador y de urgencia.

—No te haces una idea de las ganas que tengo de hacerte mía.

Mitman subió sus besos hasta el lóbulo de su oreja, mordiéndolo. La miró

a los ojos después de su fogosa caricia.

Alena suspiró escuchando la ronca voz de Kirian, estaba muy excitado... lo sentía. El rubio estaba apoyado con sus antebrazos en la cama, alzándose un poco para verla bien. Con un movimiento de manos, quitó el sujetador por delante, haciendo saltar los senos de Alena. Gruñó suavemente acercando su boca a una de las cumbres de Venus, y la morena se arqueó ante la caricia sorprendentemente caliente. Kirian era todo un experto en aquello, sabía cómo mover su tibia lengua y morder el erecto pezón de Alena. Su mano viajó al otro seno dándole masajes circulares.

Los besos de Mitman fueron bajando, pasando por sus costillas y su plano vientre, hasta llegar a la fina braga de lencería. El rubio miró aquella prenda, y segundos después Alena sintió una agitada respiración en su zona íntima. Se sonrojó inmediatamente al saber lo que Kirian quería hacer, se elevó para detenerlo, pero fue tarde. Alena cayó en la almohada gimiendo y agarró el pelo del rubio, incitándole a que siguiera. Kirian separó más las piernas de Alena, agarrándolas y elevándolas para tener mejor acceso a su sexo húmedo y caliente. Con su lengua, se hizo paso por sus mojados pliegues. Él comenzó a lamer aquella apertura sintiendo el agarre de Alena en su pelo. Le encantaba aquello y deseaba más. El chico encontró el pequeño capullo y lo lamió y absorbió como todo un experto. Alena no tardó en sentir ese calor y ese cosquilleo de placer que se amontonaba en la parte baja de su vientre, no lo pudo retener.

Gritó entrando en una espiral de placer que la llevó al mismo cielo. Su respiración estaba agitada y su cabeza echada para atrás, con los ojos cerrados y la boca entreabierta en busca de oxígeno.

Kirian subió su cabeza, mirándola con la mirada prendida en fuego. Reptó hasta llegar a la morena y quedar cara a cara, su entrepierna estaba más que hinchada y grande. Con una de sus manos, agarró las manos de Alena y las puso encima de su cabeza, mientras que con la otra mantenía su peso.

Sin permiso, se adentró bruscamente en el interior de Alena.

La vio abrir sus ojos, sin vista, sorprendida, pero no menos excitada. Se arqueó ante su primera embestida, fuerte y dura. Gruñó fuertemente ante las embestidas que le propiciaba, ella solo gemía o gritaba, arqueándose para sentirlo más cerca y dentro. Kirian le soltó las manos para poder empujar más dentro de ella. Lo sintió. Sintió como ella se aferraba a su espalda, clavándole las uñas, llegando al éxtasis.

Capítulo dieciocho

A LA mañana siguiente, Kirian sintió unas leves cosquillas en su cara. Abrió los ojos y se encontró una larga melena morena rozándole la barba. Vio a la pequeña de Alena dormir en su pecho con la boca levemente abierta. Sus manos estaban en los brazos del rubio, aferrándolo a ella. Estaba demasiado cómodo en esa situación como para que fuera verdad. Siempre había escuchado que los hombres debían ser fuertes, que nunca lloraban y menos se enamoraban locamente de una mujer, pero él había caído en el hechizo de Alena.

Pensó en bajar a la cocina y preparar el desayuno, y así lo hizo. Kirian no era muy buen cocinero, pero decidió intentarlo por Alena, ella merecía levantarse con un buen desayuno en la mesa aunque no lo pudiese ver. El rubio bajó cuidadosamente por las escaleras y vio a Moccio abajo esperando a que él le abriera la puerta para salir y hacer sus necesidades. Eso fue lo que hizo Kirian. El chico se acercó, con Moccio saltando a su lado, a la puerta del patio trasero de la casa y se la abrió.

Kirian sintió el amargo sabor de los recuerdos en la punta de la lengua. Recordó aquellos veranos en los que iba a visitar a su abuelo y él le abría la puerta del patio trasero para jugar con él o las Navidades en que ayudaba a su abuela a hacer aquellas galletas de jengibre que adoraba.

Se puso a preparar unas tostadas y dos buenos tazones de leche. Hoy debía ir a comprar y llenar la nevera. Puso los platos sobre la mesa en el momento en que escuchó un golpe en las escaleras. Asustado, corrió hasta allí, encontrándose con una Alena tirada en el suelo. Moccio apareció en escena con ambas orejas levantadas, se acercó a su ama y lamió su mejilla cariñosamente. Kirian no tardó en avanzar hasta la chica tirada en el suelo, cogerla y levantarla.

—¡Me has dado un susto de muerte, Alena! —Kirian levantó a Alena y la llevó al sofá.

—He calculado mal la distancia. —Alena se quejó—. Me duele el costado.

Kirian levantó la camiseta de Alena y vio como en su costado derecho empezaba a aparecer un cardenal de color morado. Kirian lo palpó un poco, haciendo que la morena gimiera de dolor.

—¡No toques eso! ¡Me estás haciendo daño! —Alena dio un golpetazo a la mano de Kirian.

—Lo siento —susurró él dejando de palpar la zona—. Iré a por una pomada antiinflamatoria.

Así pues, Kirian fue rápido a por la pomada que se encontraba en el armario del baño de la planta de abajo. Cuando la tuvo en sus manos, fue donde estaba Alena y la empezó a expandir suavemente por su costado. Al terminar, Kirian se lavó las manos.

—Tendrías que haberme avisado para bajar, Alena. —Kirian la miró a sus pálidos ojos verdes.

—No quiero ser una carga, Kirian. Yo puedo hacerlo sola, solamente tengo que acostumbrarme. —Alena parecía triste. Se sentó con cuidado en el sofá. Kirian posó una mano sobre la de la morena.

—Para mí no eres una carga, Alena. —Kirian lo dijo con voz firme y sincera.

—Eres un gran hombre, Kirian. —Alena sonrió a un punto fijo.

—Soy un hombre normal que ha intentado hacer el desayuno —afirmó Kirian, con gracia.

—¿Has hecho el desayuno? ¿Tú? —Alena estaba sorprendida.

—Sí —afirmó Kirian—, he hecho tostadas y leche. —Hinchó el pecho ante su declaración, se sentía orgulloso de haber cocinado aquello.

—¡Oh!

Alena comenzó a reír al saber que el desayuno que había preparado Kirian habían sido tostadas y leche. Le parecía extremadamente mono, nunca nadie después de su madre le había preparado el desayuno. Kirian había optado por algo sencillo, aunque no hubiese nada más, pero se lo agradecía profundamente.

—¿Te estás burlando de mí? —Kirian se molestó creyendo que Alena se estaba burlando de él.

—¿Qué? —preguntó la chica con el ceño fruncido—. ¡No! Me encanta que hayas preparado el desayuno, es muy mono de tu parte.

Alena sonrió cariñosamente, provocando que las duras facciones de Kirian se suavizaran. Él había malentendido su risa. Debía conocerle más a fondo, debían conocerse.

Kirian y Alena llegaron hasta la mesa de la cocina rústica y se sentaron para desayunar. Alena mantenía una idea en su cabeza, no paraba de darle vueltas y quería compartirla con Kirian. Le era necesario.

—Creo que sé dónde mi madre pudo guardar la «receta» —dijo tragando un poco de tostada.

Kirian se ahogó con el trago de leche que había pegado, estuvo bastante tiempo tosiendo.

—¿Cómo? —Kirian preguntó confuso.

—Mi madre, cuando cumplí dieciocho años, me dio una carpeta. Me dijo que no la mirara hasta que fuera necesario. Siempre llevo esa carpeta encima, conmigo. Me gustaría revisarla contigo ya que yo no puedo ver —explicó la morena.

—¿Nunca la abriste? —Kirian, intrigado, mordió la tostada.

—Nunca —afirmó ella. Kirian se sorprendió ante la fidelidad de Alena con algo tan importante.

—Cuando terminemos de desayunar abriremos la carpeta y veremos qué pone, con suerte ahí estará la «receta». —Kirian decidió cambiar de tema radicalmente—. También tenemos que ir a comprar comida.

—Iremos luego, si te parece. Necesito comprar algo. —Sonrió ella, callando por unos minutos—. Cuéntame algo de ti, Kirian.

Kirian se quedó mirando a Alena. Ella quería conocerlo más, deseaba indagar en su pasado y él estaba de acuerdo en ello. Con ella todo era más fácil.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó Kirian.

—Anécdotas, las adoro.

Kirian pensó en todas las anécdotas que podía contarle, pero prefirió empezar por sus hazañas como policía.

—Un día estaba de guardia en la comisaría. Era verano, fin de semana. Aquella noche recibimos una llamada de urgencia, ocho adolescentes se habían quedado atrapados en un ascensor de cinco personas. Aquella noche fue agotadora, tuvimos que sacarlos antes de que se agobiaran más. Recuerdo que había una chica que iba muy bebida y que se encontraba en el suelo llorando —contó.

—Pobrecilla... —Alena estaba sorprendida ante esa historia.

—¿Pobrecilla? —preguntó Kirian con sarcasmo—. En cuanto salió de aquel ascensor se fue con dos chicas más. A la hora la vi bebiendo y bailando mientras sus amigos estaban en urgencias socorriendo a dos chicas del mismo grupo.

Alena quedó estupefacta. ¿Cómo podía haber personas así? Nadie lo puede explicar.

—No entiendo ese tipo de amistad. Quizá la chica no sabía que estaban en urgencias... —Alena, como siempre, estaba en modo comprensiva.

—Según lo que escuché, sabía que sus amigos estaban en urgencias.

Kirian y Alena desayunaron entre charlas y anécdotas. Alena se sorprendió de la vida que llevaba Kirian. Le contó que una vez tuvo que actuar separando a un hombre que se había puesto agresivo con su pareja y que tuvo que bajar a un pobre gato joven de un árbol.

Al terminar, subieron por las escaleras y Alena buscó entre sus cosas hasta encontrar una carpeta. Kirian la vio, era de color rojo vino. Alena se la pasó sentándose a su lado en la cama. Kirian la abrió y observó un folio en blanco con pequeñas tiras de números en negro. Kirian frunció el ceño al mirar la frase que allí parecía, ni siquiera él entendía el acertijo que la madre de la morena había escrito de su puño y letra.

—¿Qué pone? —Alena estaba intrigada ante aquello.

—Es griego, pero no tiene sentido.

Capítulo diecinueve

KIRIAN bufó cansando, había estado horas insistiendo en la relación de esos números, pero nada tenía sentido. Alena había permanecido al lado de Kirian todo el tiempo, sin interrumpirlo. Decidió guardar la hoja de papel dentro de su bolsillo, doblada.

—¿Vamos de compras? —Kirian quería, necesitaba, despejarse.

—¡Claro! —exclamó ella contenta.

Ambos fueron por las calles de Georgia hasta encontrar un supermercado. Kirian, amablemente, cogió una cesta y, agarrado de la mano de Alena, empezó sus compras.

Estaban en la sección de las verduras cuando un chico pasó por el lado de Alena y la empujó sin cuidado hacia una caja con tomates. Ella se quejó al chocar con esta.

Ese chico parecía salido de una verdadera película de terror. Su pelo estaba rapado por los lados y mantenía una cresta multicolor engominada. Su ropa era demasiado ancha y tenía los ojos rojos. Kirian supo de qué, había visto a demasiadas personas con ese rasgo. El chico de cresta había mantenido contacto con droga.

—¡Ten más cuidado, estúpida! —El chico se giró hacia Alena y la encaró.

Alena mantuvo su mirada perdida en un punto, tenía miedo. Kirian la puso detrás de él. En la sección se había formado un pequeño corro. Alena agarró el brazo de Kirian.

—No vale la pena, Kirian, vámonos.

Kirian quiso emprender la marcha, pero el chico le agarró el brazo. Kirian, quien tenía habilidades policiales de defensa, se lo apartó para después lanzarle una mirada matadora.

—¡Que me pida disculpas! —gritó el chico.

—Ella no tiene por qué pedirte disculpas. —Kirian no tardó en contestar —. Ahora, si nos dejas...

Kirian iba a dejar pasar la situación por prevenir cualquier cosa que tuviera que ver con llamar la atención, pero aquel chico de cresta no lo iba a hacer. No dejó el brazo de Kirian, sino que lo empezó a apretar más. Kirian se separó de Alena y mandó su mano libre al brazo del chico de cresta. Hizo lo que mejor se le daba, defenderse. Con una simple llave maestra, le dejó en el suelo. Un dependiente vino corriendo hasta donde estaban el tumulto de

gente y ellos.

—He llamado a la policía para que se lleven a este maleante. Disculpe las molestias, caballero. Si desean poner una denuncia o algo, deben quedarse.

Kirian miró al dependiente.

—Nos vamos ya, gracias.

Alena seguía con cara de susto a pesar de que ya había pasado un buen rato del jaleo en el supermercado. Kirian mantenía una leve sonrisa ladeada mientras miraba a Alena.

—No he visto nada, pero, aun así, no puedo creer lo que has hecho.

Impresionada.

Esa era la palabra correcta para describirla en este momento. Nunca la habían defendido de esa forma, aunque la verdad es que nunca se había visto inmersa en una situación así.

Kirian aparcó el coche en el garaje de la casa

—Estaba drogado, no ha sido nada comparado con otras veces.

—¿Has tenido que lidiar con peores cosas que esa? —Alena preguntó bajando del auto.

Kirian rio.

—Mucho peores, pequeña. Una vez tuve que lidiar con cinco adolescentes drogados. Tuve que perseguir a uno porque creía que era Flash³.

Alena comenzó a reír sin poder parar, tal era la risa que tuvo que cogerse el estómago. Imaginarse a un adolescente corriendo creyéndose Flash y a Kirian persiguiéndolo era un verdadero show.

—¡Oye, no te rías! —exclamó Kirian—. No sabes las vueltas que me hizo dar para atraparlo.

Capítulo veinte

ALENA y Kirian se encontraban en la cama. La morena se mantenía encima de Kirian besando sus labios. Sintió los brazos del chico bajar hasta su cadera, su aroma a vainilla le invadió las fosas nasales y enterró una de sus manos en su cabello rubio.

Dios, el calor de ella le llenaba verdaderamente. Su cabello olía a fresas, algo que le mantenía alucinado. Besó sus labios una vez más mientras comenzó a subir su camiseta. Alena tenía su cuerpo pegado al de él. Se sentían en la gloria. En un abrir y cerrar de ojos, ambos estaban desnudos.

Alena deseaba a Kirian, y viceversa. Llevaban días sin intimar, sabían que esta vez sería diferente. La necesidad había dejado paso al cariño y la pasión sexual se sentía en el ambiente. La noche oscura y estrellada acompañaba a ambos amantes en su danza sexual.

Alena deseaba demostrarle a Kirian que, aunque careciera de vista, podía ser una fiera. Hoy deseaba manejar ella la situación, tenía una ligera idea de cómo iban a funcionar las cosas. Deseaba que Kirian sintiera al cien por cien, y eso iba a hacer. Palpó la mesa, donde encontró un pañuelo de hace muchos años.

Kirian sospechaba la intención de Alena, lo iba a disfrutar. Confiaba en ella. Dejó que la morena pusiera la venda alrededor de sus ojos, dejándolo ciego al igual que ella. El miembro de Kirian chocaba con el sexo de ella. Alena besó más candentemente los labios de Kirian, dejando que sus lenguas danzaran al compás. Sus cuerpos se movían. Alena fue bajando sus besos hasta llegar al cuello de él. Kirian solo gemía, una de sus manos enrolló el pelo de Alena mientras que la otra se posó en su trasero. Le encantaba esa parte de ella. La mano de la morena viajó al sexo de Kirian, levantó un poco la cadera y se dejó caer en él. Alena se puso tiesa en su miembro, sus manos en el pecho de él y sus caderas moviéndose al compás. El placer era indescriptible. Kirian alzaba su cadera cuando Alena bajaba la suya, provocando más espasmos en ambos. Solo se escuchaban las pesadas respiraciones de ambos en aquella silenciosa habitación. El ritmo de las embestidas comenzó a acelerar, Kirian posó sus dos manos en la cadera de ella, moviéndola a su ritmo, desesperado por el placer. Lo estaba sintiendo todo al cien por cien, tal como se lo había prometido Alena, pero deseaba más.

Kirian levantó la cadera de Alena y la postró, quitándose la venda, contra

el cabecero de la cama. Ella se encontraba a cuatro patas, con sus manos agarrando el cabecero y sus pechos volando en el aire. Kirian se encarnó dentro de ella fieramente. Escuchó el grito de placer de Alena ante su intromisión. Kirian se posicionó entre sus piernas con su mástil ya dentro de ella, sus manos fueron a su cadera agarrándola bien. Entonces, Kirian empezó con sus fuertes y firmes sacudidas hasta conseguir que ambos llegaran a la cumbre de su placer. Kirian sabía que a Alena le faltaba poco, lo sentía en su interior en la forma de estrecharse su sexo en torno a él. Dejó una de sus manos caer hasta encontrar ese pequeño punto sensible que le daría la liberación total, y así pasó. Alena se dejó venir con enormes sacudidas ante el nombre de él. Kirian no tardó demasiado. Escucharla decir su nombre en el orgasmo había sido suficiente para que el encontrara su propio placer.

Alena calló rendida al lado de Kirian. Como cada noche desde que estaban allí, Kirian la abrazó. El brazo sobrante lo pasó por su cabeza, quedándose enfrascado en el techo de gotelé. Recordó el día que habían pasado juntos. El momento en que habían intentado cocinar, pero habían acabado allí donde estaban ahora, en la cama. Se habían reído manchándose de todo alimento que tocaban, se habían amado más intensamente y, ahora, iban a dormir juntos.

Los pensamientos de Kirian viajaron hasta aquel papel blanco con la frase en griego. Todo era muy extraño. ¿Por qué esa frase?

Λα Σιγυιεντε πιστα ηαλλαρ<σ βαφο ελ μαντο δε λα δυνα.

El acertijo le mantenía en vela. ¿A qué se podía referir? Daba gracias a su madre por haberle enseñado griego de joven pero, aun así, era un acertijo mezquino y liante.

¿Qué podría significar aquello? ¿Dónde debían ir?

La frase, en sí, traducida decía: «*La siguiente pista hallarás bajo el manto de la duna*».

En el mundo había demasiadas dunas como para saber cuál era la exacta y, aun así, deberían buscar las demás pistas, ya que aquella solo era la primera.

¡Ni que él fuese Indiana Jones!

Estaba seguro de que la madre de Alena lo hizo por la poca capacidad de reflexión que mantendría Rudd si algún día encontraba aquello. Kirian supo que la madre de Alena era más lista de lo que pensaba. Por ello, se planteaba la pregunta bomba: ¿Por qué se quedó con Rudd?

Capítulo veintiuno

No debían ser más de las ocho de la mañana cuando Kirian despertó de su sueño, bastante plácido y tranquilo. Giró en la cama, posicionándose de lado, y vio la espalda de la morena tapada por la manta de la cama.

Se preguntó a él mismo cómo era posible aquello que sentía en esos momentos, se sentía bien despertar con ella en la misma cama y eso le inquietaba de cierta forma. Hacía años que no se había parado a pensar en la posibilidad de comenzar una relación con una mujer, hasta días atrás lo veía imposible.

Para Kirian, el trabajo lo era todo. Superponía el trabajo a lo demás, incluso con Eloise. Aunque con ella era diferente, Kirian trabajaba de sol a sol para poder permitirle caprichos a la mujer que le tenía cautivado. Sin embargo, sentía que con Alena era distinto.

Otras de las razones que le mantenían tenso era el saber que Alena era una testigo protegida. Sí, era verdad que ambos debieron huir por salvar sus vidas, pero, aun así, la moral del trabajo la mantenía en vigor.

Entonces, ¿solo era sexo? ¿Diversión? Los dos eran adultos y podrían soportar esa decisión.

—Buenos días, Kirian.

Mitman se sobresaltó al escuchar la voz de Alena, la vio tallarse los ojos con sus manos mientras su espalda chocaba contra el colchón.

—Buenos días, pequeña —respondió—. ¿Cómo sabías que estaba despierto? —preguntó el rubio.

La vio reír por lo bajo.

—Tu respiración se acelera cuando estás despierto. En cambio, cuando duermes se ralentiza —explicó la morena—. Es algo que he aprendido en estos dos años.

Kirian se quedó algo impresionado por las dotes de Alena a la hora de analizar a una persona careciendo de un sentido tan utilizado como la vista.

—Eso es impresionante, Alena —dijo—. Va a ser verdad que cuando pierdes un sentido los otros se agudizan —comentó, haciéndola reír.

—Te aseguro que esa frase es cierta, yo también dudaba de ello. ¿Cómo iba a dejarme guiar por el oído o el olfato? ¡Ni que fuese un can! —exclamó la morena recordando esos momentos en los que sí veía—. Luego, al perder la vista, me di cuenta de que era totalmente verdad lo que decían.

Mitman, cansando de estar en la cama, le preguntó:

—¿Desayunamos? Luego podríamos salir a pasear o algo, recuerda que tenemos que hacer una vida normal —comentó.

Ella asintió.

Kirian fue el primero en levantarse e ir a la cocina, Alena le siguió con cuidado de no caerse por las escaleras. Moccio, el buen can, les siguió hasta que Mitman le abrió la puerta y le dejó campar por el patio trasero para que hiciera sus necesidades.

Aquella mañana decidieron hacer tostadas francesas y tomar zumo de bote, nada espectacular ni fuera de serie. Kirian sabía que si decidía hacer otra cosa, acabaría quemando la cocina o la casa entera.

Sentados en la mesa, Alena decidió hablar de algo que la consternaba. ¿Qué eran ellos? O sea, ¿de qué iba esa relación que mantenían? Había veces que se sentía como una adolescente incomprendida. Adoraba a Kirian, había visto en él al hombre con el que, de alguna forma, nunca había tratado, ya que a su corta edad solo había tenido una pareja y no salió del todo bien; se podía decir que aquel chico era todo un maníaco.

—Oye, Kirian. —Captó la atención del chico, quien hizo un pequeño ruido para que siguiera hablando—. ¿Qué somos? —espetó.

Kirian se atragantó con la tostada que había mordido, se había quedado sin palabras para hablar ante aquella inesperada y repentina pregunta.

—Yo... —intentó explicarse—. No lo sé —dijo al ver la cara de incertidumbre de ella—. Me gustas, muchísimo. Contigo es como si hubiese vuelto a ser ese chico que dejé atrás.

—Tú también me gustas mucho, Kirian —dijo ella, algo sonrojada—. Creo que lo mejor sería ir viendo qué sucede, no etiquetarnos de momento. ¿Qué te parece eso?

Mitman soltó todo el aire que se había empezado a acumular en sus pulmones. Ella lo había entendido a la perfección.

—Me parece genial —habló, alcanzando la mano de la morena—. Lo que tienes que saber, Alena, es que nunca te dejaría sola.

Ella sonrió creyendo en su palabra. Un pico de dolor se clavó en la parte baja de su vientre. Lo ignoró dejándose llevar por la calidez de la mano de Kirian sobre la suya, acariciándola con cuidado.

—Confío en ti, Mitman —dijo ella, riendo por haberlo llamado por su apellido—. ¿Terminamos y nos vamos de paseo por la manzana? No podemos estar todo el día metidos aquí.

Capítulo veintidós

DOLOR.

Aquella palabra que en muchas ocasiones la había definido. Eso sentía Alena, dolor. Su mano viajó hasta la parte baja de su vientre, allí sentía un ardor terrible. Sabía a qué se debía, su periodo había llegado y con él los dolores y los cólicos. Era algo terrible, se sentía fatal. Como pudo fue hasta el baño de la segunda planta. Volvió a la cama muerta de frío y con grandes dolores. Se volvió a tumbar, despertando a Kirian. Este la vio tumbada boca abajo con las manos en su bajo vientre, la escuchaba gemir de dolor.

—¿Qué pasa, Alena?

Kirian se sobresaltó al ver a Alena de tal forma. Parecía malherida, estaba sufriendo. Sus ojos se mantenían fuertemente apretados, chocando pestañas con pestañas. La movió hasta que ella quedó boca arriba. Kirian la vio temblar de frío. Moccio apareció en la habitación y, en cuanto vio a su ama sufrir, se puso a su lado dándole con la nariz en el brazo.

Alena se retorció de dolor. Kirian no sabía qué hacer, no sabía qué pasaba, aunque su primera impresión fue apendicitis. ¿Por qué si no se agarraría así el vientre? Dado que Alena no hablaba por el dolor, Kirian se vistió con un chándal y la agarró en brazos, yendo con ella hasta el coche. Moccio los siguió y entró en el asiento trasero.

Alena iba en pijama, pero no le importó. Kirian agarró la documentación falsa y fue hasta urgencias rápidamente. Al llegar, bajó agarrando a Alena en brazos y entró. Moccio se quedó fuera, esperando.

—¡Necesito ayuda! —exclamó Kirian alterado.

Una enfermera de traje blanco se acercó a ellos corriendo.

—¿Qué pasa, señor?

—Mi mujer está así desde hace un rato y no sé por qué es —contestó rápido—. Creo que es apendicitis, no para de agarrarse el vientre.

La mujer miró a Alena y asintió.

—Muy bien, señor, déjenos a su mujer mientras usted rellena los papeles. Todo saldrá bien, no se preocupe.

Un enfermero se llevó a Alena para que le hiciesen una prueba mientras Kirian rellenaba los papeles necesarios con la documentación falsa. Kirian esperó andando de un lado para otro, preguntando si su mujer estaba bien, pero no encontraba respuesta hasta que una joven doctora salió con una sonrisa amable.

—¿Señor Jensen?

Kirian corrió hacia la doctora de bata blanca.

—Soy yo —respondió—, ¿cómo está mi mujer?

La mujer sonrió.

—La señora Jensen está bien, señor. Lo que tenía era un cólico provocado por la menstruación. No debe preocuparse. —La doctora le dio unos papeles—. Estas son las recetas para los medicamentos que la señora Jensen debe tomarse. Le aconsejo que vayan a un ginecólogo y él le dé una solución para los cólicos. También me gustaría hablar con usted de la ceguera de su mujer. Espero que no le importe que le haya hecho unas pruebas, pero el caso de su mujer es excepcional. Creo que nuestro hospital estará encantado de practicarle una cirugía para quitar los pequeños fragmentos de cristal que tiene incrustados en la retina y no la dejan ver. Es una operación económica con la que su mujer podrá recuperar parte de la vista, no toda pero sí un ochenta por ciento de ella. Piénselo, señor Jensen.

Kirian asintió antes de salir corriendo hacia la habitación de Alena. La vio tumbada en la camilla con los ojos cerrados y la respiración acompasada. Se acercó a ella con sumo sigilo y, al llegar a su lado, agarró su mano fría. Alena abrió los ojos, entregándole una bonita sonrisa a Kirian.

—¿Cómo estás? —susurró él cerca de su boca. Kirian se inclinó y dejó un suave beso en sus labios.

—Ahora bien. Me han dado una especie de calmante, la doctora me ha dicho que podía irme ya, pero que antes quería hablar conmigo. ¿Sabes algo?

Kirian asintió con una sonrisa ladeada.

—La doctora te ha hecho unas pruebas y dice que puedes recuperar un ochenta por ciento de tu vista con una operación económica.

Alena pareció emocionarse con la noticia. La doctora apareció en la habitación con un hombre mayor que ella y unos papeles en mano.

—Soy la doctora Morgan, me acompaña mi colega el doctor Johnson. Me he tomado la libertad de hacerte unas pruebas de vista y he comprobado que tienes incrustadas unas partículas de cristal en la retina que son las que provocan que no veas. Hemos comprobado que reaccionas a la luz fuerte y eso es una buena noticia. Queríamos proponerte realizar la cirugía lo antes posible, ya que esperar más provocaría que perdieras más vista. De tu operación se encargaría el doctor Johnson.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Alena.

—La operación costaría unos tres mil dólares —explicó el doctor

Johnson.

Kirian se quedó pensando en aquella posibilidad. Alena no tenía tanto dinero ya que la policía requisó su cuenta cuando la detuvieron, pero Kirian sí tenía dinero suficiente; bueno, él no, sino Parrel Jensen.

—¿Cuándo y dónde se debe pagar? —Kirian había sacado una pequeña chequera que mantenía en su cartera. Él pagaría la operación por más que Alena se negara.

—Puede hacer la transferencia en recepción y la operación sería en unos días. Después de la operación deberá estar varios días con una venda sobre los ojos para que la curación sea total. Deberá llevar cuidado con el sol por un tiempo cubriéndose con gafas y podrá disfrutar de una vista completa con gafas o lentillas de visión.

Kirian dejó la mano de Alena y fue rápidamente hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó Alena—. No puedes pagarme la operación.

—Escucha, pequeña, voy a hacerlo. —Sonrió él—. Cuando llegemos a casa hablamos.

Y así Kirian fue a pagar la operación de Alena. Ella deseaba ver de nuevo y él iba a darle eso. ¿Por qué? Porque la quería y estaría dispuesto a hacer todo lo posible por verla sonreír. Alena era una chica que se merecía todo. Al terminar de pagar, Kirian la llevó a casa.

—¿Por qué lo has hecho?

Alena tenía sus dos manos en la cadera y mantenía el ceño fruncido. Kirian sonrió de lado, le encantaba verla enfadada.

—No te enfades, Alena, te mereces esa operación.

Kirian la abrazó escuchando un suspiro, ¡ella necesitaba esa operación!

—Te lo pagaré, lo juro.

—Págamelo de la mejor forma que puedes hacerlo. —Kirian miró los pálidos ojos de Alena y la besó suavemente.

Alena supo a qué se refería, ella también deseaba estar con Kirian. Sonrió haciendo un asentimiento.

Ambos fueron a comer algo. Kirian puso las noticias. En el canal estaban dando una última hora en Baltimore.

«Se han encontrado dos cuerpos mutilados en la calle principal de Baltimore. La policía busca a los asesinos, se recomienda a los ciudadanos un toque de queda programado a las diez de la noche».

Alena tembló ante la noticia y Kirian la abrazó.

—¿Crees que ha sido Rudd? —Alena preguntó.

—No lo creo, lo sé —admitió él—. Tenemos que llevar cuidado.

—Sí —afirmó la morena—. Por cierto, ¿para cuándo han programado la operación? —preguntó.

—Para dentro de tres días. Haremos una cosa. —Kirian abrazó a Alena— dejaremos de pensar en esto hasta que pase la operación. ¿Qué te parece si luego nos vamos un tiempo de Estados Unidos?

Alena pensó en aquello. ¿Cómo sería irse de viaje por primera vez con Kirian? ¿Cómo sería ver de nuevo?

—Lo pensaremos, primero tenemos que solucionar esto.

Kirian sonrió.

—¿Qué te apetece que hagamos ahora? —el rubio preguntó.

—¿Qué te parece si hacemos palomitas y vemos una película? —sugirió Alena.

Kirian ceñudo preguntó:

—Alena, cariño, no puedes ver. ¿Cómo haces para ver películas?

—Escucho películas que ya había visto, así no hace falta ver para saber qué está pasando.

Alena rio.

—Entonces, ¿cuál quieres ver?

—Me gustaría ver *Posdata: Te quiero*⁴.

Kirian hizo una mueca ante ese nombre. Él nunca había sido de los hombres que ven películas románticas. ¿Podría soportar ver una película así? Esperaba que sí. Sin más dilación, puso la película e hizo palomitas. Alena y él se posaron en el sofá. La morena apoyó su cabeza en el hombro de Kirian, cerrando los ojos a la par.

Alena escuchaba la película con entusiasmo. La próxima vez que viera una película sería viéndola de verdad.

Capítulo veintitrés

U_N día.

Un día para la tan esperada operación de vista que traería de vuelta una vida un poco más fácil para la morena.

Aquella mañana, los dos se sumergieron en la búsqueda de respuestas para el acertijo indescifrable que la madre de Alena le había dejado en herencia de una forma tan astuta. Se encontraban en el salón, con la radio enchufada para dar algo de ambiente al lugar. Kirian permanecía sentado en el sofá, mientras que Alena prefería la alfombra del salón; a ambos les acompañaba un Moccio obediente.

—¡No se me ocurre nada, Kirian! —exclamó la chica con resignación.

Chocando su espalda contra el sofá, Alena bufó desesperada. ¿Por qué su madre tenía que ser así? ¡La estaba volviendo loca con aquel acertijo!

—Tienes que relajarte —le dijo el rubio pasando una mano por su espalda—, encontraremos la respuesta.

Mitman no estaba seguro de aquello, ¿la encontrarían? A esas alturas dudaba un poco de ello, pero, como decían, la esperanza es lo último que se pierde.

—Tienes razón —admitió la morena—, estoy demasiado nerviosa.

—Creo que nerviosismo no viene solo por esto, Alena —concluyó Kirian—. Mañana es la operación y te noto inquieta.

Alena se tensó al escuchar la palabra operación. Mitman no se había equivocado, estaba nerviosa por aquello.

—¿Y si sale algo mal? —cuestionó ella—. Tengo miedo a que me dejen peor. ¿Por qué ningún médico nunca me dijo lo que me pasaba?

—Lo más probable es que tu padre los sobornara, eras una pieza útil en su puzle —explicó el chico.

—Tienes razón —habló la morena—. No debería estar tan tensa, ¿tú estarás allí cuando despierte, verdad? —cuestionó.

Kirian sonrió, se levantó del sofá y se colocó al lado de Alena, en el suelo alfombrado. Una de sus manos sujetó la de ella, dándole ánimos para lo que vendría al siguiente día.

—Claro que estaré allí —afirmó—, no pienso dejarte sola.

—Eres un cielo, Kirian —admitió ella, rozando con su mano libre la incipiente barba que al chico le salía—. Voy un momento al baño.

—Te espero aquí, ten cuidado con las escaleras —dijo Mitman.

Alena rio recordando la vez en la que se cayó por las escaleras. ¡Vaya susto le pegó al pobre! Con cuidado, Alena fue hasta el baño e hizo sus necesidades. Moccio, el perro, se quedó en la puerta, esperando como fiel amigo que era. Pero, al ir bajando por las escaleras, Alena escuchó las palabras que salían por la radio.

«Se han hallado otros tres cadáveres de policías en Maryland, estado de Baltimore. La policía de este está investigando el caso de los asesinatos, se desconoce la causa de ellos».

Kirian vio a la morena, parada en el último escalón de las escaleras, quedarse más blanca que el mismo papel. Se levantó, sabiendo que Alena estaba así por la noticia que acababa de oír, y apagó la radio.

—¿Qué te gustaría comer? —preguntó Mitman, queriendo evitar el tema de los asesinatos—. ¡Venga, va, que hoy hago yo la comida!

Alena bajó el último escalón, seguida de Moccio. Un suspiro melancólico salió de ella como si su alma se escapara en esos momentos, se sentía culpable de todos aquellos inocentes asesinados por el que era su padre.

—No intentes cambiar de tema, Kirian —espetó rozando la furia— ¡Todo esto es culpa mía!

—No es culpa tuya —habló Kirian con voz firme—. ¿Entiendes que tu padre solo te utilizaba? ¿Entiendes lo que significa que tarde o temprano te hubiese matado a ti? —Su voz pasó a ser firme y seria—. Lo único que no me cuadra es que te dejara en casa, ¿por qué te dejaría allí siendo tan importante? —cuestionó—. Hay veces que pienso que todo eso era una trampa para ti. El cabrón pensaría que abriríamos fuego al verte. me pone enfermo pensar en ese monstruo.

Alena se tensó en su sitio y tragó saliva para luego hablar. Era hora de que le contara a Kirian lo que pasó aquella noche.

—Esa noche escuché que había movimiento, así que cerré la puerta con pestillo y llave para que nadie pudiese entrar. ¡Pensé que habían venido a robar! Mi padre fue el primero en dar golpes huecos en la puerta, me pedía que saliera. Iba a hacerlo cuando escuché que la puerta de abajo se abría de un golpe. Me asusté y retrocedí hasta sentarme en la cama con Moccio. Mi padre huyó, dejándome allí porque la policía lo agarraría. Luego O'Donnell me encontró y lo demás ya lo sabes —explicó con lágrimas en los ojos.

Kirian tragó duro, estupefacto por lo que acababa de escuchar.

—Eso significa que eres más importante de lo que creía, de alguna forma Rudd sabe que eres la única que puede hallar la droga —espetó.

Viendo como ella asentía, envuelta en un mar de lágrimas, Kirian avanzó y la abrazó. Supo que aquello iba a ser más serio de lo que ya pensaba y daba gracias por haberse topado con ella. No sabría describir la imagen que se le pasaba por la cabeza al verla yéndose con Rudd... Ella podría haber estado ya muerta en esos momentos.

Capítulo veinticuatro

EL sol estaba en todo su esplendor cuando Kirian y Alena se encaminaban por el hospital. Hoy era la gran operación, el cambio más grande que Alena podría llevar a cabo después de tres años de ceguera. Alena estaba nerviosa, no paraba de morderse las uñas y tocar su pelo lacio. Una enfermera muy agradable los llevó hasta la habitación, la 192. Alena se cambió y pasó a tumbarse en la camilla. El hospital no estaba muy transitado, por lo que Alena no tuvo que compartir habitación.

—Relájate, pequeña —Kirian animó a la morena.

—Estoy muy nerviosa —admitió ella—. Quiero que seas el primero que vea, Kirian, prométemelo.

Kirian agarró las manos de Alena con cariño.

—Seré el primero en verte, Alena, recuerda que pasarán unos días en los que no podrás ver por la venda en los ojos.

—Lo sé —sonrió ella—. Espero no dar mucho que hacer después de la operación.

—Tú nunca serás un problema y mucho menos una molestia, Alena.

Un enfermero vino a por Alena para llevarla a quirófano. Kirian tuvo que soltar la mano de Alena pero, antes de que la chica desapareciera por la puerta, escuchó:

—Te quiero, Kirian, gracias por todo.

El rubio sonrió ante esas palabras de la joven de ojos pálidos. La vio desaparecer por el pasillo y se puso, inmediatamente, nervioso. Hizo un paseo mental por todo lo que había ocurrido en las últimas semanas. Él pensaba que su única prometida iba a ser el trabajo pero, en este momento, había encontrado no una prometida sino una mujer que le había devuelto la sonrisa en cuestión de días y juró que nunca, nadie, le había causado eso. Eran diferentes, eso estaba claro. Eran el yin y el yang⁵. Eran como fuego y dinamita, ambos prendían si se juntaban. Ya no era solo la atracción física, era más que eso. Le daba igual parecer un loco, era un loco y eso nadie más que él lo podía entender. Se complementaban. Sin saber por qué, ni cómo, esa pequeña morena se había colado dentro de su pecho, profundamente. Era como una necesidad, la necesidad de sentir a alguien que te quiere a tu lado. ¿Quién no ha sentido algo así alguna vez? Kirian Mitman no, hasta hoy.

Cuando ella estaba cerca todo lo malo, esos recuerdos de asesinatos o persecuciones donde muchos acababan siendo fiambres, se iban. Siempre

había escuchado, y creído, que los hombres no lloraban, pero si él perdiera a Alena lloraría como un niño al que le han quitado su juguete. Después de haber dejado a Eloise, hace ya cinco años, no pensó en enamorarse y caer rendido por las flechas de Cupido, ese angelito le había jugado malas pasadas.

Kirian siempre había visto a sus padres amarse como a nadie y eso podría provocar dos acciones en él: el rechazo completo del amor o desear una relación así. En su caso, Mitman deseaba una relación así. Su padre era un hombre ejemplar. Trabajaba en la policía y murió haciendo lo que le gustaba.

Por otra parte, Kirian sentía algo de temor. Su madre había sufrido mucho con la muerte de su padre, estuvo con depresión por años hasta hace poco que se reincorporó a su trabajo. Mitman no tenía ni idea de cómo actuaría su madre cuando le dijese que Alena era hija de Rudd. Su madre nunca había juzgado a las personas por sus familiares, pero, este caso, era delicado. Kirian deseaba presentar a ambas mujeres; no obstante, debía ser cuidadoso.

Kirian miró el reloj que había en la pared, había pasado ya una hora desde que empezó la operación. Era una cirugía algo complicada, Kirian estaba desesperado y aterrorizado.

Su mirada viajó a la puerta, por donde entraban el doctor, un enfermero y Alena dormida en la camilla con una venda alrededor de los ojos. Mitman anduvo rápido hasta llegar al lado de su pequeña morena y le pasó los dedos por la cara sonriendo levemente.

—Señor Jensen. —Kirian posó su mirada en el doctor Johnson—. La operación ha sido un éxito. Pasaremos en unas horas para ver qué tal está la paciente.

Kirian asintió con la cabeza y vio como ambos hombres se iban por la puerta. Se concentró en Alena. Su respiración era acompasada. Entonces la mano de ella voló a su brazo, haciendo que Kirian saltara del susto. ¿No estaba dormida?

—¡Me cago en todo! —Kirian veía como la morena se reía de él—. ¿No estabas dormida? —preguntó más calmado.

Alena seguía riendo.

—No hacía falta dormirme, era una operación de vista.

—No vuelvas a hacerme eso o te las verás conmigo... —advirtió Kirian de forma juguetona.

—¡Eres un descarado! —exclamó Alena—. ¿Acabo de salir de una operación y ya estás pensando en eso?

Kirian sonrió pícaro.

—Sabes que siempre tengo la mecha encendida, pequeña.

—Pues guarda la mecha o te la corto, grandullón.

Kirian sabía que Alena tenía una ceja alzada, aunque no la pudiese ver por la venda. Se echó a reír.

—¡Qué graciosa! El doctor pasará en unas horas... —comentó haciéndose el tonto.

—¡Qué no, pesado! —Alena bufó con gracia.

—Vale, vale... —Kirian paró de bromear—. ¿Sabes qué he pensado mucho?

—¿Tú? —cuestionó ella, graciosa—. ¿Pensar? ¡Eso es algo extraño en ti, Kirian! —Alena rio por el gruñido que soltó Kirian y, dejando las bromas aparte, le preguntó—: ¿En qué?

—En ti —sentenció—, en cómo has cambiado mi vida en cuestión de semanas.

—¡Eres un zalamero, Kirian! —Alena se sonrojó.

Kirian agarró la mano de Alena y la besó.

—Seré un zalamero, pero solo contigo, pequeña.

Sin esperar respuesta, la besó en los labios. Una vez más, ambos se acoplaron a la perfección como si hubiesen sido esculpidos a la medida. ¿Destino o coincidencia? Kirian no lo sabía, pero si había sido una coincidencia, había sido la mejor de su vida.

—¿En qué más has pensado? —preguntó Alena cuando el beso finalizó.

—Me encantaría presentarte a mi madre —dijo—, aunque me aterroriza un poco.

—¿Por qué? —preguntó Alena intrigada.

—Rudd mató a mi padre de un disparo y mi madre estuvo con depresión hasta hace poco. No sé cómo se lo puede tomar... —Kirian se sinceró.

—¿Que Rudd hizo qué? —Alena sintió pánico.

—Mi padre era policía y tuvo que enfrentarse a Rudd, le disparó delante de mi madre y delante de mí —contó Kirian con la seriedad tiñéndole la voz.

Alena se quedó callada sin saber qué decir. Nunca hubiese imaginado un altercado tan fúnebre. Ahora podría entender esa rabia de Kirian contra Rudd, ni siquiera ella podría perdonar algo así. No lo haría.

Capítulo veinticinco

LAS personas, en muchas ocasiones, no nos percatamos de las cosas pequeñas que nos rodean, sino que nos fijamos en lo grande y absurdo. Alena había vivido tres años sin vista, apreciando lo que antes podía ver todos los días. Hasta el día en que la perdió, nunca se percató del canto de los pájaros o de las risas de los niños al jugar en el parque.

Su vida iba a cambiar, iba a volver a ver, pero estaba segura de que pondría detalle en aquello que había aprendido.

Sintió al doctor quitar la venda poco a poco. Había pasado una semana en el hospital hasta ese día. Kirian agarraba su mano fuertemente. En esa semana había estado unida al rubio, que la acompañaba día, tarde y noche. El doctor quitó totalmente la venda. Alena comenzó a parpadear, comenzando a ver borroso. Solo le hicieron falta unos minutos para ver bastante bien, solamente un poco velado. Divisó, como un niño que abre los ojos por primera vez, el color de las paredes de la clínica.

Giró su cabeza, momentáneamente, y vio a un gran hombre rubio mirándola con una sonrisa en los labios. Supo quién era. Kirian Mitman se estaba alzando delante de ella en un buen metro noventa y pico. Su cabello mantenía un estilo juvenil y alocado, sus cejas eran espesas y tenía unos ojos grandes y con abundantes pestañas. Esos ojos la miraban con admiración y cariño. Nunca se hubiese imaginado a Kirian de aquella forma. Sabía de sobra que era alto y fuerte, pero no que parecía un armario empotrado.

—Eres un maldito gigante —susurró Alena mirándolo de arriba abajo.

Kirian comenzó a reír estruendosamente.

—Y tú eres una pequeñaja, mi pequeña morena de ojos verdes pálidos.

Kirian la abrazó a él fuertemente. El doctor Johnson carraspeó provocando que ambos jóvenes se separaran. ¿Desde cuándo Kirian era tan jovial e infantil? La respuesta estaba clara, desde que conoció a Alena.

—Perdón —susurró avergonzada Alena.

—Bueno, señora Jensen, tendrá que ponerse unas gotas durante un mes cada ocho horas, estas gotas son para que deje de ver borroso. La operación ha sido maravillosa y hemos conseguido que recuperara casi toda la vista. El único inconveniente es que necesita gafas para leer o ver la tele. Si me siguen, podemos ir a la zona de oftalmología, donde una óptica le hará las pruebas y le enseñará las diferentes gafas y lentillas que necesita.

Alena bajó de la cama, agarrada de la mano de Kirian. Fueron hasta la

zona de oftalmología y allí le hicieron las pruebas bajo la mirada de él. Alena eligió unas gafas rojas estilo hípster⁶ y una cajetilla de doce lentillas.

Alena y Kirian salieron del hospital. Alena se quedó perpleja al ver todo a su alrededor. Subieron al coche y Kirian condujo hasta la casa. Bajaron cogidos de la mano hasta que una masa de pelo fue corriendo hasta ellos y se abalanzó sobre Alena tirándola al verde césped de la entrada.

—¡Moccio, quita! —exclamó riendo Alena.

La morena se levantó con la ayuda de Kirian cuando el gran perro se quitó de encima de ella. En un arrebato de niñería, Kirian cargó a Alena en su hombro hasta entrar por la puerta, asegurándose de que la chica no se hacía daño con el arma que guardaba en su chaqueta. Ella solo reía.

Kirian entró al salón con Alena en el hombro y Moccio siguiéndole los pasos, pero se encontró con una figura masculina en el salón.

Spencer Coleman estaba en la casa. ¿Cómo había entrado? ¿Qué narices hacía ahí?

—Mitman —sonrió el hombre—, volvemos a vernos.

Kirian puso a Alena detrás de él y sacó el arma.

—¿Qué haces aquí?

Coleman subió los brazos.

—He venido a deciros que Rudd ha sido encarcelado y podéis volver a Baltimore.

¿Rudd había sido encarcelado?

Aquello era una buena noticia, ¿no?

—¿Cómo? —cuestionó Alena, asombrada.

—La policía lo interceptó queriendo salir del país, estáis a salvo.

Alena acabó saltando de la alegría, pero Kirian se mantuvo en su sitio, algo tenso y sin terminar de confiar en aquel hombre.

—Me podré en contacto con la central para ver si es verdad. De todas formas, gracias —espetó.

Coleman desapareció de la casa unifamiliar en la que habían estado viviendo por una temporada Alena y Kirian. Alegrementemente, Alena se lanzó a los brazos de Mitman. Este le comenzó a dar vueltas como si se tratase de una niña.

Una vez volvieran podrían rehacer sus vidas felizmente después de mucho tiempo de huida.

Capítulo veintiséis

TERROR.

Esa simple palabra de cinco letras era la que sentía Mitman en estos momentos. Kirian había avanzado mucho con Alena y volver no sería lo mismo. Él debería trabajar y hacer turnos nocturnos, apenas podría estar con ella. No quería separarse, pero la realidad le había dado en todo el morro.

Su parte protectora estaba feliz de saber que ese mafioso sin escrúpulos estaba metido entre rejas y no haría más daño. Coleman les había dado toda la información relacionada con el encarcelamiento de Rudd y de O'Donnell, ya que lo habían apresado como topo en la policía. Kirian lo sabía, sabía que O'Donnell tenía algo que ver.

Deseaba volver a la acción y echarse a las calles a atrapar a los malhechores, pero su preocupación seguía en pie. Kirian amaba su trabajo, pero ahora tenía a alguien más allí dentro.

—¿Kirian, qué pasa? —Alena puso una mano en su hombro.

Ella estaba detrás de él. Se había puesto a ordenar su ropa en las maletas para partir lo antes posible. Había notado la tensión en él, su mandíbula apretada le delataba. Ella también tenía miedo, no le quería dejar ir. Le vio darse la vuelta y mirarla a los ojos, sus ojos oscuros se fundían con los claros de ella. Kirian tuvo que bajar la cabeza para besar sus labios.

—Ven a vivir conmigo. Quédate conmigo —confesó el rubio—. Será complicado, pero te quiero a mi lado.

Alena se lanzó a su cuello y le abrazó fuertemente. Estaba a punto de cometer una locura.

—Claro que sí, Mitman, me encantará vivir contigo.

Así pues, Kirian lanzó juguetonamente a Alena a la cama, comenzando a amarla una vez más. Esta sería su última noche tranquila antes de volver a la rutina.

Alena sintió los músculos de Kirian apretarse en cada movimiento, se sentía en la gloria. Adoraba poder agarrar su ancha espalda y que él la hiciese suya. Le encantaba la forma, tan única, que tenía él de tocarla o besarla, pero lo que más le gustaba era la forma en la que Kirian la había enamorado, siendo él mismo. No la había juzgado por no tener vista, sino que la había ayudado. Había sido todo muy repentino y espontáneo, algo loco y jovial. Nunca se había puesto a pensar en la edad de Kirian. Él tenía casi veintiocho años y ella veintidós, eran seis años de diferencia. Nunca le había importado

la edad, siempre le habían atraído los hombres mayores que ella, no por nada sino por la mentalidad adulta.

Kirian y Alena terminaron de hacer las maletas para emprender camino a Baltimore. Kirian, anteriormente, había investigado sobre el encarcelamiento de Rudd, comprobando que era verdad. Coleman había actuado de buena manera y había corroborado la verdad de Kirian.

Moccio iba en el asiento trasero mordiendo un hueso de juguete. Alena estaba asombrada con el paisaje que volaba ante sus ojos. Llevaba unas gafas de sol para que este no le dañara sus frágiles ojos.

—Es impresionante.

Kirian podía ver como Alena abría los ojos.

Sonrió.

—Tú sí eres impresionante.

Alena miró a Kirian sonrojada por sus halagos. Podía ver el impresionante perfil del chico que había conquistado su corazón. Kirian no solo era físicamente atractivo, sino que era atractivo de forma intelectual. A Alena le encantaba ver ese lunar que tenía Kirian bajo el ojo izquierdo que le hacía parecer tierno. La noche anterior pudo verlo cien por cien él. Alena se asombró al ver un cuerpo tan trabajado, ella no se mantenía así. Kirian tenía una espalda ancha y un torso con la denominada tableta, sus brazos eran musculosos y, finalmente, las piernas torneadas. Alena no pudo evitar fijarse en el trasero de Kirian, le encantó.

—¿Qué me miras tanto, pequeña? —preguntó Kirian desviando momentáneamente la mirada de la carretera a Alena.

—Eres muy atractivo, Kirian... —admitió ella—. ¿Estás seguro de que cuando llegemos no me encontraré ninguna mujer en tu puerta? —preguntó divertida.

Kirian frunció el ceño.

—No... —dijo serio—. ¿Por qué lo dices? —preguntó reflexionando la cuestión.

—Como antes estabas soltero, no quiero llevarme ningún susto —comentó ella quitándole importancia.

Kirian recordó a la joven de veintiséis años.

—Hay una chica, algo loca, a decir verdad. Se llama Caroline, me acosté una vez con ella, pero seguía llamándome. Incluso en una ocasión llegó a ir a comisaría para saber por qué no le había contestado su mensaje. ¿Qué loca manda un mensaje a las doce de la noche?

Alena lo miró con la boca abierta y los ojos grandes como los de un búho.
—Menos mal que no había nadie... —susurró, con retintín, a lo que Kirian rio.

—No te preocupes —dijo él, quitándole hierro al asunto.

—¿Qué no me preocupe? —preguntó sarcásticamente Alena—. Si algún día se te acerca, la meto yo misma al calabozo.

Kirian comenzó a reír como un loco sin quitar la vista de la carretera.

—No se me va a acercar y si lo hace, la echaré como llevo haciendo meses.

Alena rodó los ojos en un intento de no reír. Ella no era celosa, pero no le gustaría encontrarse en esa situación. ¿A quién le gustaría? Sería realmente incómodo.

Kirian comprendía lo que le pasaba a Alena y esperaba que Caroline no diera problemas. Había comprobado lo feroces que podían ser las mujeres celosas. Su pequeña morena era un ser decente que recurría al diálogo, aunque él nunca había visto su lado oscuro. ¿Ella tendría un lado oscuro? Él sí. Su lado oscuro despertaba cada vez que tenía una misión o comenzaba la persecución de un criminal.

—¿Tú tampoco tendrás a alguien, verdad? —Kirian quiso indagar en ello.

Alena nunca le había hablado de ninguna relación o algo parecido, en aquel tema era muy introvertida. Estaba claro que la chica había mantenido alguna relación, pero no sabía si reciente.

—Kirian, me he acostado contigo y he aceptado vivir en tu casa... —rio ella—. ¿Crees que voy a tener algo? —preguntó fijando su mirada en él.

Kirian sonrió.

—Buena respuesta.

—Sí, bueno... —Alena alzó los hombros—. ¿Tú has tenido alguna relación? Ya sabes, aparte de la noche loca con Caroline.

Capítulo veintisiete

EL rubio se quedó reflexionando si contarle parte de su pasado o negar como un absurdo mentiroso. La miró por unos microsegundos y decidió lo que era correcto.

—Tuve una relación hace cinco años, era muy joven —comentó.

—¿Qué pasó? —preguntó ella—. No creo que una mujer en su sano juicio deje a un hombre como tú.

Kirian rio. Él no era de lo mejor, era simplemente normal.

—La dejé yo. Éramos felices, o eso creía yo. Un día llegué de trabajar y me la encontré revolcándose con otro. Íbamos a casarnos, tuve que cancelarlo todo e irme de la casa. Con el tiempo me di cuenta de que Eloise solo me quería para regalitos y para tener a alguien comiendo de su mano. Por eso contigo es tan diferente. —Kirian posó su mano en el muslo de ella—. A ti no te importa un físico o el dinero. Me has demostrado mucho más en apenas unas semanas que ella en años. Me da igual que me llamen loco, pero los hombres también se enamoran a primera vista y yo, mi pequeña morena, he caído en tu red.

Alena le miró con tanto cariño que ni el mismo Cupido podría separarlos con una de sus flechas de plata. Ella tampoco había tenido mucha suerte con los hombres y encontrar a uno al que no le diera vergüenza admitir que estaba loco por ella era toda una suerte.

—Eres un encanto, Kirian. Tendré que recompensarte cuando lleguemos por tantos halagos.

Alena pensó en hacerle una deliciosa cena, pero la cara de Kirian demostraba que no era precisamente eso lo que buscaba.

—¿Sabías que una de mis fantasías es verte con un traje de colegiala? Podrías recompensarme de esa forma...

Kirian subió la mano del muslo hasta casi rozar su sexo a lo que Alena le pegó un manotazo.

—¡Kirian Mitman, eres un salido! —exclamó ella con gracia.

—¡No es mi culpa ser activo sexualmente! —Kirian contraatacó.

—¡Si no paras, te castraré! —advirtió ella.

—¿Te das cuenta que esta ha sido nuestra primera pelea? —sonrió él como un niño pequeño.

Alena comenzó a reír.

—Esto no era una pelea, grandullón.

Kirian y Alena comenzaron una charla divertida y muy placentera. Ambos se contaban momentos de su pasado y, por muy dolorosos que fueran, terminaban riéndose.

Alena habló de su última relación. Le explicó a Kirian el porqué de su ruptura. A Alena la dejaron por su condición. Aún había gente que era capaz de dejar a una persona por la falta de alguno de sus sentidos.

Decidieron parar en un hotel, no motel, y descansar. Por lo menos esta vez la habitación era un poco más grande y las paredes no estaban que se caían. Los dos se dieron una ducha conjunta y se fueron a dormir. Moccio se mantuvo al lado de la cama.

A la mañana siguiente, Kirian aparcó delante de su casa. Alena vio la casa en la que había convivido con Kirian unos días, era muy acogedora y varonil. Kirian, como siempre hacía, ayudó a Alena a bajar del auto y sacar las maletas. Moccio se posicionó en medio de la pareja, pero se quedó quieto a unos cinco metros de la puerta de la casa, levantando sus orejas.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó Alena ceñuda.

Kirian paró en seco, agarrando el arma que guardaba en la chaqueta. Escuchó la puerta abrirse. Alena dejó las maletas chocar contra el suelo, posicionándose detrás de Kirian. ¿Acaso el peligro no había pasado? Kirian tensó su rostro viendo como la puerta se abría poco a poco, como si se tratase de una película de miedo. Además, el ambiente solitario y negro de la noche no ayudaba demasiado.

—¿Kirian? —preguntó una figura saliendo de detrás de la puerta.

Alena no sabía quién era, estaba en ascuas detrás de la enorme espalda de Kirian, pero este bajó el arma y suspiró con alivio. De la casa salió una mujer de mediana edad y pelo cobrizo y tapada con una manta.

—¿Qué haces aquí, mamá?

¿Su madre? Alena se quedó sorprendida, no sabía si estaba lista para conocer a la madre de Kirian y menos sabiendo todo el mal que su padre les había causado en un pasado y presente.

—¿Cómo que qué hago aquí? —preguntó su madre en tono enfadado. Seguramente, ni se dio cuenta de que Alena estaba detrás del chico—. Me llamó Charlie contándome la situación. ¿Estás loco, verdad? ¡Podría haberte pasado algo, Kirian!

—Mamá osa está aquí —susurró Kirian.

La madre de Kirian abrazó a su hijo con cariño. El rubio le susurró algo inaudible a la señora en el oído y esta sonrió, fijando su mirada en la

espaciada Alena. Ella se había sentido algo incómoda en esa situación y no deseaba interrumpirla. Vio como la madre de Kirian se acercaba a ella sonriendo.

—Soy Margaret, la madre de Kirian, encantada, Alena. —La señora adelantó una de sus manos.

Alena se sorprendió, pero reaccionó a tiempo para corresponder al saludo.

—Encantada.

La noche se estaba tornando demasiado fría para andar en la calle. Margaret les hizo pasar a la cálida casa, donde la chimenea estaba encendida y había algo de comida preparada. La encantadora mujer les ayudó a desempacar.

Hubo un momento en que ambas mujeres se quedaron solas en el salón y la incomodidad comenzó a volar por el ambiente. Margaret miró a Alena y, agarrando sus manos, le dijo:

—Sé quién eres y no te culpo de que lo que él hizo. He visto a mi hijo sonreír contigo y ese es el mayor regalo que me has podido dar. Yo confío en ti, Alena, no dejes a mi hijo. Lo conozco demasiado bien como para saber que ahora está completo. ¿Le has visto sonreír? Eso solo lo has logrado tú.

Margaret hizo que Alena se emocionara ante sus cariñosas palabras. Hacía mucho que la morena no escuchaba expresiones tan amables, exactamente desde que su madre murió, y escucharlas de la boca de la madre de Kirian era algo realmente reconfortante.

—Gracias.

Fue lo único que pudo decir la morena al escuchar los pasos de Kirian. Margaret le guiñó un ojo y le sonrió de forma jovial cuando su hijo se presentó en la sala con un pijama de franela. Margaret le miró y se levantó de su asiento.

—Me voy a la cama, chicos, buenas noches. ¡No hagáis muchas travesuras!

Alena se puso más colorada que un tomate mientras Mitman reía.

—Buenas noches, mamá —se despidió Kirian.

—Buenas noches, Margaret —contestó Alena.

La mujer había llegado por la mañana temprano pensando que su hijo estaría en casa, pero no había sido así. Charlie, al cual llamó su madre, le dijo lo que pasaba y Margaret esperó en casa. Eran, exactamente, las once y media de la noche y Kirian no iba a echar a su madre de la casa.

La noche había caído fría, pero ambos no tenían ganas de dormir. Kirian

se sentó al lado de Alena y le pasó una taza de chocolate. Habían encendido la televisión, donde estaban dando una buena película, *La liga de los hombres extraordinarios*². Alena se puso reclinada en el pecho de Kirian mientras que él se mantenía posicionado recto en el sofá, acariciando el cuello de la morena. La mañana siguiente iba a ser dura y Kirian quería aprovechar los últimos momentos que tendría a solas con su morena. Le daba igual no dormir con tal de quedarse a su lado, pero sabía que debía descansar para estar fresco.

Notó la respiración de Alena pausada y supo que había quedado plácidamente dormida. Kirian apagó la televisión y tomó a su morena como si fuera una princesa hasta llevarla a su habitación, la habitación que ahora era de ambos. La tumbó a su lado y los tapó con la manta. Por la ventana, vio como caían copos blancos de nieve.

Kirian deseó que fuera de día para mostrarle a Alena la nieve. Estaba seguro de que nunca había estado en un lugar donde todo el invierno nevara frecuentemente y, como había descubierto, a Alena le encantaba el invierno. La pequeña morena prefería mil veces más estar cerca de una chimenea viendo la televisión con un bol de palomitas que salir de fiesta las calurosas noches de verano. Era totalmente diferente, diferente y especial. Única en el mundo porque, al fin y al cabo, todos éramos diferentes los unos de los otros y, por más que lo negáramos, ese algo nos hacía insuperables.

Capítulo veintiocho

ALENA despertó sintiendo unas suaves caricias en su espalda. La morena abrió los ojos y se encontró con un paisaje digno de una película Disney. La ventana estaba bañada por diminutos copos de nieve blancos que caían silenciosamente contra el suelo. Diciembre había tocado a la puerta abriendo la época de festividad con un hermoso y frío panorama navideño. Ella se dio la vuelta en la cama y vio a un sonriente Kirian, quien iba vestido con el uniforme de trabajo, tumbado de un lado en la cama.

—Buenos días, pequeña. —Kirian besó los labios de Alena suavemente.

—Buenos días, grandullón. —Alena se desperezó en la cama como si fuera un pequeño gatito—. ¿Qué haces vestido? —preguntó mirándolo de arriba abajo.

Kirian sonrió ligeramente.

—Hoy empiezo a trabajar, pequeña. Llegaré a las dos de la tarde. Mi madre se ha ido temprano por lo que estaréis Moccio y tú solos. Larissa está libre esta mañana, ella puede enseñarte Baltimore o simplemente puedes quedar con ella. —Kirian la volvió a besar—. Odio dejarte sola, pequeña, pero debo ir a trabajar.

Kirian se levantó de la cama, pero siguió mirando a su pequeña hasta llegar a la puerta.

—No te preocupes, estaré bien —sonrió sutilmente ella—. Cuídese, inspector Mitman. —Kirian se carcajeó del guiño que Alena le hizo.

—Te quiero, pequeña —le dijo antes de salir por la puerta.

Alena escuchó los pasos de Kirian deslizarse por las escaleras hasta cerrar la puerta e irse en su auto, no sin haber cerrado la puerta antes. Alena, que era una perezosa, se revolvió en la cama hasta que escuchó la puerta, antes entrecerrada, abrirse dejando ver un hocico húmedo. Moccio había entrado en la habitación y había saltado a la cama posicionándose al lado de Alena, tumbado y con las orejas para abajo. Alena se sentó enfrente de su querido amigo y comenzó a subir y bajar las cejas haciendo que Moccio subiera y bajara las orejas de forma cómica.

Alena se puso unos calcetines de Kirian para resguardar a sus pies del frío y bajó, junto a Moccio, a la cocina. Margaret le había dejado preparadas unas galletas con virutas de chocolate para la leche que Alena se comió, dejando más bien pocas, como desayuno. Decidió, así, llamar a Larissa y salir a inspeccionar la zona. Tenía que encontrar trabajo y conseguir algo de ropa de

invierno más abrigada para pasar los tres o cuatro helados meses.

Una vez que Alena se hubo bañado y vestido, Larissa tocó la puerta. La morena abrió la puerta sonriente, dándose de bruces con Larissa. La pudo ver a la perfección y, por mucho que la mujer fuera de la policía, era extremadamente guapa. Lo que más llamaba la atención de la chica morena eran sus ojos, dos pozos azules como el mismo mar Caribe que combinaban con su el color de su tez. Larissa era un mar de felicidad y sonrisas, cuando vio a Alena se lanzó a sus brazos para abrazarla y mirar sus pálidos ojos verdes brillantes y llenos de vida.

—¡No puedo creer que ya estés aquí! —gritó una alegre Larissa. Parecía más niña que ella misma.

—Yo también he echado de menos tus comentarios. —Alena se abrazó a Larissa.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó al ver como cogía las llaves que le había dado Kirian, su bolso y la cadena de Moccio.

—Me gustaría ir a alguna clínica u hospital para dar mis currículos e ir a ver algo de ropa, necesito prendas para el invierno.

Larissa asintió, saliendo delante de Alena y Moccio. Las dos mujeres, y el perro, fueron a entregar los documentos para que Alena encontrara trabajo, pasando en total por tres clínicas. Luego se encaminaron al centro comercial, donde Alena se compró algunas prendas.

—¿Qué tienes con Kirian? —preguntó Larissa tras parar en un café para llevar.

—Nada —dijo Alena mirando para otro lugar.

Larissa se dio cuenta de ello y sonrió de lado, tras lo que pagó los dos cafés y comenzó a andar—.

—Gracias —respondió la morena a la invitación. —No puedes mentirme —comentó Larissa—. Hoy he visto a Kirian y lo he visto demasiado feliz. Lo conozco de poco, pero es de las veces, por no decir la única, que lo he visto entrar al trabajo y sonreír. Además, estáis viviendo juntos, ¿no?

Alena se sonrojó ante la mirada incitante de Larissa. Confiaba en ella, era lo más cercano a una amiga que había tenido.

—Nos hemos acostado —dijo Alena avergonzada— y hemos pasado por muchas cosas juntos.

Tras esa declaración, Larissa agarró del brazo a Alena y comenzó a bombardearla con preguntas bastantes comprometidas.

Mientras tanto, Kirian se encontraba en su puesto trabajando. Había

descubierto que O'Donnel estaba involucrado, por mucho que él se declarara inocente, ya que él fue quien mandó abandonar el hotel y la casa de Kirian. Coleman había agarrado a Rudd, quien estaba a espera de juicio, en una emboscada, encarcelando así al traficante, y asesino, más buscado de Maryland.

Charlie y los demás se habían alegrado de ver a Kirian volver. Le llenaron de preguntas hasta que consiguió escapar e ir a su despacho.

Kirian salió a patrullar con su amigo, y compañero, Charlie. Normalmente, los inspectores se quedaban en la oficina, pero Kirian era más de salir a la acción.

Todo estaba tranquilo hasta que un grito agudo llamó la atención de ambos agentes. Kirian corrió hasta llegar a la fuente del grito, encontrándose con una mujer golpeada llorando en la calle dando golpes a la puerta de un edificio. Charlie y Kirian fueron hasta la mujer corriendo.

—¿Se encuentra bien, señora? —Charlie llamó a una ambulancia.

—¡Mi bebé está encerrado ahí arriba con mi marido! —gritó en medio de lágrimas—. ¡Lo quiere matar! ¡Por favor, ayuda!

La mujer estaba demacrada y destrozada. Kirian le hizo un asentimiento a Charlie para que se quedara con la mujer abajo, calmándola y pidiéndole los datos. Él se armó de la pistola y, de una patada, abrió la puerta, subiendo inmediatamente después corriendo. Kirian tuvo que subir tres pisos de escaleras mientras se encontraba con incesantes vecinos. Solo le hicieron falta las palabras «fuera de aquí» para que todos salieran a la calle. Llegó a la puerta y, nuevamente, la tiró de una patada. Pasó, con el arma por delante, hasta llegar a la habitación principal, donde había un hombre de no más de cuarenta años agarrando al que se suponía que era su hijo. La mano que no agarraba al niño sujetaba un cuchillo de cocina afilado. El niño, que no debía de tener más de tres años, lloraba profundamente.

—¡Suelta al niño! —exclamó Kirian con voz fría y aniquiladora.

El hombre negó, pegando más el cuchillo al niño. ¿Qué podía hacer él? El niño estaba en medio y lo último que quería era que saliera herido el pequeño.

—Baja el arma o mato al niño —dijo el hombre sonriendo cínicamente.

¿Alguna vez habéis visto al personaje de *Lord Voldemort*⁸ sonriendo? Kirian pensó que esa era la misma expresión. Sin poder pensar nada más, Kirian bajó el arma. Entonces aplicó lo que le habían enseñado en la academia. El hombre lanzó al niño, quien se chocó contra el suelo, para ir a

por la pistola. Eso le dio ventaja a Kirian, quien fue también rápido hacia el arma lanzada al suelo y la alcanzó antes que el hombre. Kirian apuntó a la pierna del hombre, ya que, una vez que había visto que Kirian había agarrado el arma, se había dirigido de nuevo hacia el niño, y disparó, dejando a este en el suelo sin poder moverse. Los refuerzos aparecieron y se llevaron al niño con su madre. Kirian sabía que les atenderían y les introducirían en un programa de reinserción para madres solteras que habían sufrido malos tratos. Charlie subió y se llevó al hombre esposado, pero Kirian al bajar se fijó en una mirada pálida que le observaba con miedo.

Alena estaba allí.

Ella se lanzó a los brazos de Kirian en cuanto lo vio salir de aquel edificio. Ella y Larissa habían pasado por esa calle al escuchar el jaleo y se habían encontrado con que Kirian estaba tratando con un loco. Sabía que, quizá, no era correcto lanzarse así a los brazos de Kirian, pero era lo que sentía. Obviamente, él le correspondió el abrazo.

—¿Estás bien, verdad? ¿Ese loco no te ha hecho nada? —Alena comenzó a inspeccionar su cara como loca.

—Estoy bien, pequeña. —Kirian agarró sus manos y las besó—. No te preocupes.

Alena le sonrió. Larissa, quien tenía a Moccio, la agarró y la comenzó a alejar.

—Luego os vais a ver. Alena, vamos.

Como una niña pequeña, tuvo que irse a regañadientes con Larissa. Lo que la otra mujer no le había contado es que tenía una idea en la cabeza: llevar a Alena a una tienda de lencería para comprar algo sexy. Alena le había contado la tontería que Kirian le dijo en el coche sobre el conjunto de colegiala y Larissa, como demonio que era, iba a concedérselo.

—¿Dónde vamos, Larissa? Ha comenzado a nevar y ahora mismo será la hora de comer. —se quejó la chica.

—¡Ay, María Angustias! —exclamó Larissa—. Voy a concederle a Kirian un pequeño deseo.

Alena la miró con las cejas levantadas.

—¿Te crees un hada madrina o algo así?

—¡Qué graciosa! —satirizó Larissa—. Pero sí, soy como el hada madrina de Cenicienta pero en negro.

Larissa y Alena rieron ante aquella insinuación. Ella era una mujer de color y le encantaba hacer chistes malos sobre ello. ¿Dónde habían quedado

las personas así?

Larissa llevó a Alena a una tienda muy provocativa. Ambas vieron al entrar como diversas mujeres compraban artículos demasiado ostentosos y caros. Larissa dejó a Moccio en la puerta y entró corriendo a una de las secciones, la sección de trajes eróticos. Alena estaba impresionada y avergonzada. ¿Qué hacía ella allí? Larissa buscó entre los percheros hasta sacar, con una sonrisa diabólica, el que tanto le inspiraba a Kirian. ¿Qué hombre no ha tenido alguna fantasía erótica?

—Tienes que probártelo. —Larissa se lo lanzó a Alena.

La morena miró el traje de arriba abajo. Era una falda que dejaba ver todo su sexo con tirantes que se enganchaban a una camisa, por debajo del pecho, blanca y con botones. El traje venía con unas medias por encima de las rodillas en blanco y unos zapatos de tacón altísimos. Alena pensó que si se ponía eso iba a parecer la mayor actriz porno del siglo. Le daba vergüenza solo ver el traje... ¿Cómo iba a ponérselo y parecer sexy? Era una verdadera locura, una locura que acompañaría de una buena botella de vino. Iba a ser imposible meterse en esa cosa sin haber bebido unas copas antes, lo sabía.

Alena entró al probador y se puso esa cosa por encima de su ropa interior. No le quedaba mal, sabía que si se lo llevaba, Kirian iba a alucinar, pero estaba tan insegura... No sabía si gastar ese dinero en otra cosa. En un ataque de locura, se volvió a mirar al espejo y se decidió a llevárselo. Esa comida sería divertida para ambos.

Capítulo veintinueve

KIRIAN entró en la casa, siendo recibido por Moccio. Le acarició la cabeza ligeramente antes de entrar a la cocina y ver una Alena contenta, muy contenta. La chica le había preparado algo de comida casera y olía de maravilla. Kirian se sentía en casa, todo era diferente ahora con ella allí. Avanzó hasta llegar a donde ella se encontraba cocinando y la abrazó por la espalda, besando su cabello en el acto.

—¿Cómo ha pasado el día mi pequeña morena? —preguntó Kirian.

—Muy bien, a decir verdad —contestó ella—. ¿Has tenido más acción hoy? —Esta vez quien preguntó fue ella.

—Que va —aseguró él—, después de ese altercado todo ha ido normal.

—Me alegro, grandullón.

Ambos pusieron la mesa para comer, pero el molesto timbre les desvió de su cometido. Alena fue a abrir la puerta, pero al hacerlo se encontró con una joven vestida, para su opinión, vulgarmente.

—¿Quién eres tú? —preguntó la chica de la puerta.

Alena se quedó sorprendida.

—Eso debería decirlo yo. —Intentó ser amable—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Busco a Kirian, mocosa, quítate de en medio —exclamó la chica. Alena se interpuso antes de que la chica pudiese pasar, tal como deseaba.

—Lo siento, pero no puedo dejarte pasar. —Alena sonrió amablemente—. Debes de ser Caroline, ¿verdad? —preguntó aún sonriente. La chica asintió con suficiencia—. ¡Oh! ¡Gusto en conocerte! Yo soy Alena y estoy con Kirian, así que lárgate antes de que se me cruce un cable y te meta yo misma a un calabozo sin puerta de salida. ¡Adiós!

Y así fue como Alena dejó a una Caroline boquiabierta y con la puerta cerrada en la cara. Caroline comenzó a tocar el timbre como una loca, la puerta crujía ante sus golpes y sus gritos se escuchaban por todo el vecindario; no obstante, Alena fue donde estaba Kirian. Él tenía una expresión de sorpresa e inquietud al no saber qué había pasado.

—¿Quién era? —preguntó mirando a la puerta.

—Era Caroline —admitió ella, echándose el primer bocado a la boca—. Le he dicho que ahora estoy contigo y que se fuera antes de que se me cruzara un cable, nada importante, vamos —comentó como si nada.

Kirian se quedó estupefacto ante sus palabras.

—¿Me estás diciendo que has echado a Caroline? —dijo más como una respuesta misma que como una pregunta—. ¡Joder! —exclamó—. ¡Me hubiese encantado verte así! —se quejó como un niño pequeño.

El timbre seguía sonando mientras ellos comían y reían ante los gritos de Caroline.

Kirian se había hecho una pregunta en la comida: ¿Por qué Alena llevaba una bata tan larga? Era verdad. La chica llevaba una bata muy larga que le cubría hasta los pies. Nunca se la había visto, y había sacado vino para comer. Era todo muy raro. Kirian se olía algo, pero no sabía el qué. Decidió pasar por alto la situación y preguntar como si fuese un niño:

—¿Alena, hay postre?

Kirian la miró a los ojos expectante ante la respuesta. Ella asintió levantándose de la mesa. Kirian la vio irse hasta el baño, de espaldas a él. El rubio comenzó a jugar con el tenedor esperando a su mujer para terminar de comer, pero, al escuchar su voz, se giró encontrándose con la mejor imagen de su vida. Alena iba vestida con un traje erótico de colegiala. Llevaba la falda agarrada con unos tirantes a la camisa blanca corta, lencería fina, medias y zapatos de tacón. Kirian creyó morir en aquel momento, era su fantasía hecha realidad.

—¿Qué te parece el postre? —preguntó Alena mordiéndose un dedo de forma juguetona.

A Kirian no le hizo falta nada más para salir de la mesa, sin importarle la silla que acababa de caerse, y agarrar a Alena para llevársela a la cama.

Iba a disfrutar de ese momento como nunca.

No había mejor sentimiento que sentirse útil para la sociedad, ayudar y poder ejercer aquello que tanto te ha costado. Para Alena era así. Hacía unos días la habían llamado para trabajar en una clínica privada como pediatra infantil. Ese día fue uno de los mejores de su vida. ¿Por qué? Fácil. Ella volvía a trabajar en lo que le gustaba, podría ser más dependiente económicamente y podría devolverle el dinero de la operación a Kirian.

Esa mañana se había levantado demasiado temprano para prepararse para el trabajo. Kirian había insistido en acompañarla antes de ir él a la comisaría, y la morena había aceptado.

Ambos habían desayunado juntos. Esa mañana se había vestido con un pantalón vaquero, unas botas para la nieve y un jersey, bajo un gran abrigo. Alena agarró su bolso y salió seguida de Kirian. Moccio iba a quedarse solo toda la mañana. Kirian comenzó a conducir, pero vio que su pequeña estaba

nerviosa, se tocaba el pelo cada dos por tres. Puso la mano en su rodilla, acariciándola con suavidad.

—Tranquila, Alena —habló—, lo harás genial.

Alena suspiró pesadamente.

—Estoy muy nerviosa, no quiero hacerlo mal —susurró.

Kirian palmeó su rodilla juguetonamente, haciendo reír a la chica.

—Eres una pequeña genio, lo harás genial. —Kirian miró a Alena en un semáforo.

—Sí, bueno, tengo pacientes desde las ocho y media hasta las dos de la tarde. —hizo una mueca.

Kirian aparcó delante de la clínica, se giró hacia Alena y posó su labios en los de ella.

—Ten cuidado, cualquier cosa rara me llamas, y mucha suerte, enana — le deseó Kirian a Alena.

—Gracias, grandullón, ten cuidado. Te quiero. —Alena salió del coche.

—Te quiero. —Kirian arrancó.

Alena se encaminó a entrar en la clínica con los nervios a flor de piel. Por suerte, la atendió la misma mujer que cuando fue a llevar el currículo. Meredith se llamaba. Ella la recibió con una bonita sonrisa rellena de bráquets⁹. Meredith llevaba puesta la típica bata blanca con unos zuecos también blancos. La chica, que estaba detrás del mostrador de la entrada, se levantó.

—Buenos días, Alena —dijo—. Hoy será tu primer día, ven conmigo para que te explique cómo va todo y dónde trabajarás.

Alena asintió con una sonrisa. Meredith la llevó por los pasillos llenos de dibujos infantiles pintados en la misma pared hasta abrir una puerta, allí le hizo saber cuál sería su taquilla y le dio una bata blanca y unos zuecos de su número. Alena dejó su bolso, poniéndose antes las gafas, en la taquilla y la cerró. Meredith le sonrió ligeramente mientras Alena se ponía la vestimenta. Luego la llevó a hacer un recorrido por la clínica infantil hasta quedar delante de su consulta. En la puerta había una plaquita dorada con su nombre y a la derecha de la puerta, fuera, había una chica de la misma edad que Alena, o por lo menos eso calculaba ella.

—Bueno, Alena, esta es su consulta y ella es Sharon McKenna, su ayudante. Ella te dará la lista de los pacientes que tendrás hoy. Tened un buen día, chicas. Mucha suerte, Alena.

Meredith se despidió de las chicas yéndose por el pasillo.

Alena miró a Sharon y le sonrió.

—Soy Alena, encantada —saludó la morena.

Sharon era una pequeña pelirroja de rostro pecoso y sonrisa amigable. A decir verdad, todas allí sonreían.

—Encantada, Alena. Pasa a la consulta y te daré la lista, hoy tenemos mucho trabajo.

—Pues vamos a ponernos manos a la obra.

Alena pasó a la consulta. Era un lugar cálido donde los niños podían estar, ya que ella era pediatra. Había un gran escritorio con un ordenador y dos sillones, una camilla para niños de entre pocos meses y cinco años, un peso y millones de estanterías con utensilios clínicos. Las paredes tenían dibujos, desde trenes hasta la pintura de la princesa Elsa, de *Frozen*¹⁰.

Sharon hizo que Alena se sentara en el sillón principal y le pasó una lista de más de treinta pacientes. Alena bufó al ver tantos nombres, pegando su cabeza al respaldo del sillón. Sharon se echó a reír.

—Te traeré un café mientras entra la primera paciente. La llamaré, ¿vale? La niña tiene dos meses. Suerte.

Alena asintió poniéndose el estetoscopio en el cuello. Oyó como Sharon llamaba a la primera pequeña y la vio entrar en brazos de su madre. Alena la sonrió tras ver como la madre de la niña cerraba la puerta.

Capítulo treinta

KIRIAN se encontraba patrullando las calles en el coche patrulla junto a Charlie. El chico parecía fiarse más de Alena con cada día que pasaba, aunque seguía levándose fatal con Larissa. Kirian era un hombre con escasos amigos; no obstante, siempre se ha dicho que mejor pocos y buenos que muchos y malos.

—¿Vas en serio con la chica? —preguntó Charlie. El rulos, como le había llamado Kirian más de una vez, le miraba interrogante.

—Sí —afirmó el rubio—. Alena es diferente, Charlie.

—Espero que esta vez te salga todo bien. —Charlie le sonrió ligeramente.

—Gracias, colega. —Kirian se animó al saber que Charlie se alegraba por todo—. ¿Sabes que el otro día fue Caroline a casa y Alena la echó? Fue alucinante.

—¿Qué me dices! —exclamó Charlie sorprendido.

Kirian le contó lo que le pasó a Caroline con Alena. El rulos reía como si de una morsa resfriada se tratase. El muy idiota le decía que sería bueno hacer un trio con ambas mujeres, pero Kirian solo negaba con la cabeza riendo, él nunca compartiría su intimidad con nadie que no fuera Alena.

El rubio tenía ganas de poder hablar con ella, pero sabía que estaba trabajando y debía esperar hasta las dos, cuando la pasaría a recoger.

Charlie le había comentado que había un puesto libre, ya que O'Donnel había sido encarcelado, y le animó a que se presentara como candidato, pero no sabía qué hacer. La junta debía poner enseguida a un inspector jefe en la comisaría antes de que todos se volvieran locos. Hasta el momento, quien asignaba los turnos era Coleman. Sí, Spencer Coleman. El mismo que había atrapado a Rudd con las manos en la masa. Lo habían asignado parcialmente a la comisaría por la razón anterior, él había sido quien atrapó a Rudd.

Según lo que Kirian había escuchado, la policía le acorraló en una de sus fincas y agarraron a parte de su gente y a él. El juicio sería en unas semanas, y Kirian y Alena debían ir a declarar como testigos. La chica no deseaba encontrarse con aquel asesino, incluso le había confesado que deseaba ponerse solamente el apellido de su madre. A Kirian le daba igual su apellido, él solo la quería a ella.

La mañana pasó lenta y aburrida. Kirian estuvo casi toda la mañana en la oficina menos la hora y media que estuvo patrullando con Charlie. A las dos en punto Kirian salió corriendo hasta el coche recubierto de nieve. La tarde se

estaba poniendo demasiado fea y lo más seguro es que hubiese tormenta de nieve. Kirian condujo con cuidado hasta llegar a la clínica donde Alena lo esperaba fuera con el abrigo puesto. La morena subió al coche y se frotó las manos con ansias. Su nariz estaba roja, al igual que sus mejillas. Alena besó fugazmente a Kirian antes de que él comenzara a conducir.

—Me ha llamado Larissa en la hora del descanso —comentó la morena.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Kirian mirando la carretera blanca.

—Me ha dicho que si cenamos con ella y su pareja el viernes noche. — Alena comenzó a mover sus manos de forma nerviosa.

—¿Y? —Kirian no era tonto.

—Que le he dicho que sí —contestó con una sonrisa nerviosa Alena.

Kirian se lo olía, pero eso no quitaba su enfado. Odiaba que le hiciesen planes sin él opinar antes. El rubio tensó sus facciones varoniles y apretó el volante, no deseaba explotar delante de Alena.

Condujo, provocando una tensión palpable en el ambiente, rápidamente. Alena se agarraba, bastante asustada, al cinturón. Kirian llegó a tal velocidad que ella tuvo que gritar:

—¿Estás loco? ¡Para! —exclamó asustada al ver como estaba Kirian.

Kirian aceleró por la resbaladiza carretera, provocando las lágrimas de Alena. Ella estaba asustada, no quería tener otro accidente.

—¡Maldita sea, Kirian! —gritó a punto de perder la voz—. ¡Para!

Kirian frenó de golpe haciendo que el asustado, y tembloroso, cuerpo de Alena se lanzara para adelante. Alena dio gracias a Dios por haberse puesto el cinturón, sino se lo hubiese puesto se hubiese dado con la parte delantera del coche. Dado que Kirian seguía con la mandíbula apretada y el volante igual, Alena se quitó el cinturón y salió del coche, habiendo cogido antes su bolso. La morena cerró la puerta de un portazo fuerte y sonoro, comenzando a caminar sin rumbo fijo. No sabía por qué había pasado aquello, solo sabía que Kirian se había puesto como un loco, perdido en sus recuerdos.

El rubio se quedó viendo como la morena caminaba entre la nieve por la el andén de la carretera. Se había puesto como un verdadero loco, se arrepentía de ello. Los recuerdos de las cenas con Eloise y sus amigos venían a su cabeza cada vez que pronunciaban cena de amigos. Kirian dio un golpe al volante, bajó del coche y dio varias zancadas hasta llegar detrás de Alena. En un solo movimiento la agarró de la cintura y la atrajo hacia él, abrazándola para no déjala ir. Kirian sabía que se había equivocado, que la había liado y bien. Sintió las lágrimas de Alena caer por sus mejillas. No

pretendía hacerla llorar.

—Perdóname, pequeña.

A Kirian no le importaban la tormenta ni los coches, a él le importaba su pequeña morena. La había herido con sus toscas acciones, nunca quiso ponerla en peligro y menos se perdonaría haberla asustado de tal manera. Era un monstruo.

Alena se dio la vuelta sintiendo el calor del cuerpo de Kirian. Escondió su cabeza en su abrigo llorando, había pasado mucho miedo. Al igual que al rubio, le importó poco ser el centro de atención de los pocos coches que pasaban por la carretera. La morena alzó la mirada y vio a Kirian observándola con reproche hacia sí mismo y triste; la mirada del rubio se había apagado totalmente. Alena no supo por qué, quizá porque se había enamorado de él, pero asintió con la cabeza y se fue hacia el coche, subiendo en su asiento. Kirian no tardó demasiado, ya que le pisaba los talones. Silenciosamente, volvieron al camino. Esta vez, Kirian condujo a la velocidad permitida hasta llegar a la casa. Allí dentro les esperaba Moccio saltando de alegría, pero Alena no le hizo caso. Subió corriendo a la habitación y se encerró. Kirian quiso llegar hasta ella; no obstante, su teléfono sonó.

Era Spencer Coleman.

Kirian, ceñudo y tenso, cogió la llamada.

—Mitman al habla —dijo con su voz gruesa el inspector.

—¡Te necesitamos en el centro de detención, Mitman! —exclamó Coleman exaltado.

—¿Qué pasa? —preguntó cogiendo su abrigo.

—Rudd ha montado un motín —dijo, colgando inmediatamente después.

Kirian salió como alma que lleva el diablo por la puerta. No podía entretenerse en explicar lo que pasaba ya que, si Rudd escapaba, Alena estaría en graves problemas y eso era lo que menos quería. Cogió el coche y salió derrapando, literalmente, hasta el centro penitenciario. No tardó más de veinte minutos en llegar, pero no estaba preparado para ver todo lo que se encontró a su alrededor. Había grupos de policías, miles, intentando disuadir el ambiente. Larissa estaba sobre el capó de uno de los coches con un paño manchado de sangre, se estaba intentando cortar la hemorragia hasta que la ambulancia viniera. Kirian se acercó a ella preocupado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó frío y serio.

—Ha sido un motín, Rudd está detrás de esto. Hemos conseguido calmar

las aguas, pero Coleman está con ese cerdo.

A Kirian no le hizo falta saber más. Empezó el camino hasta donde estaba Rudd, con graves quemaduras y cicatrices, sentado en una silla, atado. El asesino más buscado de Maryland miró a Kirian sonriendo lánguidamente, espeluznante. Kirian llegó hasta él en dos zancadas y le dio con su puño en la cara. Coleman le agarró antes de que pudiese soltar otro puñetazo.

—¿Acaso no te basta con haber arruinado la vida de millones de personas que ahora creas un motín? —Kirian, con cada palabra, subía más la voz.

—Y usted, inspector Mitman, ¿no se da cuenta de que me importa una mierda la vida de esas personas? —Rudd habló de forma pastosa y cruel. Sus palabras era dagas afiladas y venenosas.

—¿Por qué Alena? —Kirian necesitaba saber la respuesta de los mismos labios de Rudd. Este comenzó a reír como loco.

—Esa puta sabe dónde está mi maravillosa adquisición, además de que la haré pagar por lo que su madre, esa mala perra, me hizo —escupió con asco.

Kirian se puso muy cerca de Rudd agarrándolo del cuello, su paciencia se estaba colmando.

—¿Qué hizo su madre? —preguntó apretando el pescuezo de Rudd.

—¿Acaso ese hijo de perra no te ha contado nada? —Rudd señaló, con la poca fuerza que le quedaba, a Coleman. Rudd rio, haciendo que Kirian le soltara. ¿Qué estaba pasando ahí?—. Ya veo que no sabes nada, inspector —rio—. El hombre que tanto os ha ayudado, el que os dio dinero y el que os mantuvo lejos de mi vista fue el hombre que se acostó con la puta de la madre de Alena. —Kirian miró a Coleman, quien iba directo a por Rudd, pero él le paró—. La muy perra se quedó embarazada y me dijo que era mía. Cuando descubrí la verdad me encargué de ella. Creo saber, señor Mitman, que ya sabe lo de la receta. Necesito a Alena para saber dónde está. Aunque sabiendo lo poco que me queda de vida, prefiero matarla ya. —Rudd sonrió terroríficamente.

—¿Cómo? —preguntaron ambos hombres a la vez.

—Decidle adiós a vuestra pequeña Alena.

Y así fue como Rudd mordió un veneno que llevaba guardado en la boca. El asesino murió dando espasmos en la silla. Kirian miró a Coleman con asco, él nunca fue capaz de sacar a Alena de ese infierno. Ahora bien, Alena estaba en peligro.

El corazón de Kirian comenzó a bombardear fieramente al imaginarse el cuerpo de Alena inerte en el suelo. Echó a correr, sin poder pedir explicación

a Coleman por sus mentiras, seguido del mismo junto a Larissa.

—¿Pasa algo, Kirian? —preguntó la morena preocupada.

—Tengo un mal presentimiento. —Kirian subió al coche. Larissa abrió la puerta y montó a su lado.

—¡Voy contigo! —exclamó la morena poniéndose un trozo de venda alrededor de su brazo herido. Kirian asintió de forma rápida.

Ambos emprendieron el viaje hasta su casa, rezando para que a la morena no le hubiera pasado nada.

Alena se encontraba en casa de Kirian. Él se había ido sin decir nada, lo que le supuso una verdadera intriga. Se encontraba comiendo con Moccio en la cocina, todo estaba silencioso hasta que escuchó el timbre sonar. Fue hasta la puerta y la abrió sorprendida.

—¡Hola! —exclamó contenta—. ¿Qué haces aquí?

Capítulo treintaiuno

MITMAN aparcó rápidamente en la entrada de la casa, bajando del coche, y Larissa lo siguió. El rubio abrió la puerta y suspiró tranquilamente a ver todo en su sitio. Larissa iba a su espalda observándolo todo con detenimiento. Kirian comenzó a subir las escaleras con la mujer pisándole los pies. Cuando Kirian abrió la puerta de la habitación deseó no haber visto aquella imagen.

—Hola, Kirian.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó Kirian—. ¿Por qué?

—¿Por qué qué, amigo? —preguntó aquel hombre, moviendo la pistola que llevaba en la mano de un lado para otro.

Larissa entró a la habitación y comenzó a mirar la escena con miedo.

—¡Ostia, no me lo puedo creer! —exclamó —ella—. ¿Qué mierda te pasa, Charlie?

Sí, Charlie estaba en la habitación con una sonrisa sarcástica apuntando a Alena en la cabeza con su arma. La morena estaba maniatada echa un ovillo en la cama, mirando la escena con verdadero horror. Este se acercó a la morena y agarró su pelo, levantándola en el acto. Alena comenzó a sollozar por el dolor. Kirian quiso acercarse, pero Charlie puso su arma en la garganta de la morena.

—Si te acercas, u os acercáis, la mato. ¿Entendido? —preguntó.

Kirian y Larissa se quedaron quietos en su lugar. Mantenían las armas guardadas porque un paso en falso podría llegar a ser la perdición para Alena.

Charlie, el que era el mejor amigo de Kirian, era un traidor. Él les había traicionado de la peor forma. Kirian siempre le había tenido por un hermano, pero, ahora, era su peor enemigo.

—Lanzad las armas a la cama, lejos de vosotros —dictó con cara de pocos amigos. Ellos lo hicieron, quedando desarmados—. Me encanta esta situación. ¿No es cómica? El gran inspector Mitman, el hombre que lo consiguió todo, el hombre que es el orgullo de la comisaría, está acorralado por alguien inferior —rio sarcásticamente—. ¿Qué se siente, Mitman? ¿Cómo se siente ser inferior? —preguntó—. Me ha costado tanto tiempo darme cuenta, eres un maldito desgraciado, Mitman, y yo acabaré lo que Rudd comenzó.

Charlie le dio a Alena con el arma en la cabeza, dejándola inconsciente y con una buena brecha. Kirian se lanzó contra Charlie consiguiendo un disparo en el brazo que poco le hizo, ya que comenzaron a forcejear. Larissa

escuchó ladridos dentro del armario, abrió este y se encontró con un Moccio patiado. Larissa lo desató y el gran perro fue a ayudar a Kirian en aquella lucha. Larissa agarró su pistola y socorrió a Alena, la cual estaba muy mal. La brecha no paraba de sangrar y si no la atendía un médico podría desangrarse. Larissa llamó a la comisaría para que vinieran, pero Charlie consiguió la pistola en el forcejeo y apuntó a Kirian con cara de loco. Kirian se alejó un poco, levantando las manos en el acto. Charlie apuntó a Larissa, quien le apuntaba con su arma, pero él fue más rápido y disparó. El sonido de la bala incrustándose en el pecho de la mujer fue horrible.

—¡No lo hagas, Charlie! —dijo Kirian cuando vio que el chico le apuntaba con la pistola, entre ceja y ceja.

Larissa no podía hacer nada, el impacto le había causado más daño del que ya tenía y debía vigilar su herida y la de Alena. Kirian estaba solo, solo ante el peligro. Charlie sonrió maléficamente y recargó el arma.

—Di adiós a la vida, Mitman. Fue un gusto ser tu enemigo.

Kirian cerró los ojos, escuchando un fuerte «¡No!» que gritó Larissa para luego escuchar un bang. Kirian abrió los ojos y vio a un Charlie inerte en el suelo con una bala atravesando su corazón. Alzó la vista y vio como en el árbol que daba a su ventana se encontraba Coleman con su arma en alto. Él le había disparado por detrás, dándole un crítico disparo.

Kirian suspiró y fue a socorrer a Larissa y a Alena. Se escucharon las sirenas de ambulancias y policías de pronto, equipos médicos les sacaron de la casa. Alena aún seguía inconsciente. A los tres los llevaron al hospital. Coleman había agarrado a Moccio y se había subido a un coche para seguirlos; al fin y al cabo, era su hija la que estaba inconsciente en esa camilla de ambulancia. Kirian iba agarrado de la mano de Alena al entrar en el hospital. Coleman bajó junto a Moccio y los siguieron.

—Lo siento, señor —le dijeron a Kirian—, debemos llevarnos a la señorita para que le hagan unas pruebas. Usted debe curarse también.

Kirian fue atendido por un enfermero. La herida era pequeña en comparación con la de Larissa, a la cual habían tenido que operar. A Alena la subieron a planta en cuanto terminaron las pruebas. Kirian supo que solo era una herida y que Alena despertaría pronto. Coleman se mantenía en la misma habitación sin hablar.

Alena empezó a moverse dos horas después de haber quedado inconsciente. Sus ojos se sentían pesados y cansados, todo su cuerpo estaba tenso. Lo primero que vio al abrir los ojos fue la mano de Kirian sujetando la

suya, pero no solo él estaba en la habitación sino que había otra figura, Spencer Coleman. ¿Qué hacía ahí? Él no pintaba nada en esa situación, ¿no?

—¿Cómo te encuentras, pequeña? —preguntó Kirian masajeando la mano de la chica.

—Me duele todo... —confesó ella tocándose la cabeza.

—El doctor ha dicho que es normal que te duela la cabeza. —Kirian le sonrió.

Alena pasó su vista a Spencer Coleman.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó.

Coleman se adelantó de su lugar.

—Necesito hablar contigo, Alena, a solas —dijo.

Alena asintió soltando la mano de Kirian. Este no estaba muy seguro de lo que podía pasar, pero, a regañadientes, salió seguido de Moccio.

Kirian descansaba la espalda en la pared, llevaba así un tiempo hasta que escuchó un estruendoso grito.

—¿¿Qué?! —Kirian sabía que Coleman le acababa de soltar la bomba—. ¡Eres un maldito miserable! ¡Si es verdad lo que me dices, nunca te perdonaré! ¡Maldita sea! ¡Quiero una prueba de paternidad, ya!

Toda persona que pasaba por aquel pasillo miraba a la puerta. Kirian bajó la mirada al perro y se dio cuenta que Moccio le miraba. El rubio subió sus hombros para luego bajarlos.

—Es mejor no meternos, amigo —le dijo Kirian al perro.

Epílogo

ALENA estaba realmente frustrada. Hacía apenas una hora que había recibido la prueba de paternidad y esta daba positivo. Spencer Coleman era su verdadero padre. Él fue quien le contó que su madre quería llevarla consigo pero temía por la vida de ambas. Todo fue demasiado duro para Alena y le pidió a Coleman que se fuera. Necesitaba pensar. En lo referente a Kirian, ni se acordaba de por qué estaba peleada o enfadada con él, verlo de aquella forma había hecho que se preocupara más por él que por lo que pasó.

Larissa había salido intacta del quirófano, preguntando si ese sábado iban a cenar. Kirian y Alena conocieron a su pareja, Marie.

Se había descubierto que O'Donnel no tenía nada que ver con Rudd y acabaron soltándole de prisión, pero le prohibieron volver a trabajar en comisaría.

A Kirian le habían ofrecido el puesto fijo como inspector jefe en la comisaría de Baltimore con un sueldo más amplio y más ventajas, cosa que aceptó.

Mientras tanto, Coleman sufrió las consecuencias de haber guardado un secreto tan grande como que era el padre de Alena. La morena pasaba del hombre la mayor parte del tiempo. Coleman quería recuperar a su hija, pero ella apenas se dejaba.

Al final, las cosas le habían salido bien a Kirian. Alena trabajaba y era feliz a su lado. Tenían unos amigos fantásticos, entre ellos Larissa y Marie, sus trabajos eran bastantes buenos, se habían comprado una nueva casa y convivían juntos en una propiedad de dos pisos. Los dos eran felices, todo había salido bien y seguiría bien.

¿No?

Agradecimientos

Gracias a:

viveLibro por darme esta oportunidad.

A mi familia por estar ahí en todo momento.

Agradezco a Divas la ayuda indirecta que me ha aportado durante el proceso de este proyecto; gracias, María, por haber hecho que despierte, gracias por ser toda una Diva y darme un significado diferente de esa palabra.

-
- ¹ Habilidad mental de recordar imágenes o textos con un nivel de detalle preciso.
 - ² Grupo étnico localizado en Luisiana.
 - ³ Flash es un superhéroe ficticio que aparece en cómics estadounidenses con el poder de la supervelocidad, que aparentemente viola las leyes de la física.
 - ⁴ Película dramática de 2007 que se centra en las vidas de Jerry y Holly. Fueron novios desde la universidad hasta que Jerry muere de un tumor cerebral.
 - ⁵ Principio de filosofía china donde el yin y el yang son dos energías opuestas y que se complementan, la existencia de una depende de la otra. El yin yang es un símbolo de armonía debido al equilibrio que produce la interacción de las dos energías.
 - ⁶ Subcultura de jóvenes bohemios.
 - ⁷ Adaptación cinematográfica que relata la historia de un grupo de personajes literarios que son reclutados por el Imperio británico para que sirvan como agentes secretos y lo protejan de las amenazas que se ciernen sobre él.
 - ⁸ Personaje de la saga Harry Potter creado por J. K. Rowling.
 - ⁹ Denominación habitual en ortodoncia para los instrumentos terapéuticos que utiliza el ortodontista, dentista, adheridos de manera temporal a los dientes para corregir anomalías de posición dentaria o de los maxilares.
 - ¹⁰ Película de animación que trata de una princesa, Elsa, la cual tiene poderes relacionados con el frío y la nieve.

Table of Contents

[Capítulo cero](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treintauno](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)